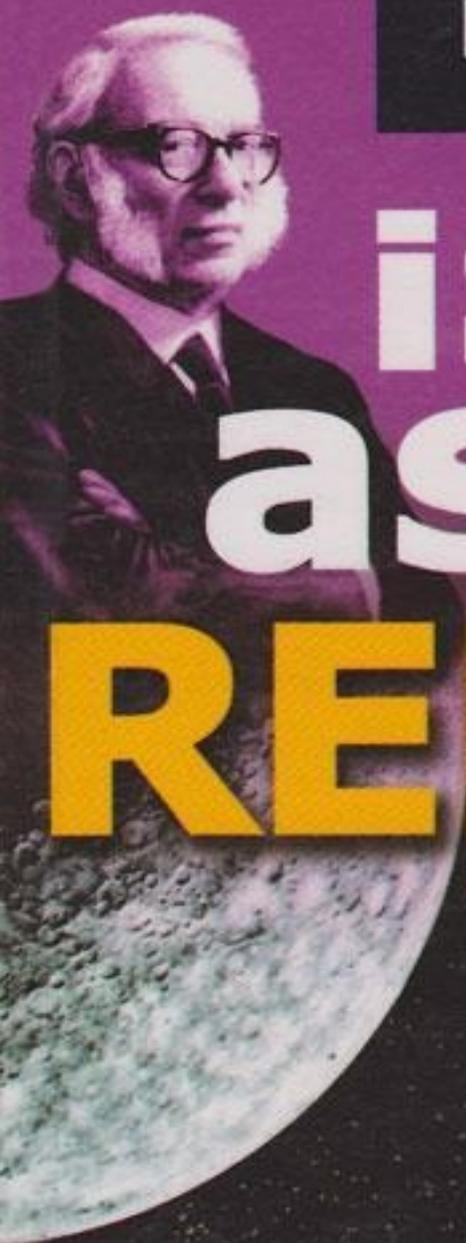


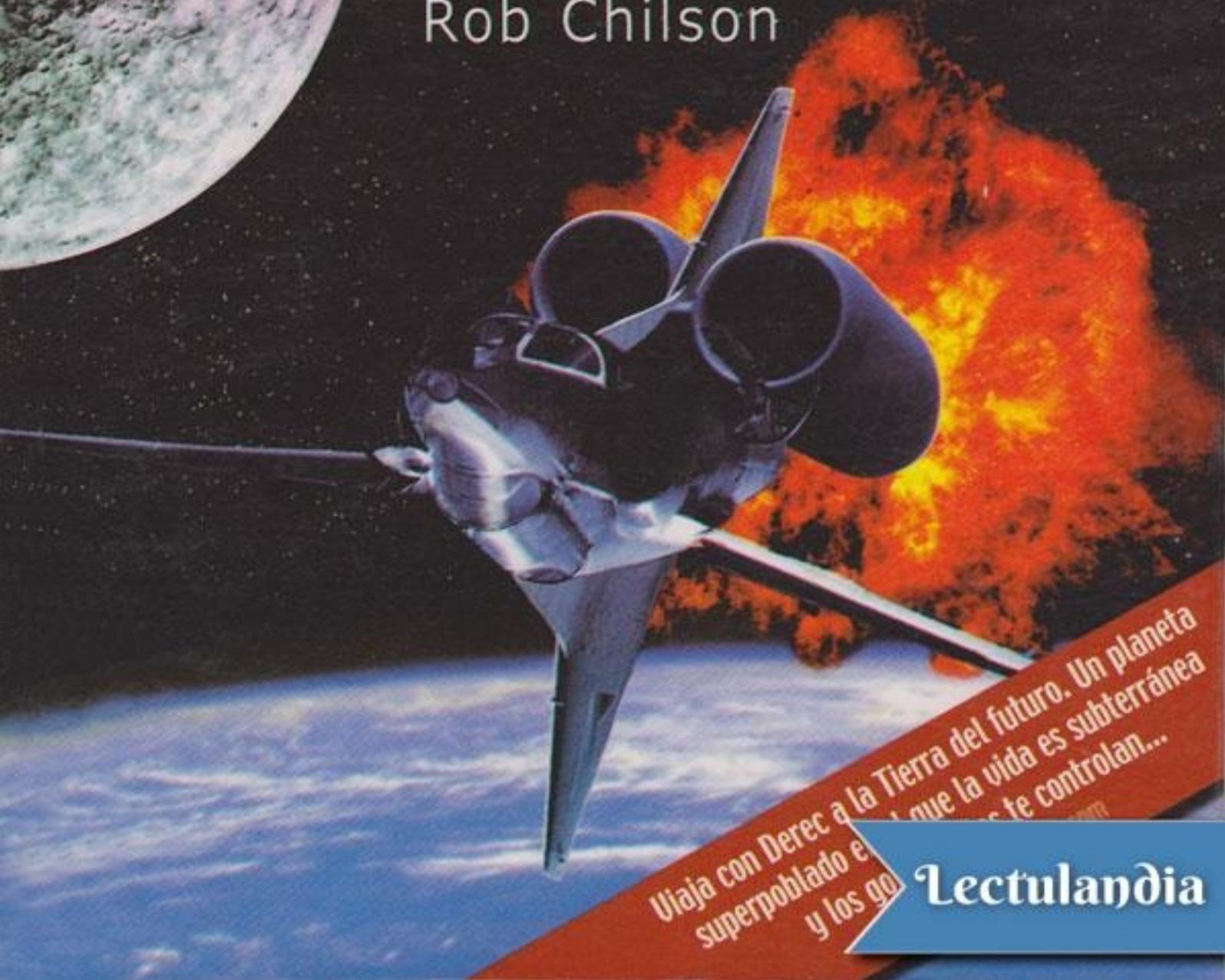
ROBOTS & ALIENS



isaac
asimov

REFUGIO

Rob Chilson



Viaja con Derec a la Tierra del futuro. Un planeta
superpoblado en el que la vida es subterránea
y los gobernantes te controlan...

Lectulandia

Derec y Ariel logran al fin huir de Robot City. Ambos viajan a la Tierra para buscar la forma de salvar la vida de la muchacha y encontrar las restantes pistas que les permitan averiguar el secreto de Robot City.

Derec, enfrentado con la sociedad subterránea de la Tierra, debe decidir si su futuro estará en las cavernas de acero o en los confines fantásticos de una improbable metrópolis.

Lectulandia

Rob Chilson

Refugio

Robots & aliens 05

ePub r1.0

jdriky 12.11.13

Título original: *Refuge*
Rob Chilson, 1988
Traducción: Miguel Giménez Sales
Prologuista: Isaac Asimov
Diseño de portada: Blas Parejo

Editor digital: jdricky
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

LEYES DE LA ROBÓTICA

1. *Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión permitir que un ser humano sufra daños.*
2. *Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.*
3. *Un robot ha de proteger su existencia, siempre que dicha protección no entre en conflicto con la Primera Ley o la Segunda Ley.*

CIUDADES

Isaac Asimov

Durante un ochenta por ciento de la historia del Homo Sapiens, los seres humanos han sido cazadores y recolectores. Por necesidad, también fueron nómadas, puesto que permanecer en un mismo lugar significaba recoger todos los alimentos vegetales silvestres que pudieran y capturar todo el posible alimento animal de la zona, por lo que la perspectiva de no desplazarse, era morir de inanición cuando se acababan.

Los únicos habitáculos que esos vagabundos o nómadas podían ocupar formaban parte de los alrededores, como las cuevas, o eran artefactos ligeros y móviles, como las tiendas.

La agricultura, no obstante, floreció hace ya unos diez mil años, y esto introdujo un enorme cambio.

Las granjas, al contrario que los seres humanos y los animales, no son móviles. La necesidad de cuidar las granjas y la agricultura obligó a los granjeros a aferrarse a la tierra. Y, cuanto más dependían de las cosechas para mantener al número cada vez más creciente de granjeros (demasiada gente para poder sobrevivir, caso de volver a la caza y la recolección), tanto más inmovilizados quedaban. No podían apartarse, salvo en breves intervalos, de los animales domésticos, ni podían huir de todos los asaltantes nómadas que deseaban apoderarse de los apetecibles y repletos depósitos de comida que ellos no habían producido.

De aquí se siguió que los granjeros tuvieron que combatir a sus enemigos, pues no les quedaba otra elección. Tuvieron que agruparse y construir sus casas muy juntas, puesto que la unión hace la fuerza. Por previsión o por experiencia, construían sus moradas agrupadas en una elevación, en la que hubiese un suministro natural de agua. También tenían que establecer depósitos de provisiones, y cercarlo todo con una valla... o muralla. Así se construyeron las primeras ciudades.

Una vez los granjeros hubieron aprendido a protegerse a sí mismos y a sus granjas, vivieron relativamente en seguridad y vieron que podían producir más alimentos de los que precisaban para sus necesidades. Algunos habitantes de las ciudades, por tanto, podían trabajar en otros oficios y cambiar sus productos por los alimentos que les sobraban a los agricultores. Y las ciudades llegaron a ser los hogares de artesanos, mercaderes, administradores, sacerdotes y otros muchos. La existencia humana había trascendido la búsqueda única de alimentos, ropas y albergues. En resumen, fue ya posible la civilización, y hay que recordar que esta palabra deriva del término latino referente a «habitante de ciudad».

Cada ciudad se convirtió en una unidad política, con un personaje que era el que gobernaba y tomaba las decisiones, ya que esto era necesario si la defensa de los

hogares y las granjas debía ser eficiente. La necesidad de estar preparados para combatir a los nómadas condujo a la presencia de soldados y armas que, en los períodos de paz, podían emplearse en las funciones de policía y control de la población. De este modo, se desarrollaron las ciudades-estado.

A medida que la población seguía en aumento, cada ciudad-estado trataba de extender la zona cultivable bajo su control. De manera inevitable, las ciudades-estado contiguas chocaron y entablaron disputas que se transformaron en guerras armadas.

La tendencia era que una ciudad-estado creciera a expensas de las otras, con el resultado de que se formaba al fin un imperio. Estas grandes uniones solían ser más eficaces que las pequeñas, por motivos fáciles de explicar.

Hay que considerar que la agricultura requiere agua en abundancia y que el suministro más seguro de la misma reside en un río bastante caudaloso. Por esta razón, las primeras comunidades agrícolas se formaron a orillas de ríos, como el Nilo, el Éufrates, el Indo o el Hoan-ho. (Los ríos también servían como vías accesibles para el comercio, el transporte y la comunicación).

Los ríos, no obstante, dan otros problemas. Y, naturalmente, fue preciso construir diques para canalizar las corrientes de agua e impedir las inundaciones. Hubo que construir zanjas de irrigación para llevar el agua, debidamente controlada, hasta las granjas. Canalizar un río y mantener un sistema de riego requiere colaboración, no sólo de los individuos que viven en una ciudad-estado, sino entre tales ciudades-estado. Si una ciudad-estado se deterioraba, la inundación que de ello podía derivarse era desastrosa para toda las demás ciudades-estado dependientes de aquel río. Un imperio que controlase muchas ciudades-estado podía, con más eficiencia, obligar a la colaboración necesaria y mantener una prosperidad general.

Un imperio, sin embargo, significa usualmente el dominio de mucha gente por un grupo conquistador, lo cual genera resentimientos y batallas en busca de la «libertad». Eventualmente, con gobernantes débiles, un imperio puede resquebrajarse fácilmente.

En conjunto, pese a todo, ha habido tendencia no sólo a las unidades grandes, sino a las cada vez mayores, a medida que la tecnología facilitaba progresivamente los transportes y los medios de comunicación, y a medida que el crecimiento de población enaltecía el valor de la seguridad y la prosperidad por encima de la libertad y las disputas.

La historia parece mostrar una oscilación entre los imperios (a menudo prósperos, pero despóticos), y las unidades políticamente descentralizadas (que generalmente producen una elevada cultura, siendo militarmente débiles).

Mientras la población crecía, las ciudades iban aumentando su población y se engrandecían, como Memphis, Tebas, Nínive, Babilonia, y eventualmente Roma, la cual, en su máximo auge, en el segundo siglo después de Cristo, puede haber sido la primera ciudad con más de un millón de habitantes.

Las ciudades de más de un millón de habitantes fueron ya un signo del mundo moderno, después de que la Revolución Industrial introdujese enormes progresos en transporte y comunicación. El siglo XIX vio la aparición de ciudades de cuatro millones de habitantes, y los primeros años del siglo XX vieron ciudades de seis y siete millones.

Es decir, en los últimos diez mil años, el mundo se ha ido urbanizando cada vez más, y, después de la Segunda Guerra Mundial, este proceso se ha convertido en un verdadero cáncer. En los últimos cuarenta años, la población mundial se ha duplicado, y la población de los países subdesarrollados, donde es más elevado el índice de natalidad, ha hecho mucho más que duplicarse. Ahora tenemos ciudades como México D.F., Sao Paulo, Calcuta cuyas poblaciones rebasan los veinte millones y amenazan con superar esta cifra. Tales ciudades se están convirtiendo en verdaderas colmenas tremendamente contaminadas, sin las medidas de sanidad adecuadas, y con los factores tecnológicos que alientan un crecimiento que puede ser el comienzo de su degradación.

¿Hacia dónde vamos? ¿Podemos ya impedir la putrefacción, el derrumbamiento, la disolución?

Ataqué el problema de la ciudad del futuro en mi novela *Las cavernas de acero*, que primero apareció como una serie en tres partes en *Galaxy Science Fiction*, en 1953. Estaba influenciado por el hecho de ser un agorafóbico^[1]. Me siento más cómodo y tranquilo en los ambientes concurridos y cerrados.

Por eso me encanta vivir en el centro de Manhattan. Me muevo por sus repletos cañones con facilidad y sosiego, sin la menor sensación de incomodidad. Me gusta trabajar en una habitación con las persianas corridas y con un escritorio que esté frente a una pared blanca, lo que aumenta la impresión de lugar cerrado.

Naturalmente, describí mi Nueva York futura como una versión mucho más extremada que la Nueva York actual. Y algunas personas se maravillaron ante mi gran imaginación.

—¿Cómo pudo imaginar una existencia tan de pesadilla como la de *Las cavernas de acero*?

—¿Qué existencia de pesadilla? —respondía yo, ingenuamente sorprendido.

Sí, desde luego, añadí una novedad. Toda la ciudad del futuro era subterránea.

Tal vez era esto lo que hacía parecer que la existencia allí fuese una pesadilla, pero en la vida bajo el suelo hay varias ventajas, considerándolo bien.

Primero, el tiempo reinante carecería de importancia, ya que es principalmente un fenómeno de la atmósfera. La lluvia, la nieve y la niebla no pueden trastornar el mundo subterráneo. Incluso las variaciones de temperatura se limitan a la superficie, no existen bajo tierra. Tanto durante el día como durante la noche, tanto en invierno como en verano, las temperaturas de una ciudad subterránea serían casi constantes.

En lugar de gastar energía en calefacción o refrigeración, habría que gastarla en ventilación, claro, pero yo pienso que esto conduciría a un buen ahorro. Se necesitaría un transporte electrificado para evitar la contaminación del motor de combustión interna, pero caminar (considerando la certidumbre del buen tiempo) sería mucho más atractivo, lo cual también ayudaría a ahorrar energía, promoviendo mucha mejor salud.

Las únicas condiciones adversas que afectarían al mundo subterráneo serían los volcanes, los terremotos y los impactos de los meteoritos. Sin embargo, sabemos dónde hay volcanes y dónde son más frecuentes los terremotos, por lo que sería fácil eludir estas zonas. Y tal vez crearíamos una patrulla espacial que destruyese los objetos meteóricos que se acercasen demasiado.

Segundo, la hora local carecería de importancia. En la superficie, no es posible evitar la tiranía del día y la noche, y, cuando es mañana en una zona, es de noche en la otra; si en una es por la tarde, en otra es de madrugada. El ritmo de la existencia humana está, por tanto, fuera de fase. En el mundo subterráneo, donde la luz artificial determinaría el día, podríamos, de quererlo, forjar una hora uniforme para todo el planeta. Esto significaría ciertamente una colaboración global y eliminaría los trastornos horarios. (Si un día mundial y una noche mundial presentan graves deficiencias, pueden establecerse otros sistemas. Lo interesante es que sería nuestro sistema, y que nadie lo habría impuesto por el accidente de la rotación de la Tierra).

Tercero, podría estabilizarse la estructura ecológica. Ahora, con la humanidad en la superficie del planeta, abarrotamos la Tierra. Nuestra tremenda cantidad de seres humanos ocupa mucho espacio, lo mismo que todas las estructuras que edificamos para albergarnos, y nuestras máquinas, destinadas a posibilitar nuestro transporte, nuestras comunicaciones, y ofrecemos descanso y recreo. Todas estas cosas distorsionan a las numerosas especies de plantas y animales en su hábitat natural y, a veces, involuntariamente, favorecen a algunas, como las ratas y las cucarachas.

Si la humanidad y sus estructuras fuesen trasladadas bajo tierra, muy por debajo del nivel del mundo natural de los animales subterráneos, el Hombre seguiría ocupando la superficie con sus granjas, sus bosques, sus torres de observación, sus terminales aéreas y demás, pero la extensión de tal ocupación habría decrecido enormemente. Asimismo, si uno se imagina el mundo subterráneo cada vez más elaborado, también es posible visualizar, por deducción, que gran parte de las provisiones alimenticias serían obtenidas de cosechas en zonas artificialmente iluminadas bajo tierra. La superficie de la Tierra podría convertirse gradualmente en parques y selvas, que mantendrían una estabilidad ecológica.

Tampoco nos privaríamos de la naturaleza. En realidad, nos acercaríamos más a ella. Tal vez parezca que, al retirarnos al mundo subterráneo, nos apartaríamos del mundo natural, pero ¿sería así? ¿No es este retiro mucho más completo en la

actualidad, cuando tantas personas suelen trabajar en edificios urbanos a menudo sin ventanales, acondicionados de manera artificial? Incluso, donde hay ventanas, ¿cuál es la perspectiva que se divisa (si uno se molesta en mirarla), más que sol, cielo y casas en el horizonte... más algún verdor asaz limitado?

¿Y para alejarse ahora de la ciudad? ¿Cómo llegar a la campiña? Es preciso viajar horizontalmente durante kilómetros y kilómetros, primero por las calles pavimentadas de la ciudad, y luego por terrenos suburbanos irregulares y peligrosos. Y la campiña que podríamos ver se irá retirando de manera gradual, y está siendo dañada constantemente.

En el mundo subterráneo también podríamos tener zonas de verdor, incluso parques, con productos tropicales en invernaderos. Y no dependeríamos de esos intentos insatisfactorios, por muy confortadores que sean para algunos. Sólo necesitaríamos subir un par de centenares de metros sobre el nivel de la Calle Mayor Subterránea, y habríamos llegado.

La superficie que veríamos sería natural... tal vez incluso demasiado, pero relativamente natural. Habría que proteger la superficie contra las visitas demasiado frecuentes, demasiado intensas o demasiado descuidadas. Pero, por mucho que se restringiesen los viajes hacia arriba, los habitantes del mundo subterráneo verían más mundo natural que hoy día, y en unas condiciones más realmente ecológicas.

Es interesante ver que la idea de la vida subterránea ha empezado a sonar de manera más realista que cuando escribí *Las cavernas de acero*. Por ejemplo, muchas ciudades de las latitudes boreales (donde el tiempo frío, la nieve y el hielo impiden salir de compras), están construyendo tiendas subterráneas cada vez más elaboradas, cada vez más autosuficientes, cada vez más semejantes a mi mundo imaginado.

Sin embargo, mi imaginación no es la única que posee el mundo. Aquí tenemos *Refugio*, de Rob Chilson, en donde mi ciudad subterránea del futuro es explotada por otro escritor de ciencia ficción, que ha tomado mis ciudades subterráneas como punto de partida de la suya.

Isaac Asimov

Kappa Whale

Las estrellas no emitían suficiente luz. Derec se arrastró a lo largo del casco de la nave, observando atentamente el metal plateado a través de su propio casco. La nave se hallaba debajo de él, o al lado, según como uno lo considerase. Derec prefería pensar que estaba «al lado», pues así no parecía tan fácil que pudiera caer.

A su derecha, a su izquierda, «arriba» y «abajo», no había nada. Pero el espacio no era ninguna novedad para Derec, cuyos recuerdos habíanse iniciado solamente unos meses atrás en una cápsula espacial, en realidad, una cápsula de supervivencia. Pero, en aquellos momentos, no tenía tiempo para recordar dicha cápsula, ni el asteroide helado, o cómo había sido capturado por el pirata no humano, Aránimas. Ahora, sólo se concentraba en flotar.

—Estoy sujeto a la barra —anunció.

—Bien —aprobó Ariel, cuya voz resonó dentro del casco de Derec.

El joven no había tenido tiempo de reducir el volumen del comunicador ni deseaba reducirlo todavía. Su avance a lo largo del casco de la nave, con la ayuda de los electroimanes de las rodillas y las palmas de las manos, había sido lento, pero inexorable. Cuando asió la barra direccional, su mano se detuvo, pero su cuerpo continuó adelante, como un nadador empujado por una ola. Una ola de inercia.

Tras asir la barra, empezó a balancearse lentamente en torno a ella como una bandera, dando la vuelta hacia donde había venido. Se había dado cuenta inmediatamente de que no debía haberse agarrado, pero no enmendó su error tratando de soltarse. Dejó que el balanceo se apoderase de él, frenó el impulso con el brazo, que crujió dolorosamente, y finalmente se detuvo.

Un robot que avanzaba en el mismo sentido se paró correctamente al otro extremo de la barra con una mano se agarró a ella, pero su brazo supo dominar el empuje como si de un muelle se tratara. Por ser un robot, no tenía miedo de que se le torciesen las muñecas, que es la lesión más corriente en la ingravidez.

El robot Mandelbrot esperó cortésmente mientras Derec resolvía su enredo con la barra. El joven la agarró con ambas manos y dobló un codo, manteniendo recto el otro. Su cuerpo giró lentamente alrededor del brazo doblado hasta que hubo invertido su posición. Colocando entonces un pie contra la barra, se empujó lentamente, irguiéndose y volviendo en busca del casco de la nave.

Por un momento, Derec realizó un vuelo libre sin rozar la nave. Luego, sus manos la tocaron, los imanes chocaron con el casco y el Joven continuó arrastrándose. Avanzó ayudándose con las manos y los antebrazos, en tanto su ola de inercia quedaba absorbida por la «playa» del casco de la nave. Su pecho, su vientre y

finalmente sus rodillas lo tocaron penosamente, deslizándose por un lado.

—¡Cáspita! —exclamó Ariel—. ¿Qué haces? ¿Aserrar la nave por la mitad?

Derec no replicó. Sin dejar que quedase absorbido todo su impulso, se arrastró más rápidamente con manos y rodillas, impulsándose por el casco lentamente. Los electroimanes eran controlados por ordenador, y zumbaban alternativamente durante la operación de arrastre.

Unos segundos más tarde, Derec aminoró la marcha, y lo mismo hicieron los electroimanes. Poco a poco, el joven se detuvo. Mandelbrot se le reunió de forma similar y miró hacia el casco de la nave, para hacerse después a un lado.

—De acuerdo, estamos en la escotilla —exclamó Derec—. No creo que necesitemos ninguna herramienta para abrirla. Sólo es cuestión de hacer girar unos tornillos.

Había dos ranuras en el casco, cada una en un círculo pequeño. Y éstos estaban en el reborde de una pieza cuadrada la escotilla. Derec metió dos dedos en una de las ranuras, en tanto Mandelbrot imitaba este gesto al otro lado, y entre los dos hicieron girar los circulitos en el sentido de las agujas del reloj. Se oyó un pop, y la escotilla se abrió.

—Ya está abierta —murmuró Derec.

Ésta era una afirmación un poco prematura. Derec tenía que incorporarse sobre el casco de la nave para levantar la escotilla, o al menos para moverla por completo, pero antes tenía que aclarar bien su mente. Mandelbrot volvió a meter los dedos en una de las ranuras y tiró. La escotilla quedó suelta con facilidad. El robot dobló el brazo como una cuerda, levantando la escotilla sobre su cabeza, elevó el otro brazo, y la escotilla se separó del casco.

—No veo absolutamente nada —se quejó Derec.

La luz de su casco se proyectó por la cara interior de la escotilla y se paseó por la maquinaria al descubierto. Pero, sin polvo atmosférico que esparciese la luz, lo único que Derec divisó fue una serie de líneas paralelas y zigzagueantes, luminosas, contra una negrura aterciopelada. Al cabo de un momento, no obstante, Derec tiró del asa. No sucedió nada. Y en la cavidad no quedaba sitio para que Mandelbrot pudiera ayudarle. Aferrándose con fuerza a ella, Derec se incorporó sobre el casco de la nave, colocándose de espaldas al mismo. La tapa de la escotilla quedó suelta con una vibración que él experimentó como un escalofrío hasta la planta de los pies, con un sonido muy extraño.

—¿Algo va mal? —preguntó Ariel, preocupada.

Tal vez había oído los jadeos de Derec y el ruido de la escotilla al soltarse.

—Se hallaba encajada, pero ya la he soltado. Creo que se ha formado un poco de hielo alrededor.

Con la ayuda del robot, que había liberado la escotilla y estaba de pie sobre el

casco de la nave, Derec extrajo un conjunto de tuberías y cables hábilmente disimulados, todos conectados entre sí. Mandelbrot alargó un brazo y estiró una cuerda gruesa, a la que siguió una masa de espeso plástico plateado y bien doblado. Tan pronto como el globo de plástico estuvo suficientemente desdoblado para no sufrir daños, Derec examinó su fondo.

Tuvo que moverse a un lado, pero allí estaba la válvula, semejante a un grifo de jardín de la lejana Aurora. Por un momento, Derec se sintió estremecido por el recuerdo vívido de una fuente en un jardín del planeta Aurora. Ya había tenido algunos indicios, según los cuales él procedía del mayor de los planetas espaciales, pero muy pocos recuerdos se filtraban después de su amnesia, y menos aún tan claros como éste.

Al cabo de unos instantes, sin embargo, comprendió que no lograría recordar de qué jardín se trataba, ni dónde estaba. Sólo sabía que se trataba de un recuerdo muy grato. Le había gustado aquel jardín. Pero ahora, lo único que recordaba era la fuente.

No era prudente encoger los hombros en la ingravidez, por lo que Derec buscó cuidadosamente dentro de la escotilla y, con cierto esfuerzo, hizo girar el grifo. Oyó el siseo que produjo el aire entre sus dedos y a través de la manga de su traje, cuando el vapor a baja presión entró en el globo. Un momento después, Mandelbrot había desaparecido de su vista, detrás de él.

Aquel maravilloso y flexible brazo reapareció, y Mandelbrot giró la válvula de entrada. Un momento más tarde, se oyó el débil murmullo de una bomba diminuta. El agua estaba fluyendo ya por las tuberías. Las secciones del radiador y de destilación al vacío del sistema de purificación y refrigeración del agua estaban funcionando. Las habían fabricado para una larga estancia en el espacio.

«*Debí hacer esto hace varios días*», pensó Derec, si bien no lo dijo en voz alta.

Siendo como era optimista por naturaleza, había pensado que no tardaría en aproximarse una nave. Ariel, que tendía más al pesimismo, lo había dudado.

—Voy a volver por el lado del sol —anunció él—. La luz es mejor.

Ariel no respondió. Pulsando un botón, liberó el cable de seguridad, que se enrolló dentro de la cámara de presión de aire delantera. Derec lo ató de nuevo a la anilla situada cerca de la escotilla. El robot imitó todos sus movimientos. Sintiéndose ya más seguro, de pie sobre el casco de la nave, Derec caminó lenta y cuidadosamente en torno al estrecho cilindro, hasta que la escasa luminosidad rojiza de su «sol» hirió su vista; siguió dando la vuelta hasta que tuvo al sol sobre su cabeza.

Perteneciente a la categoría M de las enanas, la estrella roja era sin duda alguna muy vieja. También era muy pequeña y no tenía verdaderos planetas. Su hija mayor era un antiguo pedazo de roca de apenas cuatrocientos kilómetros de diámetro, y la siguiente no llegaba a la mitad de este tamaño. La mayoría de las demás hijas eran

fragmentos cuyo volumen iba desde montañas respetables a trozos minúsculos... y aún no había demasiados. Una estrella tan vieja debió formarse en la época en que las nebulosas de la galaxia empezaban a enriquecerse con elementos pesados. No se trataba de una estrella metalífera, por lo que ningún prospector se había molestado en buscar algo valioso en aquellos pedazos rocosos, ni nadie se molestaría nunca en buscarlo.

Pese a su escasa potencia, la estrella iluminaba el camino... hasta cierto punto. Bajo su luz, el casco plateado de la nave parecía de cobre barnizado, lo que formaba una visión agradable. Las sombras todavía mostraban los bordes agudos, y la misma sombra del joven era como un agujero móvil, de forma extraña, en el casco, un agujero de un universo raro y multidimensional.

Mandelbrot le seguía con facilidad.

—¡Alerta! —gritó Ariel, inquieta—. Una roca viene hacia nosotros. Tiene el tamaño de un buen bocado, si es que te gustan las rocas.

—No —negó Derec, aunque la frase le hizo pensar en patatas al vapor. Estaba hambriento.

De haber habido algún peligro, Ariel se lo habría advertido. Derec supuso que la piedra pasaría a bastante distancia. Se hallaban bastante lejos de la estrella, y el espacio se hallaba poblado con pecios muy espaciados. Ésta era la segunda roca que encontraban en dos días, habiendo sido la primera algo mayor que un grano de arena. Probablemente, ambos objetos eran «hielo sucio», el material de los cometas.

Con peligro o sin él, Mandelbrot se le aproximó, oteando el cielo sin detenerse. Derec no se dio cuenta, ni se molestó en mirar la roca. Fue el sol lo que atrajo sus ojos. A aquella distancia, gracias a su luz escasa y débil en rayos ultravioletas, era posible mirarlo directamente.

Por lastimosa que fuese como estrella y por muy pobre que fuese su familia, aquel sol era, no obstante, una isla de luz en un vasto océano de negrura, donde las estrellas duras y fijas como diamantes le cortaban con sus miradas. Derec se imaginaba el espacio que rodeaba a la estrella roja como una estancia, una estancia cálidamente alumbrada en una inmensidad de tinieblas y frío.

Después de su existencia circunscrita a Robot City, Derec se sentía libre.

«*El espacio*», pensaba, «*es el hogar natural de la humanidad*».

Se oyó una especie de ladrido dentro de la nave, y Derec recordó, con un súbito escalofrío, que había otras razas, aparte del hombre, que usaban el espacio. Y un representante de otra de esas razas se hallaba en la nave Wolruf, la alienígena semejante a un perro, con la que había establecido una alianza en la nave de Aránimas. Wolruf había huido con él del pirata espacial, después del hospital y finalmente de Robot City.

«*En el pasado, las cosas habían ido peor*», pensó Derec. Claro que, si tenían que

aguardar aquí una o dos semanas...

Después pensó: «*También estoy preocupado por Ariel*».

Siguió adelante, halló la entrada de la cámara de aire a presión, y se metió dentro, dejando sitio para el robot.

Se condensó escarcha en sus ropas tan pronto como penetró en la nave, pero Derec no hizo caso, pues sabía que no resultaba excesivamente fría al contacto. Sólo habían estado fuera unos minutos. El interior de la nave parecía más frío después de haber estado fuera.

—Deberíamos salir más a menudo —comentó el joven—. No hay precisamente aire fresco, pero al menos hay cierta sensación de libertad.

—Yo estoy bien aquí —murmuró Ariel, encogiéndose de hombros, tras haberle mirado momentáneamente interesada.

Mandelbrot la contempló agudamente, suspendiendo su ridículo gesto de quitarse la escarcha de los ojos, y no dijo nada. Tampoco le había dicho nada a Derec, mas éste sabía que el robot estaba preocupado. Ariel padecía una enfermedad grave. Según ella misma, una enfermedad fatal. Anteriormente ya le había ocasionado dolor, grandes punzadas musculares y, con frecuencia, estaba febril y sufría fuertes jaquecas; a veces, incluso tenía alucinaciones. Pero este abatimiento tan prolongado era algo nuevo e inquietante.

—Haber agua para ducha, ¿verdad? —inquirió Wolruf.

Tenía el tamaño de un perro grande y a menudo caminaba a cuatro patas, si bien normalmente lo hacía sólo sobre dos, ya que sus garras delanteras casi eran como manos, deformadas para los cánones humanos, pero que servían para sujetar herramientas.

—Aguarda media hora —respondió Derec.

La alienígena peluda necesitaba ducharse a diario en una nave donde no era posible evitar el contacto mutuo.

—Derec, ¿preparo comida? —se interesó Mandelbrot—. Es casi la hora acostumbrada de vuestras comidas.

—Yo lo haré, Mandelbrot —se ofreció al momento Ariel—. ¿Qué os apetece a vosotros, Derec, Wolruf?

No había patatas fritas. Naturalmente, Derec no esperaba encontrar una comida decente en una nave espacial, y el sintetizador tardaría algún tiempo en preparar alguna especialidad.

—Cualquier guiso estará bien. Si variamos la combinación, tardaré bastante en cansarme de ese plato.

—Yo comer lo mismo que tú —observó Wolruf.

—Pues hoy tenemos... —sonrió Ariel, con una sonrisa que parecía natural—... tenemos mucha salsa de tomate y, además, a mí me gusta.

—Es maravilloso poseer un sintetizador comercial y un gran surtido de productos básicos —exclamó Derec, ilusionado al ver tan animada a Ariel—. ¿Recuerdas nuestros experimentos en Robot City?

—¿Recordarlos? —Ariel hizo una mueca—. Estoy tratando de olvidar todo aquello.

La nave del doctor Avery estaba bien equipada. En realidad, podían vivir indefinidamente allí... al menos hasta que se agotasen las micropilas, o se terminase el aire y el agua. El purificador del agua usaba fermentos y algas para diluir los residuos, y las plantas quedaban almacenadas como materia orgánica básica para el sintetizador.

Derec, después de despojarse del traje con movimientos dignos de un contorsionista, lo colgó de los ganchos al lado de la cámara de presión. Inmediatamente, Mandelbrot fue hacia el traje y comprobó su estado. Derec alargó los brazos hacia el techo de la cabina, saltó hacia el mismo, y volvió a posar los pies en el suelo. El braquietismo era la forma más eficaz de moverse en una cabina en ausencia de gravedad.

El joven se volvió hacia el receptor. Estaba sintonizado a la baliza local. Habló una voz sosegada, robótica, con timbre femenino:

—Baliza Kappa Whale de Arcadia. Informe, por favor. Baliza Kappa Whale de Arcadia. Informe, por favor.

Tras apagar el sonido, Derec estudió sombríamente los indicadores. Kappa Whale se oía en la banda electromagnética, tanto por láser como por microondas. Sin embargo, la nave conseguía una captación nula en las hiperondas.

—No lo entiendo —musitó el joven.

Ariel le miró por encima del hombro, flotando delante del equipo de cocina.

Wolruf se acercó a Derec.

—¿Romperlo doctor Avery, creer tú?

—¿Sabotaje? No lo sé. Cuando despegamos de Robot City captábamos estupendamente Kappa Whale.

Habían salido apresuradamente del planeta de los robots, en esta nave robada. El doctor Avery, que había creado los robots que construían Robot City, les había perseguido por motivos que ninguno de ellos comprendía. Derec, no obstante, sospechaba que Ariel sabía mucho más sobre el enigmático y bastante loco doctor de lo que había dicho.

Ya lejos del planeta y a salvo del doctor Avery, descubrieron que, en la nave, no había cartas de astronavegación, o estaban muy bien escondidas en el ordenador. Aunque éste era positrónico, no se trataba de un cerebro totalmente positrónico. De haberlo sido, habrían podido convencerlo de que, sin las cartas, morirían en el espacio. Por la Primera Ley de la Robótica, el ordenador no habría podido ocultar las

cartas, fuesen cuáles fuesen sus órdenes.

La Primera Ley de la Robótica establece Un robot no puede perjudicar a un ser humano a sabiendas, o permitir, por omisión, que un ser humano sea perjudicado.

Las órdenes hubieran caído sencillamente bajo la Segunda Ley, que dice Un robot debe obedecer todas las órdenes de un ser humano, a menos que entren en conflicto con la Primera Ley.

Pero el ordenador no era más que una calculadora compleja, incapaz de tener el más simple pensamiento robótico. Habían probado de instalar en las naves robóticas un cerebro positrónico y todos habían fracasado, porque todos los cerebros positrónicos de tamaño grande habían sido diseñados en su interior de acuerdo con las Tres Leyes. Era natural que los constructores los hiciesen de esta manera, a fin de preservar de todo mal a los ocupantes de las naves. Como los viajes espaciales eran inherentemente inseguros, tales naves mostraban tendencia a enloquecer o a negarse a despegar.

—De buena gana le pegaría a ese ordenador, o le daría de puntapiés —se enojó Derec.

—¡Oh...! —Wolruf mostró su sonrisa, más bien atemorizadora—. ¿Tú pensar, como Jeff Leong, que todas las máquinas deber tener un sitio donde patearlas?

—O algún modo de guardar la información suelta. Estoy convencido de que, en alguna parte, ha de haber cartas...

Era una suposición razonable. Nadie puede recordar todos los millares de números contenidos en una carta estelar. Las cartas casi nunca estaban completamente impresas, aunque, para facilitar los cálculos, podían estarlo algunas secciones. Y esta pequeña nave carecía de impresora. Lo único que tenía, según suponían, era información en su memoria. Pero no podían encontrarla.

Y esto no hubiera sido muy grave, si no hubiesen perdido hiperonda. A falta de cartas, estando en órbita alrededor de Robot City, habían barrido el espacio con las hiperondas, captando muy bien Kappa Whale de Arcadia. La directriz les había permitido dar el salto hiperespacial, y lo habían dado. Lógicamente, hubieran debido poder captar otras balizas indicadoras y saltar o brincar hacia cualquier lugar del espacio habitado, fuese uno de los cincuenta mundos espaciales o los mundos colonizados que la Tierra había empezado a ocupar.

—Estamos dentro de la distancia telescópica de Arcadia —murmuró Derec.

Arcadia era un mundo espacial menor y distante. Pero no tenían la menor idea de hacia qué lado se hallaba la constelación de Whale. Sólo sabían que Kappa era la estrella cuyo brillo era el noveno en la constelación, y que sólo había otra estrella menor, la Lambda Whale. Las constelaciones, por acuerdo interestelar, no tenían, para propósitos de astronavegación, más de diez estrellas.

—Más pronto o más tarde —opinó Wolruf—, venir una nave.

«*Más pronto o más tarde*», pensó Derec.

No necesitaba que se lo repitieran, puesto que esta idea era suya. Cuando descubrieron que, después del salto, las antenas de hiperondas solamente podían captar las balizas más cercanas, Derec sugirió ponerse al paio hasta que pasara una nave y pedirles a sus tripulantes una copia de las cartas de astronavegación. Transmitir una copia sólo sería cuestión de unos minutos, por lo que no causaría ningún trastorno.

Más pronto o más tarde...

—La sopa ya está lista, o en este caso el guiso —anunció Ariel. El horno estaba abierto, exhalando un aroma apetitoso—. Todavía queda algo de tu crujiente pan, Derec. Lo recalentaré. Pero será para más tarde.

—Huele bien —alabó Derec, honestamente.

Wolruf, con mayor honestidad todavía, relamió sus chuletas y sonrió. Derec ya había superado su irritación debida al hecho de haber invadido Ariel sus prerrogativas como *chef de cuisine*, reconociendo que ella era mejor cocinera que él. (La cocina más vulgar era trabajo de los robots, y ningún humano se dignaba hacerla).

Durante unos minutos, comieron en silencio. La comida era servida en platos tapados, pero su contenido rebosaba de las superficies interiores. Manejando cuidadosamente las cucharas, podían comer sin desparramar la comida por la nave. Al principio, hasta el apetito de Ariel era bueno, aunque rápidamente perdió interés por la comida.

—¿Crees que alguna vez pasará por aquí una nave? —preguntó finalmente con la mirada y el pensamiento muy lejos de allí.

—Naturalmente —asintió Derec, con rapidez—. Admito que fui demasiado optimista. Sí, supongo que nos hallamos en el límite del espacio habitado, y que esta senda no se halla muy frecuentada, pero eventualmente...

—Eventualmente —repitió ella, casi soñadoramente.

Ahora, muy a menudo, adoptaba un estado abstraído, soñador.

—Eventualmente —repitió también Derec, con voz débil.

Era demasiado honesto para discutir esta cuestión. Las naves no volaban de estrella a estrella como un avión. Saltaban con los fortísimos impulsos de sus motores hiperatómicos, yendo en una dirección que estaba en ángulo recto con el tiempo y, simultáneamente, con las tres dimensiones espaciales. Como ellos iban a ninguna distancia, no tenían un tiempo para saltar. Por consiguiente, no disponían de sendas para viajes estelares.

Por razones de seguridad, las naves saltaban de estrella a estrella; si, por cualquier motivo, una se extraviaba, sus salvadores sólo tenían que estudiar la ruta en una carta y registrar las estrellas a lo largo del camino. Y, como no todas las estrellas tenían planetas habitados, a lo largo de esas sendas frecuentadas, como las llamaban, se

hallaban las estrellas-baliza. Una nave que saltase dentro de este sistema de balizas debía comprobar si había llegado a Kappa Whale, transmitir su diario de a bordo a las grabadoras de la baliza, y partir. Periódicamente, naves de patrulla examinaban esas grabaciones para asegurarse de que no había ocurrido ninguna desgracia.

Pero habían transcurrido varios días y no llegaba ninguna nave. Naturalmente, si aparecía una al otro lado de Kappa Whale, ellos no podrían detectarla en la banda electromagnética hasta que hubiese saltado. No obstante, el transmisor-receptor de hiperonda funcionaba lo bastante bien como para detectar una nave que se comunicase con la baliza desde cualquier punto de aquel sistema estelar. Derec y Wolruf estaban de acuerdo en esto. Por tanto, eventualmente, los encontrarían y los salvarían.

Wolruf terminó su comida, destapando el plato y lamiéndolo eficazmente.

—Yo estar pensando —observó— que tal vez la conmoción de la onda de salto ha cambiado algo en nuestra antena de hiperondas.

—¿Trastocando los elementos?

Derec asintió, aunque dubitativo. No recordaba dónde se había educado, pero poseía amplios conocimientos técnicos con cierta especialización en robótica, cosa que no era rara en un joven espacial, como suponía que era. Pero la tecnología de la hiperonda era otra cosa, y bastante más difícil de aprender.

—¿Tú tener... o conocer cosas para medirlos?

Derec había visto una caja de herramientas en el esquema de la nave, antes de salir a reparar el sistema de reciclaje.

—Podría ser.

Así era. Unos minutos más tarde, con Ariel atenta a los detectores y Wolruf a los comunicadores, Derec salió al exterior, seguido de Mandelbrot.

La antena de hiperondas podía estar en cualquier parte de la nave, puesto que el hiperátomo no respetaba las leyes del espacio-tiempo, pero tenía que estar bien resguardada, para que el cable posterior no dañase los instrumentos de la pequeña nave, o incluso a la tripulación. Por eso, en los modelos Buscadores de Estrellas, la antena solía estar en un ensanchamiento de proa, lo más lejos posible de todo lo demás.

La antena era como una serie de pedazos de metal malformados y de cables retorcidos, y el equipo de comprobación simplemente enviaba una corriente a través de cada elemento por separado. Las lecturas entraban dentro de los valores normales, a juzgar por el manual que Derec había leído antes de salir.

—No lo entiendo —se quejó el joven, recordando la definición clásica del Infierno el lugar donde todos los instrumentos son perfectos, pero ninguno funciona—. ¿Cómo puedo repararla, si no está averiada?

—Yo pensar —indicó Wolruf—, que el doctor Avery resintonizar la antena.

—¿Resintonizada? —repitió Derec. Nunca había oído esta palabra, pero lo cierto era que sabía muy poco sobre el tema—. Pensaba que todas las comunicaciones de los espaciales se daban en la misma longitud de onda. ¿Acaso Avery intenta captar a los colonizadores? ¿O qué?

—Quizás a Aránimas.

«Quizá», pensó Derec. «Sí, quizá». Aquel pirata bien armado estaba decididamente interesado en los trabajos de Avery, aunque tal vez no supiese quién o qué era el tal doctor Avery.

Derec permaneció de pie, contemplando el espacio caliente generado por Kappa Whale, y se estremeció. Por primera vez se le ocurrió pensar «¿Y si la primera nave que se acercase fuese la de Aránimas? Debe estar registrando sistemáticamente todas las estrellas-baliza».

Una presión en su brazo casi le hizo saltar del casco de la nave.

Perihelion

El rostro atezado, enigmático, de Mandelbrot se aproximó al de Derec. El robot lo asió con su brazo izquierdo, el normal. El brazo derecho, construido por Avery, se dobló hasta lo inverosímil en torno a Derec y desconectó su comunicador.

Derec había sufrido pesadillas por aquel brazo. Era una pieza suelta de un robot de Avery, que Aránimas había recogido en el asteroide helado donde Derec se había despertado.

—Fabrícame un robot —le había ordenado el alienígena.

Derec había conjuntado las piezas sueltas para construir el robot que llamó Alfa. No era un robot magnífico, pero funcionaba.

Luego, unas semanas más tarde, el brazo derecho, unido toscamente, se había afianzado en el robot con firmeza. Derec realizó unas modificaciones en el cerebro de Alfa, y éste le manifestó que, a partir de aquel momento, se llamaría Mandelbrot. Derec había observado la fina estructura de aquel brazo una serie de chips diminutos, o escamas, que se encajaban unas en otras y que, por tanto, permitían mover el brazo en cualquier sentido.

Cada unidad era como una célula robótica. Unidas, formaban un cerebro. Tras haberse integrado mutuamente, se habían apoderado de Alfa hasta cierto punto. La pesadilla de Derec consistía en que las células se comían al robot desde dentro, que su interior era una masa sólida de células y que se estaba convirtiendo en algo... horrible.

Imposible las células no podían comer. Además, todos los cerebros eran robóticos. Como lo eran el cerebro positrónico y las unidades celulares de Mandelbrot. Las Tres Leyes los dirigían. Pero, claro está, los sueños no son lógicos.

Por el momento, la peor pesadilla se había convertido en realidad, hasta que Mandelbrot acercó la cabeza al casco de Derec. Un observador cualquiera habría pensado que el robot le estaba besando en las mejillas. La verdad era que su micrófono tocó el casco de Derec y el robot habló:

—Derec, estoy preocupado por Ariel.

Habían procurado ocultarle a Mandelbrot el verdadero estado de la joven. Mandelbrot sólo sabía que estaba enferma, no que se tratase de una enfermedad casi siempre mortal. El efecto que tal noticia podía ejercer en su cerebro positrónico era imprevisible, y Derec no podía arriesgarse. La Primera Ley no deja resquicio para las enfermedades incurables.

—Ariel está preocupada, además de enferma.

Desvió la mirada de la cara inexpresiva pero tensa del robot. Las estrellas

parpadeaban, prometiendo y amenazando; allí en aquel espacio, tal vez Derec recobraría la memoria. Se acordaba de Jeff Leong, que había aparecido en Robot City a causa de un accidente sufrido cuando se dirigía a la universidad. Unos años más tarde, también Derec habría pensado en la universidad, de no haberle sucedido una cosa tan fantástica.

—Ariel está muy enferma —declaró Mandelbrot—. Su forma de alimentarse se ha alterado visiblemente. Casi siempre tiene fiebre. Su atención es anormalmente baja, es sensible a la luz, se mueve sólo con mucho esfuerzo...

—Está bien —le interrumpió Derec, pensando que se osificaría antes de que el robot terminase la lista de problemas, si no le interrumpía. Luego, añadió—. Es verdad que Ariel está enferma. Pero no estoy inquieto por ella.

Esto no era cierto, especialmente ahora que lo de su enfermedad era un secreto a voces.

—Pues deberías inquietarte. Temo por su salud, si no hacemos algo.

—¿Qué sugieres?

—Podrías usar la Llave de Perihelion.

Después de haber buscado en Robot City, durante varias semanas, una Llave de Perihelion, el misterioso instrumento que los sacaría del planeta instantáneamente, habían logrado robar la nave del doctor Avery cuando éste acudió a investigar su «interferencia». Y en la nave hallaron la Llave, pero, al registrar el despacho del doctor, habían descubierto adonde les llevaría la Llave con toda seguridad.

—Gracias a ella volveríamos a Robot City —manifestó Derec—, de donde no podríamos huir y el doctor Avery nos volvería a perseguir. Con toda seguridad, esto sería más peligroso que esa leve enfermedad.

Mandelbrot calló unos instantes.

—Es verdad —asintió al fin—. Ojalá tengas razón y que se trate de una enfermedad leve. Pero lleva ya varios días presentando esos síntomas. Y, en ese tiempo, las enfermedades leves suelen remitir.

El robot calló de nuevo, pero no se apartó.

—Quizá será mejor volver adentro —propuso Wolruf, sobresaltando a Derec—. No creer que encontrar aquí fuera la solución al problema. Querer saber más respecto a los campos de energía densa...

Derec dio media vuelta y el robot le soltó, volviendo antes a conectarle el comunicador. El gesto de Derec era el indicio claro de la voluntad del joven de ser el jefe, y la Segunda Ley de la Robótica obligaba al robot a obedecer este deseo.

—De acuerdo, entremos —ordenó Derec, como si no hubiese habido ninguna interrupción en sus comunicaciones.

Regresó al interior, a regañadientes. En la cabina, también había ingravidez pero, a pesar de que dentro había suficiente espacio para moverse, estaba atiborrada de

mandos, consolas, mamparos, compartimentos. Lo cierto es que Derec, fuera, se hallaba en su elemento. Allí era como flotar en las aguas de un mar caliente. Ni siquiera el incómodo traje le impedía experimentar la sensación de libertad que sentía al pasear su mirada desde una estrella a otra más distante aún, todas esperando, justo más allá de esta cabina iluminada en rojo.

Estrellas más allá de las estrellas, con sus mundos aguardando, mundos que ahora tan sólo los colonizadores terrestres estaban ocupando. Y más allá, otras razas inteligentes, otras aventuras... Un miembro de una de esas razas aguardaba ahora en la nave. Derec tuvo de nuevo la intuición momentánea de que él, entre tantos millones, debía hallarse entre los primeros en descubrir a otros alienígenas. La mayoría de los que habían encontrado al pirata Aránimas no habían sobrevivido...

¿Quién sabía qué otros seres les aguardaban entre todas aquellas brillantes estrellas? Derec se preguntó por qué los espaciales habían tardado tanto en instalarse en sus cincuenta mundos, demasiado satisfechos para ir en busca de aventuras. Tal como se sentía ahora, apenas podía creerlo.

Derec sentía el impulso de saltar y cruzar el firmamento dando tumbos, pero sabía que Ariel diría que eso, con el cable de seguridad, era una tontería y muy peligroso sin él.

«Y tendría razón», se dijo, a regañadientes. «Diantre, ¿por qué no puedo sentirme niño por una vez? No recuerdo haberlo sido nunca. Es como si me hubieran estafado toda la diversión infantil...».

Al volver al interior, había en el aire de la nave un olor agradable, cálido...

—He hecho tostadas —anunció Ariel.

Había hecho tostadas con los restos del crujiente pan, pero sin untarlas con mantequilla. Y estaban ya frías. Derec fingió no darse cuenta, limitándose a asentir y dar las gracias, tratando de parecer contento. Volvió a meter las rebanadas en el horno, las recalentó y pulsó la secuencia del sintetizador para que hiciese más pan... tres hogazas. Una vez estuvieron recalentadas las tostadas, las untó con mantequilla y las compartió con Wolruf. La caninoide, como un perro auténtico, siempre estaba dispuesta a comer, aunque no fuese más que uno o dos bocados.

Ariel no tenía apetito.

—Creer yo que el doctor Avery resintonizar la antena de hiperondas cambiando las densidades de los campos de fuerza del núcleo de sus elementos —indicó Wolruf, dejando caer migas de pan al suelo—. Los campos de fuerza densos ser las únicas cosas que poder detener los hiperátomos. ¿Pero, por qué cambiar, si no para detectar algo?

Derec asintió, aunque con cierta inseguridad. Un campo de fuerza denso era el que permeabilizaba un objeto; un imán con un pedazo de hierro entre sus polos era el ejemplo más clásico. Al alterar la densidad de los campos a nivel atómico en el

núcleo de los elementos de la antena, se cambiaría la «aceptancia» del núcleo.

—Para detectar algo —corroboró Derec—, como por ejemplo, la nave de Aránimas, o unas transmisiones. Si, esto es digno de consideración. No es improbable que se hayan cruzado sus caminos, puesto que el doctor Avery tiene Llaves de Perihelion y Aránimas las desea.

Resultaba tranquilizador, entonces, que la hiperonda no detectase nada. Esto significaba que Aránimas no operaba demasiado cerca.

—Ariel, estás soñolienta —intervino Mandelbrot—. Es ya la hora en que sueles acostarte. Tal vez deberías irte a la cama.

—Sí, buena idea —asintió la joven, vagamente.

Pero continuó sentada, mirando al vacío, durante otros quince minutos, antes de suspirar profundamente y levantarse lentamente.

Cuando desapareció en el camarote privado de la pequeña nave, Wolruf se volvió hacia Derec.

—¡Estar enferma! ¡Oh, debemos hacer algo, Derec! El robot está preocupado. Yo estoy preocupada.

Mandelbrot había acompañado a Ariel al camarote. Sin embargo, Derec bajó la voz.

—Tienes razón. Pero no debemos dejar que Mandelbrot se entere de hasta qué punto está enferma Ariel. Esto podría desquiciarle el cerebro.

—¿Morirá? —Wolruf casi suspendió su respiración—. ¿Es esto lo que quieres decir?

Derec inclinó la cabeza, muy abatido.

—Ella misma me dijo que su enfermedad suele ser mortal. Yo... esperaba que no fuese así. Pero estando todos sentados aquí, sin poder hacer nada...

—Creer yo que en parte es aburrimiento, ¡pero la verdad es que estar muy enferma!

Derec volvió a asentir. Se abrió la puerta del camarote y apareció Mandelbrot, quien la cerró suavemente y avanzó hacia los otros dos, apoyando los dedos contra la techumbre y los pies contra el suelo.

—Ariel necesita atención médica —murmuró, cuando hubo cerrado la puerta, hablando con tanta circunspección como antes le hablara Derec a Wolruf—. La Primera Ley lo exige. Temo por su vida si continúa así, Derec.

Los dos le miraron, y el joven adivinó lo que el robot iba a decir.

—Debes usar la Llave de Perihelion.

Wolruf asintió a estas palabras.

Derec sentíase enfermo ante la idea de volver a Robot City, incluso sin pensar en el doctor Avery...

—Esto, Wolruf, te dejaría aquí sin traje espacial, y sólo Mandelbrot podría salir

fuera.

—No importar. No debes poner en peligro la vida de Ariel.

—Es lo que ordena la Primera Ley —añadió Mandelbrot, quien no podía concebir que un ser humano se resistiese a tal exigencia, como no podía resistirse él.

—Muy bien. Tan pronto como ella haya despertado y comido, es decir, mañana. Y espero que el doctor Avery no esté en el planeta.

Lo que más alarmó a Derec, a la mañana siguiente, fue que Ariel no se resistiese. La joven, que estando normal tenía una lengua casi viperina, hubiera debido oponerse con todas sus fuerzas. En realidad, solamente hubo una chispa de oposición en sus pupilas, pero nada más. Derec pensó que lo mejor sería comprobar si el equipo médico de robots de Robot City había hallado ya una cura, por lo menos como alivio del aburrimiento.

Era un gran riesgo el que iban a correr. El doctor Avery era un genio muy inteligente, aunque indudablemente estaba loco... un megalomaniaco. Para él, los humanos eran simples robots que podía utilizar a su voluntad, a su capricho.

Derec miró a Ariel.

«*Ojalá lo consigamos*», pensó. Significaba ya mucho para él. Aunque no estaba en libertad de poder decir cuánto. Al fin y al cabo, Ariel padecía su enfermedad. No era contagiosa, y Derec había logrado averiguar que se transmitía sólo sexualmente. Esto aparte, ella le recordaba desde mucho antes de haber perdido él la memoria.

Aparentemente, al haber existido antes una relación sentimental entre ambos, Ariel se sentía ahora turbada por dos emociones distintas el contraste entre el inocente estado actual de Derec y aquella estrecha relación que mantuvieron. Ella le había contado algunas cosas, muy pocas, acerca de él, si bien Derec pensaba que la chica sabía muchas más.

Bien, sus secretos no tenían importancia ahora. Ella era Ariel, y Derec prefería sufrir antes que verla padecer a ella.

De todos modos, volver a Robot City era una desdicha, cuando tan cerca habían estado de huir de allí.

—Pues cuanto antes mejor —murmuró Ariel.

Derec pensó que parecía estar mejor que en los días pasados. Posiblemente, ser perseguida a través de Robot City le sentaría bien.

Mandelbrot le dio la Llave a Derec. Era un paralelepípedo muy plano, lo bastante pequeño para sostenerlo en la mano, pero mayor que cualquier llave mecánica. Brillaba a la luz como si fuese de plata y no de aluminio. En realidad, la Llave estaba formada por una aleación altamente conductora, permeabilizada con un campo de fuerza. Esto la volvía más reflectante que cualquier metal carente de esa energía, y sugería los hiperátomos.

Derec rodeó a Ariel con un brazo para sostenerla, y puso la Llave en la mano de la joven, sujetándole la mano por debajo. Cuando los dos tuvieron bien asida la Llave, él presionó sus cuatro esquinas de una en una. Derec consideraba que las Llaves poseían un origen no humano, aunque los robots de Robot City habían aprendido a fabricarlas. Los humanos no hubieran jamás diseñado un sistema de control semejante.

Cuando hubo presionado la cuarta esquina, surgió un botón de una superficie lisa, sin juntas. Derec dio una ojeada final a su alrededor e inclinó la cabeza, despidiéndose de la caninoide y del robot, y también de la nave. No tenía tiempo de pronunciar ningún discurso, ya que el botón pronto retrocedería. Lo pulsó.

La nave desapareció de su alrededor, siendo sustituida por una neblina.

Perihelion.

La palabra significaba el punto de una órbita más próximo a un sol... o más exactamente, el Sol de la vieja Tierra.

Pero ahora el término era sinónimo de periastro. A ellos se les había descrito Perihelion como el lugar más próximo a todos los lugares del universo.

Retuvieron sus movimientos flotantes en estado ingrávido, y miraron en torno. Perihelion no había cambiado. A su alrededor había una luz gris y suave, y aire, un aire que olía a rancio, a polvo. Derec pensó que no había purificadores al volver la cabeza para mirar. Era como si Perihelion fuese ilimitado, aunque Derec sabía, o al menos sospechaba, que tenía unos límites bien marcados.

—¿Qué estás buscando? —se interesó Ariel, como si ello despertara su curiosidad.

—Los motores hiperatómicos.

—¿Qué?

—Los motores del salto. Esta Llave no puede traernos por sí misma hasta aquí, si los robots pueden duplicarla. Debe de haber unos motores sintonizados con la Llave en alguna parte. Opino que se trata de un diminuto transmisor de hiperondas. No sé si estamos en el hiperespacio o si éste es un lugar del espacio normal, como un enorme globo del tamaño de un planeta, tal vez.

—¿Quieres decir... que alguien lo construyó? —inquirió Ariel, estupefacta.

—Obviamente, se trata de una estación de transporte alienígena, tal vez para mover cargas muy pesadas —asintió Derec—. Puede ser una de muchas cosas. Y me pregunto si estará abandonada o en uso, si bien es tan grande que no vemos a los otros, y los otros no pueden vernos a nosotros.

—La luz viene de todas partes —dijo Ariel, pensativamente.

—Sí —afirmó Derec, también meditativamente—. No había pensado en esto. Bueno, queda mucho misterio por resolver. Se necesitaría una pequeña nave para

explorar este lugar.

De todas maneras, ellos no podían hacer nada en aquel momento.

—Será mejor que lo dejemos correr —observó Ariel distraídamente, pasado el primer instante de interés.

La joven dejó ver una mueca de desagrado al pensar en Robot City, pero Derec se sintió más animado. Ariel no había mostrado tanto interés la noche anterior.

Derec repitió las presiones en la Llave y después pulsó el botón. La gravedad «saltó» de nuevo a sus pies y la luz a sus ojos. Miraron alrededor, muy sorprendidos. Les rodeaban unas paredes... claramente las paredes de un apartamento. Pero no era un apartamento diseñado por los robots de Avery. No estaban en Robot City. No tenían la menor idea de dónde estaban.

Alameda Webster

El apartamento era pequeño, mezquino y miserable. Nadie vivía en él, pues no había ningún toque humano, ni retratos de parientes, o flores o adornos personales. Estaba muy limpio, pero el suelo se veía desgastado, sin alfombras, y los tiradores de las puertas parecían sumamente usados. Un robot de aspecto simplón estaba de pie contra una pared.

La habitación medía unos tres por cinco metros y contenía una silla y un pequeño diván con cabida para dos... tres, si no molestaba el contacto. Había un curioso panel en blanco contra una pared, y un panel de control se hallaba cerca de una puerta cerrada. Otra puerta abierta conducía a lo que parecía un dormitorio. Una tercera puerta estaba cerrada, y era más pequeña que las demás.

En el dormitorio, Derec vio, al dar dos pasos, otra puerta cerrada. Se hallaba lado por lado con la puerta cerrada de la habitación principal, por lo que Derec juzgó que eran dos armarios. Asimismo, en esa pared, la común a ambas habitaciones, había unos cajones contruidos en el muro. El apartamento se hallaba envuelto en un débil zumbido mecánico.

Y nada más.

—Sólo dos habitaciones —exclamó Derec, con incredulidad.

—Sin cuarto de baño —añadió Ariel.

—Si. Ni cocina ni comedor.

Se miraron el uno al otro. Derec sólo pudo pensar en una cárcel, aunque no lo era, pues en una cárcel habría habido al menos un baño. Y, además, el apartamento era demasiado pequeño y estéril para ser una prisión.

—Me pregunto si ese robot será funcional —murmuró Ariel, frunciendo el ceño al mirarlo.

No parecía funcional. Tenía una sonrisa rígida y simple en una cara de plástico, al revés que los otros robots vistos por Derec. Mirándolo curiosamente, vio que sus juntas y los mecanismos impulsores asociados a las mismas eran grandes y zafios. El estudio de Derec acerca de la ciencia robótica se había centrado principalmente en los cerebros, aunque también había abarcado otras partes del cuerpo. El robot parecía estar mirándolos, aunque no se había movido.

—Robot, ¿eres funcional? —le preguntó Derec.

—Sí, señor —respondió el robot obsequiosamente, pero sin moverse ni alterar su fatua sonrisa.

«Los robots no deberían tener falsas caras humanas», pensó Derec, con

irritación. Esos robots daban respuestas, pero sin ninguna emoción en ellas.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es R. David, señor.

Ariel le miró inquisidoramente. Derec meneó la cabeza. Los robots tenían a menudo nombres humanos, si servían a los seres humanos. Ariel le había contado que, siendo niña, había llamado a su nodriza robot Guggles, aunque sus padres llamaban al robot Katherine. Pero Derec jamás había oído que un robot tuviera un prefijo a su nombre. ¿R. David? ¿O había oído...?

—R. David, ¿cuál es este planeta? —preguntó Ariel.

—La Tierra, señorita Avery —respondió respetuosamente el robot.

Sobresaltados, estupefactos en realidad, se contemplaron mutuamente. ¡Naturalmente! Las habitaciones eran tan pequeñas, tan mezquinas, tan miserables, porque la Tierra se hallaba inmensamente superpoblada. Había en ella más gente que en todos los cincuenta mundos espaciales juntos. El robot era tosco porque los terrícolas estaban atrasados en robótica y, en realidad, sentían muchos prejuicios hacia ellos.

Unos prejuicios tan fuertes como los que albergaban contra los espaciales.

—Sería mejor volver a Robot City —susurró Derec.

—Tal vez desde aquí podremos volver a la civilización —repuso Ariel.

—¡Buena idea! R. David, ¿es posible tomar una nave hacia los mundos espaciales?

—Sí, señor Avery. Las naves salen de la Tierra al menos una vez por semana y, a menudo, con más frecuencia.

¡Señor Avery! Y el robot había llamado «señorita Avery» a Ariel. Se miraron uno al otro y, de mutuo acuerdo, decidieron no decir nada.

A Derec le resultaba obvio que ese robot se hallaba acostumbrado a ver al doctor Avery ir y venir en la forma espontánea sólo posible para los poseedores de la Llave. Había aceptado el hecho de que sólo «Avery» iba y venía de tal manera. Y, al verles aparecer por ese sistema, llegó a la conclusión lógica, aunque equivocada, de que eran los «Avery», si bien estaba claro que no eran los «doctores Avery».

—Entonces, lo que necesitamos es ir al espaciopuerto —afirmó Derec—. ¿Esa puerta lleva al exterior?

—Un momento, por favor, señor Avery. No sería prudente aventurarse fuera sin preparación.

—¿Qué clase de preparación? —indagó Derec.

El robot tenía razón estaban en la Tierra.

—Primero necesitáis un régimen profiláctico completo contra las enfermedades de la Tierra. Son muchas y variadas, y vosotros carecéis de la inmunidad natural.

Era verdad. Los dos se miraron alarmados.

—Sin embargo, el problema no es tan grave como creen los espaciales.

El robot se movió, abrió un cajón de la pared y extrajo hipopistolas, redomas y pastillas. Sin ganas, pero también sin necesidad de que se les apremiara, se sometieron a los preventivos.

—Tomad las pastillas cuando bebáis algo. Si en algún momento experimentáis alguna sensación física de enfermedad o mareo, al menos notificádmelo al instante. Entonces, será necesario diagnosticarla rápidamente para poder aplicar el mejor tratamiento.

Derec y Ariel asintieron solemnemente, bastante nerviosos al pensar en las enfermedades terrestres.

—También necesitaréis alguna identificación tarjetas, cartillas de racionamiento y dinero —continuó R. David, cuando hubo terminado con las prevenciones.

Moviéndose con torpeza, abrió la puerta de un armario del saloncito. Estaba atestado de objetos, desde un video-libro y cajas de grabaciones a aparatos compactos de duplicación. Derec reconoció el estilo de fabricación de los espaciales, y comprendió que no sería muy difícil duplicar los sellos del documento de identificación terrestre.

En lo cual tenía razón. R. David bajó el panel en blanco de la pared, que resultó ser una mesa plegable, y pasó casi una hora reproduciendo sus retratos en numerosos trozos de plástico y metal, con números de varias cifras y diversas descripciones acerca de ellos. Y, naturalmente, un documento de identidad con las huellas dactilares, las huellas de los pies, las marcas retinales, las imágenes corneales, los retratos de las orejas y los análisis sanguíneos.

—El doctor Avery consiguió grandes sumas de dinero terrestre cuando aterrizó la primera vez —explicó R. David—. Lo obtuvo a cambio de metales raros. Naturalmente, el dinero como tal tiene poco valor en la Tierra, ya que solamente se usa para comprar objetos no esenciales, como los vídeo-libros. La comida, la ropa y el alojamiento están racionados.

—Ya —exclamó Ariel, nerviosamente—. Me gustaría que un terrícola se muriese de hambre al comerme yo sus raciones.

—No hay peligro de tal cosa, señorita Avery. Existe un amplio margen. A nadie se perjudicará dándote un documento de identidad de la Tierra, ya que el doctor Avery pagó muy bien los escasos productos de la Tierra con sus metales raros. Las cosas racionadas pueden obtenerse en cantidades y calidades controladas con la tarjeta de categoría individual.

—¿Categoría?

—La posición de una persona en la sociedad terrestre. Creo que esto no es muy distinto en todas las sociedades humanas, pero en la Tierra se ha formalizado en un grado mucho más elevado.

—Lo cierto es que, en los mundos espaciales, la gente más importante obtiene lo mejor de todas las cosas —observó Ariel—. Tal vez en la Tierra sean más honestos al admitirlo. ¿Qué clase de gobierno rige la Tierra? ¿Democrático, aristocrático o qué? ¿O lo dirigen todo los de categoría más alta?

—En respuesta a tu última pregunta, sí, hasta cierto punto. La Tierra es un sindicalismo democrático, con elecciones al Parlamento efectuadas en la localidad, para la Cámara Baja, y en la industria, para la Cámara Alta o sea el Senado. Las elecciones son democráticas en esas zonas, pero la mayor parte de la administración está regida por funcionarios nombrados, después de pasar por ciertas pruebas y ascender desde puestos de menor importancia. El sindicalismo significa que la industria, principalmente la de alimentación, de hostelería y de la indumentaria de la población, domina al gobierno.

—Comprendo que esto es necesario —asintió Derec, viendo cómo las manos grandes y torpes del robot proseguían delicadamente con su tarea—. ¿Cuántas categorías hay, y cuál es la más alta?

—Corrientemente, hay veintiuna categorías. La categoría A se considera la más alta. Muy pocas veces es concedida. Sólo diez millones de seres humanos la tienen.

«*Uno de cada diez*», pensó Derec, automáticamente. Luego, se corrigió: «*No, en Aurora, o en la mayoría de mundos espaciales, diez millones sería el diez por cien de la población, pero la Tierra tenía...*».

—¿Cuál es la población de la Tierra, R. David? —preguntó Ariel, pensando lo mismo que Derec.

—Ocho mil millones, señorita Avery.

¡Ocho mil millones! Se miraron el uno al otro. La población de ochenta mundos espaciales... y sólo había cincuenta.

—¿Quiénes constituyen la categoría A? ¿Los funcionarios del gobierno?

—No, esta categoría se halla reservada a los empresarios que solucionan los grandes problemas, a los inventores, a los heroicos pilotos espaciales y a otros aventureros. Puede concederse por aclamación popular, como en el caso de algunos artistas muy queridos. Los que reciben esa categoría A gozan de muchos privilegios, entre ellos el derecho de adornar sus puertas con laurel.

Un alto honor, como la Medalla de Aurora. Derec asintió. Los detalles —¿qué era el laurel?— no importaban.

—¿Cuál es la siguiente categoría?

—La categoría B está reservada a los funcionarios del gobierno continentales y planetarios, tanto elegidos como nombrados. La C se refiere a los funcionarios de la Ciudad. La D es para los funcionarios de la industria. A partir de aquí, las categorías resultan complicadas y no demasiado claras. Hay quince niveles en cada categoría, y el inferior es el nivel uno.

—¿Qué categoría y qué nivel nos estás preparando?

—Estoy preparando vuestra identidad para la categoría T, tal como hice para el doctor Avery, pues supongo que querréis seguir en el anonimato como espaciales. Ciertamente, esto facilitará vuestras investigaciones sobre la sociedad terrestre, pues podréis pasar inadvertidos, y la categoría T es la mejor para este propósito.

—¿Qué clase de personas suelen estar asignadas a la categoría T? —intervino Ariel.

—La T significa «transeúnte». Toda persona cuyos compromisos le obliguen a viajar se asigna a esta categoría, a menos que su misma categoría ya permita tales viajes, como ocurre con las categorías A y B. Los viajantes de comercio, por ejemplo, pueden pertenecer a la D o a la T, aunque usualmente a esta última, ya que la D se atribuye a los trabajos administrativos.

R. David hizo una pausa antes de continuar.

—En vuestro caso, consideré la posibilidad de asignaros la categoría E, la de los estudiantes, pero no lo juzgué aconsejable ya que, como estudiantes, tendríais ciertas restricciones, y me vería obligado a precisar el centro pedagógico.

Pese a ser todo esto muy interesante, Derec encontró fastidiosa la hora que el robot tardó en preparar las identificaciones. El pequeño apartamento, con sólo dos habitaciones, era una prisión más restrictiva que cualquiera de las que había visionado en las novelas históricas. Incluso los calabozos de los tiempos antiguos de la Tierra debían de ser más amplios. El zumbido mecánico parecía más potente hasta que Derec se vio forzado a hablar, en cuyo momento bajó de volumen.

«*Es el ruido de la ciudad*», pensó Derec con temor, un sonido que ningún terrícola podía evitar desde que nacía hasta que moría. Porque jamás salían de la ciudad.

Finalmente, los documentos quedaron listos y R. David explicó el uso de las diversas tarjetas.

—Ésta es la tarjeta de racionamiento de comida; vuestra cocina es la 9-G. También tenéis asignados servicios personales, pero podéis usar cualquiera de los que veáis. Derec, cuida de no hablar ni mirar a nadie en un Personal; hay una gran prohibición para los hombres en la Tierra. Ariel, las mujeres no sufren tal prohibición y pueden hablar en los servicios. Vuestra categoría no os concede el privilegio de la separación. Debéis tener vuestros propios peines, cepillos y el equipo de afeitarse.

R. David prosiguió hablando y les entregó un plano de la zona local. Derec y Ariel descubrieron que había una tendencia a relacionarlo todo con el nivel. Su apartamento y todo lo demás se hallaba en el nivel más bajo, por lo que tenían que subir o bajar para ir al Personal o a los comedores.

Para finalizar, el robot les entregó unos sombreros y los dejó ir, obviamente inquieto. Ariel abrió la puerta y salió, seguida de Derec.

Las mismas paredes blancuzcas del interior. Podían haber estado en un hotel muy barato, y, en realidad, Derec supuso que era eso. Un joven de largos cabellos, muy sofisticados, luciendo unas prendas baratas, les dedicó una hosca mirada cuando entraba en un apartamento. Una mujer de cierta edad, pesada y bajita, casi cuadrada, pasó por su lado llevando una botella abierta y exhalando olor a cerveza rancia. No les miró, como si no los hubiese visto.

Torciendo a la derecha, Derec se dirigió hacia un sitio donde la luz brillaba más. A sus espaldas, dos hombres salieron de un apartamento, charlando sobre un acontecimiento deportivo, al que de manera extraña llamaban «boxeo». Unos momentos después, Derec y Ariel estaban en una encrucijada.

Un corredor más ancho y frecuentado cruzaba el que transitaban en ángulo recto. Ariel señaló el panel que decía que el suyo era el subcorredor 16. Acababan de penetrar en el corredor M. Girando a la izquierda, siguieron a un grupo de gente que pronto se resolvió en una dispersión casual. En cualquier momento dado había siempre unas cincuenta personas a la vista, calculó Derec, lo cual le asombró bastante.

Bruscamente, a la derecha, la pared se tornó transparente, y vieron un espacio abierto donde unos niños correteaban y jugaban a pelota. Se trataba de un terreno de juegos. El interior de la pared tenía fijadas unas toscas muestras de arte infantil posters que proclamaban oscuros triunfos y anuncios de «recitales». Era extraño, pero Derec lo había familiar. En algún tiempo, en su olvidado pasado, debió haber jugado en uno de tales campos deportivos, aunque nada específico logró recordar.

Echaba de menos, no obstante, una cosa el brillo de los atentos robots a lo largo de la pared y en medio de la vociferante multitud.

El corredor M terminaba en una encrucijada circular. En las esquinas había cuatro cintas rodantes, dos ascendentes y otras dos descendentes. Más allá, según las señales, había otra subsección la G.

A Derec le pareció que debía de haber un centenar de personas, entre hombres, mujeres y niños. Él y Ariel, asustados, aflojaron el paso y se apartaron a un lado del centro del empalme, evitando tanto las bocas de los corredores como las cintas rodantes. Un centenar de personas... y no siempre las mismas. A cada momento, la gente entraba y salía, subía o bajaba, iba y venía por los corredores en todas direcciones.

Derec supuso que, en el espacio de unos diez minutos, era posible ver a... ¡oh!, si... a quinientas personas... ¡tal vez un millar!

Y ahora que la visita al terreno de juegos le había alertado, observaba que no había robots.

Había unas mesitas, con bancos de aspecto bastante incómodo ante ellas, donde la gente se sentaba, algunos jugando al ajedrez. En otros bancos, éstos sin mesitas, de

aspecto igualmente molesto, había otras personas. No muy lejos de ellos, un tipo viejo, como una manzana arrugada, sonreía seráficamente a cuanto veía; a su lado, en el banco, había una botella descorchada, envuelta en papel marrón hasta el gollete. Otros de los que estaban sentados también eran viejos. En las mesas, unos jugaban al ajedrez y a otros juegos de tablero, y había quien mordisqueaba algún alimento.

Las paredes debajo de las escaleras rodantes tenían marcas de identificación en la parte alta, y más abajo había grandes tablas, con papeles fijados a las mismas, anunciando diversos acontecimientos. Más abajo había unas cintas anchas que corrían desde las escaleras hasta la entrada del corredor, donde habían pintado unos murales vigorosos, pero bastante toscos. En una esquina, un grupo de muchachos, más jóvenes que Ariel o Derec, tapaban el mural con unas tablas delgadas y pintaban encima otro mural. Había una joven, ataviada completamente de azul, contemplándoles. Era bajita, maciza y robusta, y llevaba un gorro extraño, con un letrero de color azul transparente que arrojaba una sombra azulina sobre su rostro; encima de la visera había una medalla dorada.

Ella se volvió, y Ariel y Derec vieron que lucía la tarjeta C-3 en la parte superior izquierda del pecho, y una especie de herramienta colgando del costado izquierdo que medía medio metro de longitud y poseía un asa fuerte y gruesa. La categoría C era la de los funcionarios de la ciudad, recordó Derec. Entonces comprendió que la herramienta era un látigo neurónico. No, era demasiado grande y pesado; el látigo neurónico podía llevarse en el bolsillo bien abrochado de delante. La herramienta debía ser una porra.

Una mujer policía. Ella les miró, se detuvo, siguió andando y cruzó el espacio circular para ir a hablar con uno de los viejos de las mesas. Derec la contemplaba fascinado. Por lo que sabía, jamás había visto a nadie cuyo deber consistiese en aplicar la fuerza a otros seres humanos.

—Aquí parados resultamos demasiado sospechosos. Probablemente, esa joven está adiestrada para fijarse en la gente que actúa de manera rara —murmuró Ariel.

Derec asintió con un gesto y echó a andar hacia una de las escaleras descendentes, pensando que nadie podría entender lo que decían desde cierta distancia, si hablaban normalmente, gracias al intenso ruido de la gente y al zumbido de las escaleras.

Cada escalera se aplanaba al llegar al suelo, y había allí una cinta de superficie nivelada de unos tres metros. Al frente, los terrícolas avanzaban y salían de las cintas rodantes sin perder el paso, y luego giraban hacia el sitio adonde tenían que ir. Derec y Ariel trataron de imitar aquellos pasos confiados. Al menos, el ejemplo les enseñó a entrar en dirección contraria, cosa que Derec no había ni sospechado. Pasaron a la cinta con una leve flexión de piernas, cambiando los pies de una manera rápida a fin de conservar el equilibrio. Se volvieron y miraron hacia abajo, viendo cómo la cinta descendía detrás de la pared.

Aquellas cintas no eran verdaderas escaleras como habían supuesto, sino unas rampas lisas y móviles. Arriba había un techo inclinado del que llegaba el rumor sordo de motores, seguramente los de la cinta superior, una de las ascendentes. La cinta que bajaba trazaba un completo semicírculo en el sentido de las agujas del reloj, y entonces se abrió la pared de la derecha y llegaron al otro lado del cruce en el nivel inferior.

Otro semicírculo, otro empalme y llegaron a un círculo completo, sin salida. Estaban en el fondo. Allí, el murmullo era atronador. La cinta se metía en una ranura del suelo y, según supuso Derec, corría «subterráneamente» durante unos cuantos metros, a fin de invertirse y ascender de nuevo. Sólo había dos cintas, no cuatro, circulando cada una arriba y abajo simultáneamente.

Dos docenas de personas salieron de la cinta, por debajo de donde estaban ellos, y al final también lo hicieron ambos, seguidos por otras cincuenta personas que se dispersaron rápidamente en todas direcciones, abriéndose paso a empujones por entre cientos de individuos que iban en ocho direcciones diferentes. Ese empalme estaba cuatro veces más concurrido que el que habían visto arriba. Derec y Ariel trataron de no mostrar su asombro.

La luz y el ruido procedían de unas arcadas que reemplazaban a las entradas del corredor de arriba, y vieron que por allí pasaba mucha gente. Si antes se trataba de cientos, ahora se trataba de miles.

Derec se tragó el nudo de temor que sentía en la boca del estómago. Tenía la impresión de no haber visto nunca a tanta gente junta. Y empezó, casi sin darse cuenta, a calcular cuánta cantidad de aire consumían y, más importante, cuánto le quedaba a él. «No», pensó, «*si hay bastante para ocho mil millones, ha de haber bastante para mí*».

A derecha e izquierda, pasaban las cintas móviles, más deprisa y más elevadas cada vez, a medida que se apartaban del empalme. En lo alto había señales resplandecientes, parpadeantes como luciérnagas, y las mayores decían ALAMEDA WEBSTER. Delante y detrás de ellos, otras dos arcadas se abrían al espacio fijo entre las cintas. Estaba flanqueado por quioscos, algunos de los cuales eran como cabinas comunicantes, y había otros en los extremos de las cintas que subían. Muy abajo, había otro ancho tubo que bajaba desde el techo, con sus cuatro escaleras rodantes. Detrás, en los límites de visión, había otro.

Siguieron avanzando, leyendo las señales, y casi se asustaron. La gente se apretujaba a su alrededor, el ruido era continuo y no tan fuerte como parecía; el aire era húmedo, caliente y espeso, con el olor de los miles, cientos de miles de personas.

—Conque esto es la Tierra.

No hay lugar como la cocina de casa

Tras cierta vacilación, Derec se dirigió hacia la calzada exprés que iba al Oeste, como proclamaba un letrero. Las señales luminosas en lo alto decían «Próxima salida: Kirkwood».

Subieron a la primera cinta o calzada. Iba a una velocidad de paseo, y cada cinta sucesiva tenía una velocidad superior a la anterior. Un anciano gordinflón saltó a través de tres cintas con un experto movimiento que habría hecho caer a Derec. Calmosamente, él y Ariel cruzaron las tres cintas y, después, Ariel abrió la boca asombrada y se asió del brazo del joven.

Retrocedieron apresuradamente cruzando de nuevo las tres cintas, bajaron, y fueron transportados sólo un poco más lejos de su destino. Habían estado a punto de colocarse sobre las cintas más rápidas de la vía exprés.

Una vez entre las calzadas, se quedaron un poco intrigados, pero había un quiosco, no muy lejos, del que salía gente. Al penetrar en él, hallaron unas cintas que les condujeron abajo, a un corredor transversal que los hizo pasar por debajo de las calzadas exprés. Salieron a la superficie por el otro lado, donde había una serie de cintas rodantes locales. Subieron a la cinta que seguía la más lenta durante una corta distancia, hacia atrás, y saltaron fuera, hundiéndose en un inmenso corredor.

Éste estaba flanqueado por tiendas de varias clases, pero no se detuvieron a mirarlas. Millares de personas atisbaban los artísticos despliegues de artículos a través de las paredes transparentes.

En un segundo corredor transversal vieron el símbolo del servicio personal. Era uno de los que les habían sido asignados. Debían de haber pasado frente a él unos minutos después de salir del apartamento. A la mirada inquisitiva de Ariel, Derec asintió, si bien experimentó cierto temor cuando se dirigió a la puerta de Caballeros. Por primera vez estaban separados.

«No miréis ni habléis con nadie», les había advertido R. David. Derec empujó la puerta y se halló en una antesala. No había nadie, por lo que siguió adelante a través de otra puerta, ingeniosamente dispuesta para no quedar en línea con la primera. Dentro divisó una serie de pequeños pasillos en los que había unas puertas blancas, la mitad de las cuales mostraban unas luces rojas encendidas. Algunos de aquellos cubículos eran cuatro veces mayores que los otros y, cuando de uno de ellos salió un individuo, Derec distinguió varias instalaciones, como las de una lavandería. Supuso que eran los cubículos a los que él no tenía acceso.

El diminuto cubículo en el que consiguió entrar, gracias a la tarjeta de plástico, contenía un retrete tosco, un espejo metálico y, bajo el mismo, un lavabo. No había

toalla, sino un secador de aire caliente. Las duchas estaban al otro extremo.

Se sentía mejor cuando salió de allí. Tras una larga espera, reapareció Ariel con aspecto radiante.

Derec la miró fijamente. Con toda seguridad, la joven estaba mucho mejor que en los días pasados a bordo de la nave. Entonces sintió la gran esperanza de que la joven no estuviese realmente enferma, o que hubiese experimentado una de esas misteriosas reacciones positivas que siempre dejan boquiabiertos a los médicos. De pronto, se dio cuenta de que estaba dejando que sus deseos se sobrepusieran a su razón, y se maldijo por permitirse tal cosa.

—¿Nos vamos? —exclamó Ariel, sonriendo y cogiéndole del brazo.

No estaban lejos de la sección comedor a la que habían sido asignados. En su calidad de T-4, podían entrar en cualquier comedor que estuviese cerca, aunque esto entrañaría dificultades para el personal del comedor, y podía llamar la atención hacia ellos.

En la puerta había tres colas de gente a la derecha, a la izquierda y en el centro. Se pusieron en una de las colas, preparando sus tarjetas metálicas de racionamiento. Delante de ellos, los terrícolas, hablando y riendo sin restricciones, avanzaban, insertando las tarjetas en unas ranuras para recuperarlas al cabo de un instante. Luego, seguían avanzando hacia la ruidosa confusión del local, quitándose el sombrero. En el ambiente flotaba un aroma fuerte y grato de comida desconocida.

—¡Eh, Charlie! —gritó una voz ronca a sus espaldas, sobresaltándoles un poco. Alguien de la cola había visto a un conocido—. De vuelta de las granjas, ¿eh?

Charlie respondió algo incomprensible, algo acerca de estar contento de haber vuelto.

—¡Bravo! —aprobó el que estaba detrás de ellos—. No hay cocina como la cocina de casa, ¿verdad?

«*Considerando que a todos debían servirles comida de la misma procedencia*», pensó Derec, «aquello debía ser una familiaridad, y no algo relacionado con la comida». Pensándolo mejor, si todo el mundo hacía tres comidas al día en los comedores, pronto debían conocer a sus vecinos de mesa.

Volvieron a avanzar, llevando Derec en la mano su deslizante tarjeta. Como no tenía otra cosa mejor que hacer, contaba a la gente que pasaba por la entrada. De cada cola entraba un individuo por segundo, aproximadamente. Sesenta por minuto. Al menos, ciento ochenta por minuto, en las tres colas. «*¡Y nosotros llevamos ya cinco minutos en la cola!*».

Cada vez era peor unas mil ochocientas personas debían haber entrado en los diez minutos que tardaron en llegar a la entrada. Allí les impedía el paso una barra giratoria. Derec, sin pensarlo, metió su tarjeta en la ranura de la máquina. Ésta le parpadeó —era un ordenador no positrónico, se dijo él—, y se encendió un letrero

que decía: «Mesa J-9/Sin elección libre». Luego, devolvió la tarjeta. Derec la recogió y vio que la barra giratoria cedía a la presión de su rodilla. Ariel le siguió, pero allí no había tiempo de respirar libremente.

Más allá se extendía una estancia enorme. Toda la ciudad era una caverna gigantesca de acero y hormigón, y ésta era la mayor cavidad que habían visto, exceptuando la encrucijada de las cintas rodantes. El local era, al parecer, ilimitado. Desde el techo, que brillaba fríamente, descendían pilastras en una disposición ordenada, formando sectores de pared transparente —aparentemente para reducir el ruido— y columnas llenas de tubos y cables. Entre ellas se extendían las mesas, kilómetros de mesas, en filas e hileras. Todo era confusión, y los terrícolas pasaban al lado de ambos jóvenes en enjambre, mientras los dos permanecían absortos, observando el resplandor de las luces en la madera pulimentada, el entrechocar de la vajilla de plástico, la babel de miles de voces, el llanto de los niños... Detrás de los ventanales manuales, a derecha e izquierda, hombres y mujeres charlaban con los que aún no habían conseguido la comida.

Arriba, los letreros luminosos indicaban las filas y, a un codazo de Ariel, Derec se dirigió a la fila J.

Debido a su condición de espacial, había creído que el comedor sería como los restaurantes espaciales, con una docena de mesas, casi todas para cuatro comensales, algunas para dos y muy pocas para ocho o diez. Pero estas mesas contenían a cada lado unas cincuenta personas. Incluso, cuando llegaron a la fila J, la mesa 9 quedaba a buena distancia.

Vacilando, se aproximaron a ella —al menos, quedaba bien señalada—, y hallaron dos asientos juntos. La gente junto a la que pasaban gruñía por haberse suspendido la elección de comida, o sea la de «comer a la carta».

—Demasiados transeúntes —murmuró uno, y ellos dos se sintieron culpables.

—La comida es probablemente una de las pocas cosas importantes de su vida —susurró Ariel.

Se sentaron y contemplaron la sección elevada de la mesa ante ellos.

«Sin elección libre», resplandecía a la derecha. A la izquierda había un panel que decía: «Pollo: Domingos, opcional lunes. Pescado: Viernes, opcional los sábados». En la Tierra, las semanas tenían siete días, pero Derec ignoraba qué día era. Como no podían elegir, Derec se encogió de hombros, miró a Ariel y presionó el contacto. Inmediatamente, el panel se iluminó con: «Zymostec: ¿Poco, al punto, muy hecho?». «*Ni domingo ni viernes*», pensó el joven. Derec eligió «Muy hecho», y el letrero desapareció, siendo reemplazado por «Ensalada: ¿Tonantzin, calais, del fuego, peppertom?».

Ariel se encogió de hombros, miró hacia Derec, y luego ambos eligieron, reprimiendo sendas sonrisas. Ninguno de los dos había oído hablar de aquellas

guarniciones.

«Pedido efectuado». El letrero les miró unos minutos. Los terrícolas próximos a ellos formaban un grupo de pobre aspecto, y Derec advirtió que ya se había dado cuenta hacía algún tiempo. Eran bajos, y tendían a parecer rústicos, cuando no realmente bastos. Aquí y allí, un hombre bien parecido o una mujer atractiva llamaban la atención, pero eran una minoría.

Al menos, la gente de la Tierra no se moría de hambre como Derec había temido. Sabía vagamente que se requería un gran esfuerzo, por parte de la población y sus robots —restringidos a trabajar el campo—, para alimentar a la Tierra. Los sintetizadores de comida normal eran demasiado caros y gastaban demasiada energía, cosa que la Tierra no podía permitirse. Pero, en cambio, una amplia minoría de aquellas personas estaban gordas, y algunas casi demasiado.

En la mesa, todos esperaban pacientemente sin hablar ni reír como en las otras mesas.

—Probablemente es una mesa para Transeúntes que no se conocen entre sí —murmuró Ariel.

Era la única pareja que conversaba quedamente en la mesa.

Por fin, la comida les sacó de su embarazo. Un disco se deslizó desde un lado, delante de cada uno, y otro se colocó en posición. El segundo contenía un recipiente de plástico tapado. Cuando cogieron los platos de los discos, éstos se cerraron suavemente.

La comida parecía bistec, patatas cocidas con salsa de gambas y una ensalada. El pan era crujiente, casi amarillo. Todo olía muy bien y, ante el asombro de Derec, era natural. El primer bocado confirmó a Derec que se trataba del inconfundible sabor, rico y sutil, de la comida real. No obstante, tampoco era comida real. ¿Zymostec? Era obvio que esta gente sólo comía viandas dos veces por semana, con la opción de comerla tal vez dos días más. Cuatro días de cada siete.

—No puedo creer que sea tan bueno —murmuró Ariel, entre el ruido que hacían los terrícolas al abrir sus recipientes.

Derec no se había dado cuenta del apetito que tenía, aunque no había transcurrido tanto tiempo desde el desayuno. Tal vez se hallaba ya tan cansado de la comida sintética que cada vez comía menos.

Centró su atención en otra cuestión. Les habían servido con una rapidez asombrosa. No recordaba el servicio de los mundos espaciales, pero estaba seguro de que no era tan veloz. Era necesario que en la cocina hubiese automatización. Naturalmente, como no había libre elección, tan sólo tenían que poner la clase de guarnición elegida en la bandeja, bajar la tapa y meterla en el horno unos segundos, para que el Zymostec quedase guisado al grado solicitado. Probablemente, a través del horno pasaba una cinta transportadora. Con un horno adecuado, podía haber un

helado en el mismo plato, sin que llegara a fundirse antes de que el bistec estuviese hecho.

Fuese como fuese, la fila J era la última. Diez filas con diez mesas en cada una. Cien mesas, cada una para cien comensales. Este comedor estaba equipado para dar de comer a diez mil personas. Derec se lo murmuró a Ariel, la cual se quedó tan estupefacta como él. El comedor no estaba completamente lleno en aquellos instantes, pues habría *solamente* unas seis mil personas.

En Aurora, un estadio con capacidad para diez mil personas era enorme.

A la mitad de la comida, Derec empezó a jadear era demasiado copiosa. Sentíase, además, atrapado en aquella caverna de cemento; era como si aquella habitación espaciosa se fuese cerrando sobre él; como si el techo, bastante alto, fuese la tapadera de una trampa; como si la gente que le rodeaba no fuera real. «*Probablemente, pasan toda la vida sin ver el sol ni respirar el aire fresco*», pensó, y esto empeoró sus sensaciones. Con dificultad, luchó contra el pánico, jadeando cada vez más.

Cuando terminaron de comer, colocaron los platos y los cubiertos en el disco, presionaron el mismo pulsador que habían visto pulsar a sus vecinos de mesa, y todo desapareció. La salida estaba en el extremo opuesto. Una vez fuera —una elaborada barra giratoria permitía sólo salir—, Derec respiró con más libertad. Estaban como perdidos, al no hallarse en el sitio por donde habían venido, pero llegaba hasta ellos el ruido de las vías exprés, por lo que no tardaron en llegar hasta allí.

—Lo malo es que no hay quietud —se quejó Ariel—. No hay ningún lugar donde hablar en privado.

—Lo sé. Tenemos que ir al espaciopuerto, pero no tengo ganas de desplegar aquí el plano.

—Mira... —Ariel calló hasta que hubo pasado un grupo muy parlanchín de jovencitas, que ni siquiera repararon en ellos—, los letreros indican que ahora no es una «hora punta» —sea lo que sea ésta— de las que mencionó R. David.

—Exacto, y los de niveles inferiores como nosotros pueden ir en las plataformas exprés todavía durante bastante tiempo.

Se dirigieron a las cintas locales, descendieron de nuevo a las cintas inmóviles, situadas entre las locales y las exprés, y luego arriba de nuevo, cada vez más de prisa. Derec pensó, con cierta inquietud, que, si tropezaban y caían a tales velocidades, podían lesionarse gravemente. Allí no había ningún robot atento que corriese hacia ellos para sostenerles del brazo si caían. Claro que Derec suponía que los terrícolas no caían nunca. Habían aprendido desde muy niños.

Siguieron subiendo hasta que el viento azotó sus cabellos e hizo que sus ojos les picaran. Llegaron a la cúspide, donde cada plataforma tenía un parabrisas delante. Hallaron una plataforma vacía detrás de otra ocupada por un hombre que llevaba un sombrero enorme, como el Sombrerero Loco, y se sentaron, respirando pesadamente.

Ariel sonrió, y Derec le devolvió la sonrisa.

Cuidadosamente, al amparo del parabrisas, desplegaron el plano y lo estudiaron. Sabían que estaban en el sector de la Alameda Webster, en sentido Este, y rápidamente localizaron el sitio, justo cuando pasaban bajo un letrero que decía «Sector Shrewsbury». Pero, pese a estudiar el plano atentamente, no vieron la menor señal de un aeropuerto espacial.

Derec miró vacuamente a Ariel.

—¡Pues ha de estar en alguna parte!

Un grupo de adolescentes, casi todos chicos, uno huyendo, los otros persiguiéndole, pasaron dos plataformas más lejos, cruzando las cintas con gran destreza. Se oyó un silbato, por encima del clamor del viento, y un hombre de uniforme azul blandió una porra y salió en persecución de los muchachos, que se diseminaron por las cintas. Unos adultos los miraron disgustadísimos.

Derec y Ariel volvieron a concentrarse en el plano, hasta que los letreros de la línea anunciaron «Sector Torre Alameda».

—Posiblemente no esté en el plano —finalizó Ariel—. Los terrícolas sienten prejuicios contra los espaciales. Tal vez no les guste anunciar el espaciopuerto.

—Si alguien tiene negocios allí, tendrá que ir, supongo —respondió Derec, con hosquedad—. Debimos preguntarle a R. David cómo llegar al espaciopuerto.

La vía exprés no era recta y, al mirar Derec hacia abajo, vio que la vía local había desaparecido, sustituida por otra que, en dirección contraria, corría paralela a la exprés en aquel lugar. Una tienda cedió el sitio a una entrada palatina, que hacía frente, oblicuamente, a la vía exprés que avanzaba hacia ellos; encima de la entrada había una marquesina resplandeciente, en cuya parte posterior aparecía la imagen sugerente de una mujer llevando unos pantalones muy ceñidos. La imagen se desvaneció y quedó reemplazada por la frase «Si me contoneo...». La imagen reapareció, mirando por encima del hombro hacia los espectadores: «¿... Me seguirás?».

Derec supuso que había tantas personas a la vista como había habido en el comedor, pero las cintas no estaban llenas ni a la mitad, tal vez ni siquiera a un cuarto de su capacidad.

—La hora punta debe ser cuando las cintas están atestadas —razonó Derec.

—Sí, si todos van a trabajar a la misma hora... —murmuró Ariel, y el joven chascó los dedos.

—Los apretujones, claro.

Tendieron la mirada a su alrededor y trataron de imaginarse a la multitud subiendo y bajando por las cintas, multiplicando por tres o cuatro las personas que se veían entonces.

«Sector Ciudad vieja».

—Sabes —observó Ariel—, Daneel Olivaw pudo haberse sentado en esta misma plataforma, o al menos ir en esta misma cinta.

Derec asintió. No recordaba haber conocido al famosísimo robot humaniforme, Daneel Olivaw. Daneel había sido diseñado para tener el mismo aspecto que un hombre, como Roj Nemmenuh Sarton, que fue quien, en realidad, construyó el robot. Él ayudó a Elijah Baley, el policía terrícola, a solucionar el asesinato del doctor Sarton y, más adelante, se trasladó a Solaria, donde ayudó a Baley a resolver otro crimen.

Han Fastolfe había construido dos humaniformes, el primero con ayuda de Sarton. La intrincada programación que permitía a un humaniforme desempeñar el papel de un ser humano, a pesar de estar coartado por las Tres Leyes, era un triunfo de la robótica que no había sido repetido nunca más. Fastolfe se había negado a fabricar más robots, aparte de aquellos dos, e incluso uno de ellos había sido desactivado. Daneel Olivaw, suponía Derec, todavía debía existir, en algún lugar de Aurora.

—Fíjate en eso.

Derec miró y quedó absorto. Habían visto muchos sombreros raros por el camino, pero la cabeza de aquella mujer era un jardín florecido, exceptuando que muchas de las «flores» eran lazos. Como en todos los sombreros de la Tierra, sin embargo, había una banda prominente para insertar el ticket de racionamiento, que permitía cosas tales como obtener un asiento en las horas punta.

—Es posible que alguna de estas personas conozca el camino del espaciopuerto —murmuró Ariel.

Era ésta una idea que Derec había esperado que no se le ocurriese a la joven, pero asintió sin ganas. Con franqueza, no deseaba hablar con nadie. Tal vez por ser terrícolas los otros y él un espacial... con todos sus prejuicios intactos. Éste era un punto negro para él que sólo la Tierra exploraba y colonizaba nuevos planetas. No objetaba nada a que la Tierra hiciera esto, sino a que no lo hiciesen los mundos espaciales. Claro que no era culpa de esas personas, pero...

Incorporándose, se asomó y llamó la atención de un joven, tal vez un poco mayor que él, que se abría camino hacia una plataforma desocupada.

—Perdone, amigo. ¿Podría indicarnos dónde está el espaciopuerto?

La expresión más bien neutra del otro se cambió en una mucho más animada.

—¡Eh, gato, imita usted muy bien el acento de los espaciales! —exclamó el interrogado—. Lástima que no lleve la ropa apropiada, pero, con ese acento, podría aparecer en un subterráneo.

Derec ocultó su confusión, enarcando una ceja.

—¿Si?

—¡Oh, sí!, sí... esa mirada altiva es formidable. —El joven miró alrededor,

perdió su animación y continuó, en un tono más bajo—. Bueno, es gracioso, pero yo no haría esa imitación en las granjas, ¿sabe?

Tras estas palabras, se marchó. Derec y Ariel se miraron mutuamente y menearon la cabeza, estupefactos.

Se hallaban en un distrito mucho más dinámico que Alameda Webster. El Sector Ciudad Vieja parecía asombrosamente nuevo, con edificios limpios y relucientes, y tiendas de aspecto muy próspero. Había más lugares de diversión, como si sus habitantes tuviesen más tiempo libre y más puntos de racionamiento, o más dinero, o lo que se necesitase para las diversiones.

—¿Qué quiso decir con «subetérico»?

Derec meditó un instante.

—Creo que son las transmisiones de las emisoras de hiperondas. No estoy muy fuerte en esa tecnología, pero creo que así las llamaban. Probablemente, es más barato que llenar de cables todas las cavernas de esos tipos, esas cavernas que ellos construyen.

La voz de Derec se debilitó al levantar la vista hacia donde debía estar el sol... y no estaba. Luego, afianzando la voz, añadió:

—Creo que quiso decir que podríamos ser unas estrellas del mundo del espectáculo, fingiendo ser espaciales en las novelas terrícolas.

Se sonrieron el uno al otro.

«Sector St. Louis Este».

—¿Qué significa «St.»?

Ninguno de los dos lo sabía.

—Derec, nos estamos alejando mucho del... comedor. Tal vez sería mejor dar media vuelta y regresar hacia allí.

Derec tampoco se sentía muy tranquilo, pero se negaba a ceder.

—Tal vez deberíamos probar otra vez —sugirió.

Buscó a alguien a quien hacerle la pregunta, y se sorprendió ante los edificios de aquel nuevo sector. Parecían fábricas e industrias con fachadas lisas y un mínimo de letreros y señales, muchos de los cuales ni siquiera brillaban. Todo el color y la animación habían desaparecido de aquella zona de la ciudad. La mitad de los viajeros de las cintas y las vías habían quedado en el Sector Ciudad Vieja, lo cual no era de extrañar.

Los terrícolas aquí eran mucho menos agradables de aspecto. Vestían pobremente y muy pocos llevaban sombrero, lo que significaba, supuso Derec, que no tenían pases para los viajes en las plataformas. Categorías inferiores como él y Ariel.

—¿Qué es ese olor tan raro? —preguntó la joven.

Derec inspiró fuerte y captó el olor. No era de pan.

—Algo vivo. Tal vez los ventiladores no funcionan bien aquí.

—¿Quieres decir que hueles a la gente?

Derec se sintió un poco enfermo ante tal idea.

—Perdóneme, señor, ¿podría indicarme dónde está el espaciopuerto? —preguntó a un hombre de expresión hosca.

—Lárgate, gato.

Sin rechistar, Derec aguardó otra oportunidad. Una mujer se sentó en una plataforma, con una expresión tan furibunda y triunfante, que Derec la tachó inmediatamente. Después, se acercó un grupo de jóvenes, cuatro muchachos y dos chicas, ellas con pantalones ceñidos y los primeros con pantalones de pana. Derec repitió la pregunta.

El primer chico le contempló fijamente.

—¿Qué es lo que intentas, gato? ¡Espaciopuerto! ¡Acento espacial! ¿Quién diablos eres?

—Sólo he preguntado... —empezó a responder Derec, cuadrando la mandíbula.

—¡Oh!, sólo has preguntado, ¿verdad, imbécil? Te pregunto quién diablos eres, gato.

—Sólo quiero...

—Cierra el pico, imbécil, no me sacarás nada, ¿te enteras? Habla como es debido y pon mejor cara...

Muy acalorado, Derec trató de dominarse, y entonces habló otro terrícola. Tenía una tez oscura, y ojos de halcón. Era el tipo racial que había proliferado más abundantemente en la Tierra que en los mundos espaciales.

—¡Eh!, Jake, creo que es un maldito espacial. Los dos. Fíjate en sus ropas.

Derec y Ariel llevaban unas ropas de tela sintética, una materia gruesa con diferentes matices de gris, la de ella más ligera que la de él. Nadie se había fijado en sus ropas antes, pero era porque nadie las había mirado con atención.

—¡No! —exclamó Jake, casi sin creerlo.

—Sí, Jake —asintió una de las jóvenes, muy contenta, mirando muy de cerca a Ariel—. Y fíjate... mírales... altos y guapos, como... como los espaciales.

—¡Espaciales! —gritó Jake, casi en un tono reverencial. Sus ojillos chispearon—. Siempre he querido conocer a unos espaciales. ¡Sólo para decirles lo que pienso de ellos!

—¡Sí!

—¡Os creéis muy listos, eh, espaciales, efectuando vuestra pequeña investigación sobre las condiciones de la sociedad terrestre!

Las palabras sonaron como un insulto. La cólera de Derec se enfrió por la aprensión. Ariel le había cogido del brazo.

—Gracias por vuestra ayuda, pero tenemos que irnos.

Su acento volvió a levantar la ira de los muchachos. Todos empezaron a hablarles

hostilmente, en tanto Derec y Ariel se hacían a un lado, se enfrentaban con el viento y bajaban a la cinta más lenta.

—¡Alto! ¡Todavía no hemos terminado de hablar! —gritó Jake.

Todos los muchachos saltaron fuera de las plataformas y empezaron también a bajar.

Ariel se atragantó, y Derec comprendió que esos tipos no tardarían en acorralarlos en las cintas inferiores, entre ellos y las otras cintas rodantes locales.

—¡Atrás! —exclamó Derec y, al momento siguiente, los dos comenzaron a deslizarse entre las plataformas.

Sus perseguidores detectaron el cambio de dirección y gritaron estentóreamente.

Derec casi arrastró a Ariel por entre las cintas hacia la sección interior, pero sus enemigos acortaban la distancia gracias a su gran pericia. En el espacio inmóvil entre las vías exprés, Derec miró a su alrededor. No había posibilidad de trepar hacia las cintas de dirección contraria, ni de conservar la ventaja.

—¡Por allí! —gritó Ariel, y ambos huyeron hacia un quiosco y corrieron por la cinta, sin aguardar a que les transportase.

Así siguieron corriendo hacia las otras vías, mientras oían los gritos de «¡Espaciales! ¡Espaciales!», que lanzaban sus perseguidores.

Al llegar al otro extremo, pudieron elegir entre una cinta móvil, que les subiría hasta las vías exprés, o un conjunto de corredores en el mismo nivel, pobremente iluminados, muy sucios, casi desiertos y llenos de olores orgánicos repelentes.

Tenían ya detrás a toda una multitud, a juzgar por el ruido. Jadeando, corrieron hacia el primer corredor, tomaron el primer desvío, y luego el siguiente. Se detuvieron a escuchar.

Un vagabundo yacía en una plataforma baja, al lado de una amplia puerta de carga, sucio y sin afeitar. La puerta anunciaba «Granja St. Louis, Planta 17».

Derec tuvo un súbito destello de memoria. Recordó haber visionado una novela cuyo argumento transcurría en la Tierra, en la época medieval. En ella, un vagabundo como éste resultaba ser un personaje pícaro, alegre y de buen corazón, que salvaba al protagonista y acababa siendo su gran compañero.

Éste, no obstante, más bien parecía una rata. Incorporándose con sorprendente energía, escuchó, se rascó las patillas grises y, gruñendo algo como «me molestan esos malditos granjeros», cruzó una portezuela situada al lado de la puerta de carga y la cerró de golpe a su espalda. Los dos jóvenes oyeron el ruido del cerrojo al ser pasado.

Las voces y los pasos apresurados se iban acercando. Los dos miraron a su alrededor. No había lugares en los que ocultarse, no había más que corredores, lo bastante anchos para permitir el paso de grandes camiones. Eventualmente, alguno pasaría y los aplastaría, por muy de prisa que corriesen. Y sus enemigos ya no

deseaban solamente hablar con ellos. Tenían en sus mentes algo mucho más directo.

¿Escapar?

Ariel les oía venir. Con el corazón palpitante, volvió a mirar en torno. No había ningún sitio adonde huir, ningún sitio en el que ocultarse. Tras un momento en blanco, Derec sacó del bolsillo la Llave de Perihelion —Ariel casi gritó de alivio al verla—, la colocó en la palma de la joven, presionó sucesivamente las cuatro esquinas y apretó con ambas manos en torno a la Llave. Ariel pulsó el botón mientras los dos contenían la respiración. La nada gris de Perihelion les estaba ya rodeando, como siempre hasta el límite de su visión.

Derec respiró hondo, al fin.

—¡Vaya, pensé que nos tenían atrapados!

—¡También yo!

No tenían prisa por volver a la Tierra, aunque, con toda seguridad, no existía un lugar más aburrido en el hiperespacio o en el espacio normal que Perihelion. Se contemplaron mutuamente y Ariel se encogió de hombros, mientras Derec se secaba la frente.

—¡Oh, no!

Se habían movido al mismo tiempo y, al soltarse, se estaban separando. Con gran presencia de ánimo, Derec se estiró hacia ella. Ariel se hallaba helada por la sorpresa. De haber ella estirado el brazo hacia él en el mismo instante, habría podido asirse a la mano de Derec, pero lo hizo demasiado tarde.

Se miraron trágicamente. De modo inexorable, se estaban separando. Ariel pensó que debía hacer algo.

—¡Te arrojaré la Llave! —gritó—. ¡Vuelve a la Tierra y olvídame!

—¡Tonterías! Si lo haces, te la volveré a tirar...

En aquel momento, Derec se quedó lívido, pero se contorsionó hasta formar un nudo con el cuerpo, para poder quitarse los blancos zapatos. Retorciéndose con movimientos para la ingravidez, se puso de espaldas a ella y arrojó lejos el primer zapato. Por la reacción de aquel impulso, Derec dejó de separarse y empezó a girar. Permitted que su cuerpo girase dos veces, estudiando a Ariel, midiendo las distancias, y volvió a retorcerse, arrojando el otro zapato.

Al cabo de un buen rato lograron asirse uno al otro, y Ariel jadeó aliviada. Ante su sorpresa, vio que Derec estaba temblando.

—¡Derec, eres maravilloso! ¡Pensé que te había perdido!

Derec sonrió torvamente.

—Lo que dijiste de devolverme la Llave me dio la idea.

—Me alegro mucho de que se te ocurriese.

Ariel cogió la Llave, presionó de nuevo las esquinas y, cuando los dos la tuvieron bien sujeta, pulsó el botón.

R. David se hallaba recostado contra la pared, en su lugar de costumbre.

—¡Diantre! —exclamó Ariel, sintiéndose próxima a desmayarse.

Se sentó con las rodillas temblorosas y lo mismo hizo Derec.

—¿A qué se refirieron esos granjeros con lo de «vuestra pequeña investigación social sobre las condiciones de la Tierra»? —preguntó Derec.

Ariel no tenía la menor idea. Le plantearon la cuestión a R. David, sin darle a entender que habían estado en un serio peligro.

—Yo no tengo acceso a las informaciones, pero creo que el doctor Avery hizo algún anuncio público acerca de estudiar las condiciones sociales de la Tierra, cuando entró en contacto con las autoridades terrestres para cambiar metales raros por dinero. Prometió no enviar robots humaniformes y, claro está, a las autoridades no se les ocurrió que vendría él mismo.

—Entonces, ¿cómo esperaba realizar un estudio sobre la sociedad de la Tierra? —indagó Ariel con escepticismo.

—El doctor adquirió muchos estudios terrestres sobre el tema, y también a mi. Mientras estudiaba ostensiblemente tales obras, desarrollaba ocultamente la profilaxis médica con que os traté a vosotros, y asimiló la sociedad terrestre en su propia persona, aprendiendo qué clase de identificación y medios de racionamiento necesitaba para fingir ser un terrícola. También adquirió algunos de dichos medios abiertamente, como datos para su estudio. Resumiendo durante un año terrestre, estuvo ocasionalmente en los noticiarios, siempre que venía y salía de la Tierra. Y, por ese estudio que fingía estar realizando, supongo que han circulado los rumores de que hay equipos de espaciales estudiando la sociología terrestre aquí mismo. Lo cual, naturalmente, es muy improbable.

—Mucho —asintió Derec, haciendo una mueca—. Los espaciales no están interesados en el tema y, en el caso de estarlo, no arriesgarían su salud.

Ariel no hacía el menor caso de los rumores terrestres.

—Lo importante es volver al espacio —dijo.

—Tienes razón —convino Derec—. Estoy más que harto de las cavernas de cemento y de los trogloditas que en ellas viven.

Ella sonrió ante estas palabras.

—Por tanto —continuó él—, la tercera cosa que tenemos que hacer es saber cómo llegar al espaciopuerto. La primera, conocer la dirección del Personal más próximo, y la segunda, encontrar una zapatería.

—Tienes razón —concedió Ariel.

—El espaciopuerto —explicó R. David, cuando le formularon la pregunta— está cerca de Nueva York, señorita Avery.

Se contemplaron uno al otro sin comprender, aunque, naturalmente, sabían que en la Tierra había ochocientas ciudades. Habían estado imaginando una ciudad gigante que abarcara toda la Tierra, la extensión natural de su experiencia terrestre.

—Entonces, ¿qué ciudad es ésta? —quiso saber Ariel.

—La ciudad de St. Louis —aclaró R. David—. Está en el mismo continente que Nueva York, de manera que es fácil ir hasta allí. Se puede ir en tren y, durante un tercio de la distancia, el camino queda enclaustrado y techado. Se tarda menos de doce horas... la mitad de la rotación de la Tierra, señor Avery.

Había detectado la pregunta en el rostro de Derec. Ariel ignoraba qué era un «tren», y no le gustaba la idea de hallarse «enclaustrada», viendo algo así como una vía exprés. Miró a Derec, que parecía igualmente descontento.

—¿Tenemos el dinero suficiente, la categoría o lo que haga falta, para ir en tren? —indagó Derec.

—Vuestros bonos de viaje no se han tocado —replicó R. David—, pero creo que hay una cantidad inadecuada. En vuestra condición, no necesitáis mucho. Además, la gente de la Tierra no viaja a menudo entre las ciudades.

—¿Ni siquiera los que son Transeúntes como nosotros?

—Vosotros sois Transeúntes en este Sector, pero no necesariamente en esta ciudad.

—Antes, será mejor que vayamos al Personal —observó Ariel, en tono de cansancio—. Cuando volvamos lo pensaremos más despacio.

R. David repitió la dirección de los servicios que resultaron estar en direcciones opuestas. Más bien a regañadientes, ambos se separaron mientras Derec miraba atrás. Ariel se fue despacio hacia el Personal de mujeres, esperando que los pies descalzos de Derec no llamasen mucho la atención.

Como se trataba del Personal asignado a ella, Ariel halló un cubículo con ducha que tenía el mismo número que el de su tarjeta, y se duchó. Tampoco había toallas. Vio a una mujer que llevaba una bolsa de tela al entrar en otro cubículo semejante al suyo, y supuso que dentro llevaría una toalla, peines y otros artículos de tocador. En realidad, Ariel no necesitaba ninguna bolsa de aseo, con el poco tiempo que pensaba permanecer en la Tierra. Naturalmente, había comprado un peine, y tal vez tendría que adquirir también un cepillo. Por suerte, no llevaba el pelo muy largo. Luego, se dirigió sin ningún problema a la Subsección G, Corredor M, Subcorredor 16, Apartamento 21, sin fijarse apenas en la multitud que se agitaba en las vías exprés.

Derec había vuelto poco antes, y estaba lleno de energía. A pesar de su discusión anterior con la gente, deseaba buscar la «estación del tren». Sin embargo, tuvo buen cuidado de no mencionarlo delante de R. David, que tal vez lo juzgaría peligroso, pero Ariel pensó que el joven quería ver si era capaz de conseguir el medio de alejarse de la Tierra.

R. David, señalando en el plano, les indicó por donde debían ir, por la ruta seguida anteriormente, al Sector Ciudad Vieja y a un lugar llamado Plaza del Arco. La estación estaba debajo de la plaza. Por el camino encontrarían varias zapaterías.

Ariel estaba muy nerviosa al volver a pasar por los corredores que conducían al empalme y tomar la rampa descendente, pero nadie les prestó la menor atención. Le habría gustado cambiarse de ropa, pero sólo poseían los trajes de la nave, que no resultaban demasiado llamativos. Todavía no era la hora punta, por lo que tenían libertad para escoger las plataformas exprés, y fueron directamente hacia ellas por el lado Este.

El dependiente de la zapatería era un humano; en realidad, una joven regordeta algo mayor que Ariel. Torció los labios en una sonrisa humorística al observar los calcetines de Derec, y exclamó:

—Corriendo por las cintas, ¿eh?

Exhibió unos zapatos baratos y muy limpios, comprobó la tarjeta de racionamiento en la máquina, aceptó la tarjeta de dinero y les despidió, diciendo:

—¡La próxima vez tengan más cuidado con los bordes!

De vuelta a la vía exprés, Ariel oyó la respiración casi jadeante de Derec a su lado cuando se acercaban al Sector Ciudad Vieja, pero no vieron a ninguno de los «granjeros» que habían visto menos de una hora antes.

—Prefiero ir andando el resto del camino, antes que ir a las granjas en esta plataforma —expresó Ariel, volviéndose para gritarle a Derec.

—Sí —asintió él, débilmente.

Ariel vio que el joven miraba el alto techo, más alto aún que en la Alameda Webster. Probablemente, encima no había nada más que el tejado de la ciudad, ya que aquí las vías rodantes formaban una enorme cortadura a través de los bloques de casas. Lo cual no importaba... porque Derec sufría un ataque de claustrofobia.

Ariel lo comprendía muy bien, puesto que ella misma había padecido varios. En aquel momento, era el gentío, y no los opresivos edificios, lo que casi le cortaba la respiración.

Antes de que ella pudiera intentar tranquilizarlo, Derec la cogió por el brazo y señaló con el índice: «Salida a la Plaza del Arco». Descendieron apresuradamente y rodaron por la rampa de bajada, por debajo de las vías; hallaron un letrero que señalaba al norte y lo siguieron hasta una vía local, también bien indicada.

Finalmente, entraron en la Plaza del Arco. Era enorme. Boquiabiertos, saltaron fuera de una cinta llena de grupos de terrícolas charlatanes, y lo admiraron todo sin disimulo. El Arco tal vez fuese más pequeño que el Pilar del Amanecer, en Aurora, que conmemoraba la llegada de los primeros pioneros, y seguramente mucho menos conmovedor que el monumento de la base del pilar, donde eran honrados los personajes masculinos y femeninos más prominentes de cada generación. Sin

embargo, con sus ciento noventa metros de altura, el arco no era un monumento pequeño. Su anchura era casi igual a su altura, y la cubierta se hallaba aún diez metros más arriba. Todo estaba fabricado en acero inoxidable de aspecto antiguo, pero en muy buen estado.

La estancia que encerraba aquella mastodónica arcada era inmensa, con más de doscientos metros de diámetro, y sus muros circulares formaban una muralla de cemento y metal alrededor del arco. Dicha muralla estaba cubierta por los balcones de los apartamentos de lujo.

Derec se dirigió abiertamente hacia la zona inferior, situada entre los pies del arco, y Ariel le siguió, divertida interiormente al ver la expresión temerosa en los rostros de algunos de los terrícolas... muchos de los cuales mostraban claras señales de agorafobia, al estar en aquel inmenso espacio abierto.

Bajo el arco, había un museo que databa de la época anterior a los vuelos espaciales; tal vez fuese interesante, pero lo que ellos buscaban era la estación del tren. Totalmente decididos a no preguntar direcciones, desperdiciaron media hora, parte de la cual estuvieron contemplando lo que allí se exhibía. Ariel quedó asombrada ante la infinita cantidad de objetos que la gente usaba en la era preindustrial, todos fabricados con métodos manuales muy toscos. Derec señaló una placa, cuya inscripción afirmaba que, en los viejos tiempos, los ciudadanos viajaban en una especie de tranvía por el interior del arco.

—Agorafobia —murmuró el joven, como un eco a los pensamientos de Ariel.

Ésta asintió y le guio fuera del museo. A ella aquello le parecía un subterráneo, y la multitud de terrícolas que les rodeaban empezaba a producirles otro ataque de claustrofobia. Ariel se sentía mucho más hermanada con ellos, y menos inclinada a burlarse de las fobias terrestres.

Tenían que salir de la plaza y buscar la ruta de la estación; habían estado siguiendo las señales de la plaza, y no se habían fijado en las que indicaban la estación cuando saltaron fuera de la vía local. La estación se hallaba a uno o dos niveles más abajo, y otra ruta podía conducirles a ella.

Allí había poca gente, pero, debajo del nivel de peatones, encontraron una serie de vías de carga que zigzagueaban a través de la ciudad, llevando bultos muy pesados en contenedores enormes. Por dichas vías circulaban muchos hombres con ropas toscas, llevando carretas manuales y desviando los grandes contenedores fuera de las cintas, hacia su destino.

En la estación también hallaron el centro de distribución de un sistema de tubos para cápsulas pequeñas. Cartas y pequeños paquetes postales podían repartirse rápidamente por toda la ciudad mediante ese sistema, y esto excitó mucho a Derec.

Ya había visto otro sistema igual anteriormente a escala un poco diferente. Los robots de Robot City habían generado un tremendo vacío como un subproducto

secundario de sus instalaciones industriales para la fabricación de la Llave, y Derec y Ariel habían viajado por los tubos de vacío más de una vez, cuando tenían prisa.

Pero en la Tierra usaban la misma tecnología, no porque poseyeran un vacío que podían utilizar, sino porque tenían que crear un vacío que funcionase. De una manera o de otra, Derec sabía que los tubos al vacío como éstos se usaban desde la primitiva era industrial, y la Tierra, aparentemente, nunca había descartado su uso porque en la Tierra tenían sentido.

—Mucho más eficaz que enviar un coche con un robot —comentó.

«Sí, siempre que las casas estén agrupadas», pensó Ariel. En los mundos espaciales, estaban muy separadas.

La estación estaba destinada, al parecer, al tráfico interurbano de mercancías, pero había una ventanilla para el tráfico de pasajeros. La eludieron y anduvieron a lo largo de los vagones.

El tren no se movía sobre una cinta como esperaba Ariel. Derec también se quedó hondamente defraudado. Había esperado algo parecido a una cinta exprés. Se trataba, en realidad, de unos vagones con ruedas ridículamente pequeñas. Poco después, Derec concluyó que usaban una levitación magnética de baja velocidad. Era una técnica muy antigua.

—Ahora comprendo lo que quiso decir R. David, cuando explicó que el trayecto está cubierto en gran parte —dijo Ariel.

—Doce horas en uno de esos vagones, ¿eh? —se quejó Derec.

Los vagones no tenían ventanillas.

—¡Eh! ¡Eh, vosotros! ¡Eh, muchachos!

Dieron media vuelta, disimulando su temor. Se les acercaba un desconocido de aspecto zafio, que llevaba una bata azul y un gorro picudo con rayas de color gris pálido y gris-azul más oscuro, como un distintivo. El emblema del pecho anunciaba: «Ferrocarril continental».

—¿Qué estáis haciendo?

—Mirando el tren, señor —respondió Derec, al cabo de un momento, y tratando de imitar el dialecto de la Tierra.

El otro no se fijó en ello. Se aproximó y los examinó con atención. Era un individuo de aspecto bovino, más alto que ellos y con el aire de trabajar todos los días.

—¿Por qué? —preguntó, irritado.

—Un deber escolar, señor —respondió, al punto Ariel.

El hombre la miró agudamente, examinando su vestido espacial, y Ariel comprendió con cierta desesperación que no tenía en absoluto la figura de una colegiala. Pero el empleado asintió, más como si estuviera calibrando a la muchacha que por consentimiento, y preguntó, más amablemente:

—Un estudio del sistema Continental, ¿eh? Bueno, no aprenderéis mucho, dando vueltas por los andenes. Leed vuestros libros. Pero yo puedo enseñaros las vías donde se forman los trenes y los muelles de carga. Debisteis traer una grabadora visual.

Evidentemente, su nuevo amigo, Peter o Dieter Scanlan, tenía poco trabajo por el momento y estaba aburrido. Llevándolos por donde habían venido, les mostró el lugar en el que se encontraban los vagones con las portezuelas abiertas y los individuos que, con máquinas manuales, sacaban los contenedores llenos de mercancías.

—Aquí casi todo es cargamento trigo de Kansas y de muchos lugares del norte —gritó Scanlan, por encima del constante ruido de las ruedas y el zumbido de los motores eléctricos—. Y ahora, ¿veis aquellos grandes vagones azules? Allí hay lingotes de metal de las refinerías marinas del Golfo, muy al sur. Veréis cómo salen algunos productos manufacturados y otros que llegan... St. Louis exporta mayormente alimentos, especialmente artículos para los buenos gastrónomos. No es una ciudad fabril como Detroit.

Lo que Ariel veía era que cada uno de los vagones grandes estaba atestado de contenedores diestramente apilados, sin dejar huecos, ni siquiera uno donde pudiera esconderse una rata.

—Venid por aquí —les indicó Scanlan, montándolos en una camioneta semejante a una plataforma motorizada.

Su control era puramente manual, y Ariel luchó contra el miedo cuando se vio junto a los hombres que allí había. Scanlan condujo la camioneta en torno al círculo de actividad, para hacerla pasar por un túnel, que se bifurcó una y otra vez; y unos minutos después y dos kilómetros más lejos, la frenó ante un balcón.

Desde allí miraron hacia los muelles de enganche de vagones.

—Aquí se forman los trenes —gritó Scanlan, pues también había mucho ruido.

Ariel lo contempló todo y comprendió por qué los llamaban «trenes» cada uno era una larga serie de unidades, como salchichas unidas. Los vagones eran las unidades. Se movían individualmente por el suelo, hacia los «raíles» marcados, o caminos pintados en tierra, y formaban los trenes. Cada tren era, a su vez, formado en un orden específico.

—Allí, a vuestra izquierda, tenéis el tren de pasajeros para la Costa Oeste. Tres vagones azules con adornos dorados y plateados.

Se iban arrastrando lentamente sobre sus ruedas hacia —supuso Ariel— la ventanilla de billetes y la rampa de embarque. Una vez en los túneles, los vagones levantarían sus ruedas y se apoyarían en los raíles magnéticos.

A su derecha se hallaba un tren con cien vagones de colores variados, según fuera el cargamento que llevaban. Ésta debía ser la proporción de pasajeros y mercancías, salvo que había más trenes de carga que de pasaje.

—Controlado por ordenador —gritó Scanlan—. Hay un conductor en cada vagón, por razones de seguridad, pero el ordenador ejecuta casi todo el trabajo. Sabe dónde ha de separarse del tren cada vagón. Así, en cada parada enganchan vagones nuevos al extremo delantero, y desenganchan los vagones de la cola. El ordenador también sabe qué contenedores hay en cada vagón, y lo que hay en cada contenedor.

—¡Vamos allá!

Scanlan volvió a poner el vehículo en marcha, llevándolo abajo, hasta que lo detuvo en un espacio muy iluminado. Un agua negruzca lamía la tierra ante ellos, y unas barcas se balanceaban bajo el techo, situado a poca altura.

—El Mississippi —anunció Scanlan, silbando como una serpiente—. ¡Los muelles de carga de los barcos!

Ya habían visto bastante, pero tuvieron que someterse durante media hora más, a enterarse de un tema que, en realidad, no les interesaba en absoluto. No pensaban utilizar el tren.

Estudios de sociología

Derec suspiró, aliviado, cuando regresaron al pequeño y poco alegre apartamento.

—Estoy muy cansada —exclamó Ariel—. Necesito descansar.

—Claro, ve a tenderte —replicó Derec, preocupado al instante y muy comprensivo.

Él también estaba agotado y desanimado. Había sido un día muy largo.

R. David dio un paso al frente e, innecesariamente, le enseñó a la joven cómo hacer funcionar el reductor de luz del dormitorio. Era agradable volver a tener a su disposición un robot atento y servicial, la base de las sociedades verdaderamente civilizadas.

Derec se sentó, reflexionando sobre esto, y se sintió vagamente descontento. Siempre había tomado como exacta esa afirmación, considerando que la Tierra era un planeta sin civilizar, en comparación con los mundos espaciales.

«No es extraño», pensó lentamente, «que los espaciales estén resentidos con la Tierra».

Porque esa gente parecía vivir muy bien sin robots. El comedor comunal podía parecerles a los supersensibles espaciales un abrevadero alimentario, pero ¿era eso realmente? Los seres humanos sabían adaptarse a una amplia variedad de sociedades. Sí, los terrícolas se habían adaptado a una forma de vida que a los espaciales les daría escalofríos, y de ahí no se derivaba que la sociedad de la Tierra fuese inferior.

Cierto, las ciudades de la Tierra eran el producto de un proceso artificial, y también eran altamente inestables. Si el suministro de fuerza se interrumpía una sola hora, todos los humanos de una ciudad morirían asfixiados. El agua era algo también muy crítico, y la comida casi era tan crítica como el agua. En caso de emergencia, la gente ni siquiera podía abandonar la ciudad; no había ningún sitio adonde ir y, de todos modos, no resistían el aire libre.

El sistema de trenes no podría evacuarlos, aun suponiendo que los trenes tuvieran energía cuando la ciudad no la tuviese.

Sin embargo, no se trataba de una sociedad como la espacial, con su dependencia de los robots. ¿Y acaso no era esta sociedad, que tanto confiaba en los robots, tan dependiente y artificial como la de la Tierra? Era éste un nuevo y alarmante pensamiento. Ciertamente, los robots no podían ser atacados simultáneamente por una enfermedad, ni habría que cerrar de golpe todas las factorías, y no volver a abrirlas hasta que no quedara un solo robot. No, los espaciales no se verían privados de sus robots, ni del servicio de éstos.

«No», pensó Derec con inquietud, «es un problema mucho más serio que todo

esto».

Más serio incluso que la confianza que tenían los espaciales en que los robots los salvaran de su propia locura. Derec había hecho lo indecible para no volverse a mirar cómo sus perseguidores eran apresados por unos robots que él confiaba que debían estar allí. Más allá de esta confianza, que en sí era muy trivial, se hallaba la congelación de toda su sociedad.

Cuando un robot era incapaz de responder, preso entre las órdenes contradictorias de las Leyes de la Robótica, se decía que entraba en una «congelación mental». Toda la sociedad espacial, suponía Derec, podía entrar en una congelación mental, o al menos en éxtasis. Al fin y al cabo, eran los terrícolas los que colonizaban la galaxia.

Sobriamente, pensó: *«La única solución podría ser eliminar a los robots o, al menos, restringir su número».*

Mientras tanto, el doctor Avery había realizado un proyecto para esparcir robots avanzados por todo un planeta y después, aparentemente, poblarlo de humanos.

Con estas ideas en la cabeza, Derec empezó a dormirse, y no se dio cuenta de que R. David se apresuraba a impedir que se cayese del diván.

Derec soñó. Se había hinchado desmesuradamente y era cada vez más grande. Él era un planeta y algo se arrastraba por su estómago. Levantando la cabeza y contemplando la abultada cúpula de su vientre, vio que era una ciudad. No una ciudad terrestre, sino una ciudad de edificios separados por calles. Una ciudad poblada por robots, que iban cambiando a medida que iban siendo construidos los edificios, luego derribados, y vueltos a edificar con formas diferentes. Era Robot City, y la ciudad se extendía en torno al ecuador del planeta.

Derec estuvo contemplándola algún tiempo, fascinado, con una mezcla de fascinación y horror. Esto era un error, un error como una enfermedad infecciosa... y, de pronto, oyó la voz de Ariel.

¡No! El Equipo Médico para Humanos conducía su cuerpo sin vida al crematorio. Derec luchó para moverse, para gritar... pero ya no tenía manos... ni voz...

Ariel lo sacudía para despertarlo. Derec yacía en una postura casi imposible en el diván y R. David se inclinaba preocupado hacia él, por detrás de la Joven.

—Dormías pacíficamente y empezaste a moverte, como forcejeando, cuando oíste mi voz. Lo siento.

—¡Oh, no...! —consiguió articular Derec—, ha sido una pesadilla.

—¡Ah...! —exclamó la joven.

Se volvió hacia R. David y empezó a interrogarle, mientras Derec se sentaba en el diván con los brazos colgando, todavía desconcertado por la pesadilla y diciéndose que sólo había sido un sueño. Sólo un sueño. Pero se había apoderado de él, angustiándole tanto como los granjeros. Trató de despejarse y levantó la mirada

cuando Ariel se le acercó.

—Preguntaba si había noticias —explicó la joven en tono quejoso—. En este apartamento no hay recepción radiada de ninguna clase. ¡Diablos!, Ni noticias, ni entretenimiento alguno. No hay más que el visionador de libros. ¡Ni siquiera un audio para música!

—Este apartamento —explicó R. David, con tono consolador— es para el nivel tres de diversas categorías. Se supone que los del nivel tres se divierten en las instalaciones públicas.

—Probablemente, es para jóvenes con empleos mal retribuidos que sólo desean escapar de sus padres —comentó Derec, distraídamente.

Miró atentamente a Ariel. Durante sus recorridos por las vías exprés, ella se había mostrado vivaz, vital, saludable. Ahora aparecía cansada, malhumorada, letárgica. El miedo hizo presa en el corazón de Derec como un garfio.

—Estoy harta de verme encarcelada. ¡Quiero salir! —exclamó la muchacha.

Derec tuvo que calmar su respiración y aguardar a que el corazón dejase de palparle fuertemente.

—Yo también —asintió, en un tono tan controlado que, a pesar de su letargo, Ariel le miró al instante.

El rostro de R. David no podía expresar su preocupación.

—La gente de la Tierra apenas sale jamás de sus ciudades, aunque algunos experimentan una perversa atracción por el aire libre y la soledad. Ellos dirigen a los robots de las minas y las granjas, y mandan en ciertas instalaciones industriales, alejadas de las ciudades por razones de seguridad. Otros terrícolas, que desean convertirse en colonos, ingresan en escuelas de acondicionamiento que les acostumbran al espacio y a los lugares abiertos.

—¡Colonizadores! —se sorprendió Ariel.

—Claro —concedió Derec, reflexivamente—. Sabemos que los terrícolas jamás abandonan sus ciudades, y también sabemos que sólo ellos colonizan nuevos planetas. Debíamos de haber establecido la relación hace mucho tiempo. El acondicionamiento es la única respuesta.

—¿Podríamos ingresar en una de esas escuelas? —quiso saber Ariel.

—Ello nos llevaría al aire libre —observó Derec, pero, mientras pensaba en ello, sacudió la cabeza—. Supongo que deben investigar minuciosamente a los que solicitan ir a los mundos colonizables.

—Ya... ¿Y para lo otro?

Derec no lo sabía.

—Si lográramos algún trabajo en una granja para dirigir a los robots —se volvió hacia R. David—. ¿Cómo eligen a esos trabajadores?

—No sé todos los detalles, pero supongo que habrá que solicitar el empleo.

Derec recordó algo que había dicho Scanlan.

—La comida y las materias primas son traídas en camiones desde las zonas circundantes —murmuró—. Quizá, siuviésemos trabajo como camioneros...

No quiso terminar la frase al no saber hasta qué punto R. David perdonaría las violaciones a las leyes terrestres. Ariel captó el significado al momento, y le chispearon los ojos.

¿Cuánto se tardaría en recorrer una distancia que un tren realizaba en doce horas? Derec lo ignoraba y tampoco sabía qué trataba de conseguir. Pero ninguna otra cosa parecía ni remotamente factible.

R. David les indicó cómo averiguar lo que deseaban saber en el comunicador más cercano les darían toda la información que necesitaban para empezar. Ariel volvió a ponerse de buen humor y, nuevamente, se aventuraron fuera del apartamento.

Consultaron el directorio del comunicador, hallaron un Servicio de Empleo y buscaron *Granjas, Camioneros*. Había una lista de varias compañías, y Derec escogió la Compañía de Granjas de Missouri, al azar. Inmediatamente, transmitió una solicitud para los dos, que pudieron, rellenar contestando verbalmente, a medida que un puntero pasaba de una pregunta a otra.

La primera pregunta fue: «¿Tienes licencia de conducir?».

Derec suspiró y lo canceló todo. Volvió a inspeccionar la lista y efectuó otra exploración de la misma.

—Ojalá hubiese un robot de información al que preguntárselo todo.

Resultó que muchos terrícolas, que jamás habían salido de la ciudad, necesitaban aprender a conducir. Había academias que les enseñaban, de acuerdo con el reglamento. Y las instrucciones y los reglamentos, como eran establecidos por el gobierno, estaban a disposición del público. Sólo se necesitaba una tarjeta para libros e ir a una biblioteca, pagando para que los imprimieran.

Otra solicitud les procuró un plano de la zona, con «Tú estás aquí» señalado y el «Objetivo: Biblioteca» indicado. Compararon el plano con el que ya tenían y vieron que concordaban.

Abrieron la puerta del comunicador, lo que lo hizo pasar de opaco a claro, y un individuo de mediana edad que esperaba fuera les dirigió una mirada malévola.

—¿No pueden buscar un sitio privado en el que no molesten a los demás? —gruñó, entrando en la cabina.

Derec se puso rojo, mitad de enojo, mitad de embarazo, y Ariel se sintió también enfadada, pero mucho menos embarazada.

Se alejaron de allí, y observaron que el terreno de juegos estaba desierto. Ya era tarde.

—Ojalá no sea demasiado tarde —observó Derec.

—Sí —convino Ariel, y añadió en un susurro—. Supongo que las parejas

terricolas tendrán pocos lugares donde estar a solas.

Era una observación atinada. Sin parques placenteros ni lugares apropiados para pasear con la pareja, sin locales a propósito donde reunirse los días húmedos, ¿qué harían? Derec se preguntó que habrían hecho él y Ariel en su olvidado pasado.

Cuando llegaron al apartamento, procedentes de la estación del ferrocarril, era casi la hora punta. Ahora todo había pasado, y la gente abandonaba el sector de los comedores casi en enjambres. Derec y Ariel sólo habían comido dos veces durante el día, y las dos muy temprano... sin que hubieran comido mucho en la nave.

—Vaya, todavía están abiertos —exclamó Derec—. Pensé que tendríamos que permanecer hambrientos toda la noche.

—También yo.

La cola se movió rápidamente por lo que no tardaron en entrar. Se quedaron asombrados al comprobar que no estaba suspendido el servicio de libre elección. Esta vez tenían asignada la mesa F-3. El lugar, con sólo un par de miles de personas, parecía vacío.

La mesa, cuando la encontraron, había sido usada, probablemente, por tres o cuatro turnos de comensales durante la cena, pero estaba sorprendentemente limpia y ordenada. Vieron cómo los terrícolas limpiaban meticulosamente sus sitios antes de marcharse. Otros, que debían ser asistentes, estaban por todas partes, con utensilios de limpieza que casi parecían superfluos, y algunos rociaban el lugar con pistolas de vapor, para esterilizarlo todo.

Los dos jóvenes estaban lejos de sus vecinos, por lo que podían hablar libremente, en tono bajo.

—Supongo que existen unas fuertes presiones sociales que les obligan a limpiar los locales —comentó Ariel.

Derec meditó sobre ello y asintió. Unas simples leyes no podían tener tanta fuerza.

—Supongo que adiestran a sus hijos, diciéndoles: «Limpiad bien vuestros sitios. ¿Qué pensarán los vecinos, si no lo hacéis?».

—Debe ser tremenda —observó Ariel— la conformidad a las normas sociales. Aunque no es una mala cosa necesariamente.

—Esto hace posible toda la civilización. ¿Y acaso somos diferentes, nosotros? —preguntó Derec.

Ariel sacudió sombríamente la cabeza. Había sido desterrada por violar algunas de las normas.

Tenían tres elecciones otra vez Zymostec, Zymocerdo dulce y agrio, y cacerola de pseudo-pollo. Los demás platos incluían ensaladas y frutas. Goulash húngaro, verduras con un guiso de pseudo-buey, y otros. Escogieron el Zymocerdo y la cacerola, y picaron de los otros platos secundarios, casi hambrientos por el aroma de

la comida que les rodeaba.

—Al menos, sentados aquí en el centro, podemos observar a las familias —murmuró Ariel.

—Exacto. Me estaba preguntando si sería aceptable repartirnos nuestros platos. Mira esa familia con cuatro hijos... los niños comen de todo lo que les gusta.

—Sí, y también sus padres. Con los platos principales vienen los secundarios, de los que van picando.

En aquel instante llegó la comida, y no perdieron más tiempo viendo comer a los demás.

Una vez hubieron terminado y estuvieron fuera del comedor, Derec se detuvo, mirando alrededor.

—¿Qué ocurre?

—Todavía hay luz —exclamó Derec—, pero debería estar oscureciendo.

Ariel rio nerviosamente. Se apartaron del paso y se dirigieron lentamente hacia las cintas.

—Sé qué quieres decir. Especialmente para nosotros, que nos levantamos mucho antes de lo que esa gente llama el amanecer. Claro que, naturalmente, las luces jamás disminuyen.

Rodaron por la vía local cierta distancia, cambiaron de vías y, finalmente, se encontraron delante de una entrada maciza, flanqueada por unos leones de piedra.

—¡Piedra! —exclamó Ariel, estupefacta—. Supuse que eran de plástico o algo parecido.

—O de nada —enfaticó Derec.

Le gustaban las bibliotecas, aunque en los mundos espaciales la gente raras veces las visitaba. Era más sencillo conectar con ellas y que transmitiesen los libros por teléfono.

—Supongo que muchos apartamentos de la Tierra estarán equipados para recibir transmisiones de libros.

—En las clases sociales más altas —explicó Ariel, y Derec se echó a reír.

Pese a ser espaciales, no solamente se disfrazaban de terrícolas, sino de terrícolas de clase baja.

Multitudes de gente, como era corriente en la Tierra, subían y bajaban por los ornamentados peldaños que conducían a la entrada. Algunos estaban sentados en los peldaños o en las balaustradas, charlando, riendo, comiendo o bebiendo, y muchos leyendo. Un grupo de niños jugaba en uno de los leones, mientras sus video-libros yacían entre las patas de la estatua. Dentro había guardias uniformados con porras y una expresión asombrosamente placentera; por todas partes había gente, gente tranquila, de todas las edades, la mayoría jóvenes, sentados a las largas mesas. Virtualmente, estaban en uso todas las terminales.

—Ésta debe ser la hora punta de la biblioteca —murmuró Derec.

Sin clases ya en los colegios, habiendo dejado la gente de trabajar, y buscando una diversión barata... probablemente sí era la hora punta.

Al fin hallaron una terminal sin utilizar, y buscaron la información durante unos veinte minutos, asegurándose de que la misma era cuanto necesitaban. Derec tuvo un momento de duda cuando insertó la tarjeta en la ranura. La tarjeta metálica era semejante al sistema de transferencia de dinero que se usaba en los mundos espaciales. Pero Derec no tenía la menor idea de los formulismos que empleaban en la Tierra, ni de cuánto dinero había en esta cuenta.

«Aceptado», dijo la transparencia parpadeante, y la máquina dejó oír una tonada para comunicarles que estaba copiando la información en la tarjeta.

—Ya lo tenemos —dijo Derec, respirando más libremente—. Vámonos.

Fuera de la biblioteca, se dirigieron a la derecha. Iban a un paso más lento que el que llevaban al comienzo del día. Derec estaba tan cansado como parecía estarlo Ariel.

—Ha sido un día muy largo —exclamó él con voz hueca.

—Y hemos andado mucho —añadió ella.

Giraron una vez, y otra, y se hallaron ante una marquesina más pequeña que la que habían visto en el Sector Ciudad Vieja: «¿Me seguirás?».

—Esta noche, no, cariño —articuló Derec, vagamente—. Estoy demasiado cansado.

—No vinimos por aquí, Derec —murmuró Ariel, asiéndole del brazo.

—Lo sé. Hemos dado un rodeo.

Retrocedieron sin poder encontrar la biblioteca. Poco después se detuvieron, llenos de fatiga y tensiones, delante de un escaparate donde se veían vestidos y sombreros de unas telas increíbles, algunas de las cuales brillaban. Prendas baratas. Hombres y mujeres atisbaban a través de los cristales, señalando lo que les gustaba, aunque probablemente jamás lo podrían adquirir. No muy lejos, un joven con pantalones azules muy ajustados y una chaqueta plateada de pseudo-piel, con el pelo peinado de manera muy sofisticada, estaba junto a una chica que parecía mucho mayor que Ariel, y que lucía unos pantalones color violeta y un corpiño casi transparente y acuchillado. Tenía el cabello rubio, muy largo por un lado, y rojo y corto por el otro, y sus ojos eran cínicos y duros.

Éste era un distrito muy amplio, aunque no formaba parte del sistema de cintas rodantes. Naturalmente, debía estar enlazado con dicho sistema, pero no lo parecía. Derec y Ariel no sabían hacia donde ir.

—Somos un par de Transeúntes —declaró Derec, hoscamente—. No debemos estar lejos de las cintas, pero igual pasaremos una hora buscándolas.

El joven de expresión dura y chaqueta plateada se volvió hacia ellos.

—Transeúntes, ¿eh? —exclamó.

Los miró de arriba abajo. La muchacha de facciones duras también los contempló, con curiosidad. Derec se dispuso a la pelea.

Vuelta a la escuela

—Dos bloques más en esta dirección, y subid por la rampa —explicó el joven de aspecto duro, cortésmente, en tanto la joven de facciones angulosas les miraba con simpatía.

—Gracias —expresó Derec, y Ariel, tan asombrada como él, le imitó.

Sus salvadores les habían olvidado ya antes de que los dos se perdiesen de vista, pero Derec y Ariel se acordaron de los muchachos hasta llegar al apartamento.

A la mañana siguiente, a la hora de su tercera comida, el sector de los comedores ya era para ellos un lugar familiar. Había desaparecido su asombro ante las enormes salas, ante la ingente cantidad de personas parlotando, y por ser ignorados entre la multitud. Después del desayuno, ya en la monótona rutina de todos los días, la gente rodaba al sur, hacia el borde de la extendida megalópolis. Finalmente, en un sector llamado Maltés, Derec y Ariel encontraron la academia de conducir que buscaban.

La habían escogido porque era academia «privada». Aunque regulada por el gobierno, se consideraba de lujo, y se pagaba por el privilegio de aprender en ella, un concepto que sorprendía a los espaciales.

—¿Sí, por favor?

La recepcionista no era un robot, como el nombre les sugería, sino una mujer ya mayor, si bien los terrícolas envejecían de prisa, en comparación con los espaciales; probablemente sería bastante joven, de unos cuarenta o cincuenta años a lo sumo.

—Derec y Ariel Avery —se presentó el joven, tratando de imitar nuevamente el dialecto terrestre.

—¡Oh, sí!, los nuevos estudiantes. Llegáis un poco temprano, pero esto es bueno... Tenéis que rellenar los formularios.

Pensaron que ya lo habían hecho desde el comunicador, pero tomaron los papeles y se sentaron. Los formularios eran muy sencillos, preguntando principalmente qué experiencia tenían con automóviles, y algo llamado «modelos».

—¿Significa todo esto lo que pienso? —inquirió Ariel en voz baja.

Derec se limitó a encogerse de hombros. Ya habían meditado la solicitud la noche anterior, puesto que debían indicar su escolaridad, pero R. David les había dado los nombres de las escuelas de la ciudad a las que podían haber asistido. Ahora, los dos esperaban que la autoescuela no efectuara ninguna comprobación. Naturalmente, más pronto o más tarde sería descubierta su impostura, pero calculaban que, al menos, tendrían un día.

—Ahora, ya podéis ver a la señora Winters —dijo la recepcionista, sonriendo amablemente.

La señora Winters los tuvo aguardando unos instantes en la antesala, mientras examinaba sus formularios, y Ariel le dio un codazo a Derec.

—¿Has oído a la recepcionista? Trataba de imitar nuestro acento.

La señora Winters los llamó, les hizo un par de preguntas, asintió y, recogiendo los formularios, se marchó, tras un breve momento.

—Esperad un momento.

No lo había pensado mucho, toda vez que ellos habían dicho que carecían de experiencia. Al salir, la señora Winters no cerró por completo la puerta.

—Red... Esos dos estudiantes son hermanos, unos chicos de categoría superior, o que tal vez han sido expulsados de casa... no sé —luego añadió, dubitativamente—. Tal vez sean unos estudiantes de periodismo que desean aprender el sistema de las autoescuelas.

—¿A quién le importa? —gruñó una voz masculina—. Tienen dinero, quieren aprender, nosotros vendemos el aprendizaje. Bien, que aprendan.

Con una sonrisa encantadora, la señora Winters condujo a los dos jóvenes a través de una puerta, a una estancia amplia donde había cierta cantidad de coches. Los estudiantes entraban, en grupos, por una puerta distinta y ocupaban los coches y otros aparatos de aprendizaje situados un poco más lejos.

Red se colocó ante ellos. El profesor era un individuo recio, de cabello ralo color arena, y un rostro agradable. Su cuerpo era como una sólida losa muscular. Los contempló a todos astutamente un momento, asintió con la cabeza, y lanzó un gruñido de desconfianza.

—Conducir es un aprendizaje manual —estableció después—. O bien aprendéis a reaccionar con vuestros reflejos o no aprenderéis nunca. No es muy diferente de aprender a ir en las cintas rodantes, aunque no os acordéis de cómo lo aprendisteis.

Fue un discurso escueto que duró unos tres minutos, siempre machacando sobre el mismo tema. Luego, el rostro de Red se tornó inexpresivo.

Derec se quedó impresionado a pesar de sus prejuicios. La educación entre los espaciales, aunque recordaba muy poco de ello, era un proceso más atractivo, bien apoyado por los robots, tan llenos de paciencia. Estaba claro que ese individuo se proponía empujarlos hacia el agua y ver si se ahogaban. Si se salvaban, les premiaría sólo con su buena opinión.

—... es vuestro dinero y vuestro tiempo, por lo cual sé que haréis todo cuanto podáis para no desperdiciar ninguna de las dos cosas.

Aunque su experiencia con diferentes máquinas debía ser mucho mayor que la de ese terrícola, Derec descubrió, sorprendido, que la buena opinión de Red era algo que le importaba.

Los coches eran en realidad unas cabinas que contenían remedos de las series de controles de diversas clases existentes en los vehículos auténticos, y planos tridimensionales de las autopistas. Red les dio una breve explicación sobre las normas en carretera. Y sobre el manejo del coche, les mostró a la derecha una serie de instrucciones impresas y a la izquierda los reglamentos, y concluyó:

—Vamos, hacedlo, gatos.

Derec y Ariel sonrieron débilmente, mirándose uno al otro, y lo hicieron durante media hora.

Red volvió al cabo de ese tiempo, chupando el tallo de una copa, si es que una copa tiene tallo, y exhalando humo que desviaba cortésmente de los alumnos. Se inclinó y examinó la parte posterior de los coches.

—Muy bien —aprobó, con más expresión en sus cejas que en su voz—. Como principiantes, lo habéis hecho muy bien.

«*Tal vez demasiado bien*», pensó Derec, con inquietud. Red les miró, sopló humo pensativamente y dijo:

—Vamos a los modelos.

Los modelos eran, como ya habían supuesto, versiones a escala reducida de diferentes vehículos, que ellos tenían que aprender a conducir si querían graduarse; desde motocicletas de un solo conductor a grandes camiones de transporte. Les entregaron modelos de vehículos para cuatro plazas, rotulados como «Policía», y con varias series de controles, si bien los modelos se movían, claro está, por control remoto.

Éste era un juego interactivo, con enfrentamientos, y los otros alumnos que habían llegado a esta fase sonrieron a los dos novatos, haciéndoles sitio. Derec hizo arrancar su coche lentamente, casi se dejó arrollar por un enorme camión, aceleró, por poco se sale del carril al doblar una esquina con demasiada angularidad, pero gradualmente empezó a «cogerle el tranquillo».

De pronto, una ambulancia blanca, muy brillante, con cruces rojas en las portezuelas y el techo, efectuó un giro incorrecto por la izquierda, desde el carril exterior, en tanto el operador gritaba «Huuup» un poco tarde, al darse cuenta de su error. Derec lo esquivó hábilmente y siguió adelante. Al cabo de un instante, sus controles se pararon, lo mismo que los de la ambulancia. El operador de ésta hizo una mueca y después sonrió rudamente, y los dos vieron, en la pantalla tridimensional que había a un lado del carril:

A-9: GIRO ILEGAL, SIN SEÑALES.

P-3: FALLO EN DETENER VIOLADOR DE TRAFICO.

—Ya —gruñó Derec, y al oírle, la chica que estaba a su lado se echó a reír—.

Nada o ahógate.

No era tan fácil como parecía, y Derec no pensaba solamente en que no conocía las reglas, como, por ejemplo, que un coche de la policía tenía que actuar como un coche de la policía. Las calles estaban atestadas de vehículos, y él tenía que estar preparado para prever sus movimientos. En esto no le servía su entrenamiento espacial. Para mayor mortificación, chocó con un coche de bomberos que estaba detenido, sin ver a tiempo sus luces de posición. Tampoco le sirvió de consuelo que Ariel «matase» a media docena de transeúntes en una plaza donde la autopista y los niveles para peatones se confundían. Los otros estudiantes lo hacían mucho mejor, pero también animaron a los dos jóvenes. De lo contrario, Derec no lo habría soportado. Era muy humillante.

Al cabo de una hora de juego excitante, durante la cual consiguieron conducir mejor, entró Red.

—Bien —exclamó—, tomaos un descanso. Dad una oportunidad al segundo equipo.

Los estudiantes abandonaron los controles, dejando los vehículos en medio de la calle, y se atropellaron al salir, viejos y jóvenes a la par, en dirección a un comedor. Red miró a Derec e hizo una seña a Ariel, y los dos se quedaron a un lado.

—He estado examinando la puntuación. No sois tan veloces con los modelos como esperaba —gruñó—. Me imaginé que teníais más experiencia con ellos.

Hizo una pausa y miró a ambos inquisitivamente, pero ellos se limitaron a asentir con el gesto.

—Os pondré en los camiones —continuó Red, encogiéndose de hombros—. En los grandes. ¿Habéis estado fuera?

—¿Qué? —inquirió Derec.

—Fuera de la ciudad —aclaró Red.

—Bueno... —Derec cambió una mirada con Ariel—. Sí. Nosotros... ¡hum!, lo probamos.

—¿Y no sufristeis pesadillas?

—¿Cómo? No.

—Los miedosos pasan por toda clase de pruebas, pero siempre sufren pesadillas. Vosotros sois jóvenes y podéis ser fácilmente acondicionados, si no sufrís lo que los miedosos llaman fobias. Es decir, si no tenéis pesadillas. Se gana mucho dinero conduciendo esos camiones por el exterior, y no mucha gente quiere hacer esa clase de trabajo. Casi todos los camiones se mueven por control remoto o por ordenador, pero incluso los operadores del control remoto se sienten angustiados, se les desquician los nervios y sufren pesadillas. Ahora, incluso emplean a bastantes robots como conductores.

—¿De veras?

—¿Por qué no? —Red se encogió de hombros—. No le quitan a nadie el trabajo. Pocas personas desean realizar esa clase de trabajo. Si vosotros podéis... y queréis hacerlo, ganaréis mucho dinero.

Derec y Ariel se miraron.

—No tenéis que decidiros inmediatamente —se apresuró a decir Red, astutamente—. Sé que la gente pensará que sois tontos al querer salir. Y debo confesar que tengo una prima por cada cliente que mando al exterior.

Les miró con un poco de humor.

—¡Oh, sí!, tenéis que solicitar un empleo, sí.

Aguardó una respuesta.

—Bueno... —preguntó Derec, lentamente—, ¿podemos meditarlo? Quiero decir, que no sabemos nada de camiones.

—Ahora os pondré en unos simuladores. Venid.

Al fondo de la sala había unos camiones simulados, enormes, a los que treparon los tres.

—Casi todos los camiones con los que entrenamos son para el interior de la ciudad, y de tamaño reducido. Hay mucha competencia para conducirlos. Casi todos los cargamentos van por las vías de carga, naturalmente, y la conducción de los camiones que llevan las mercancías compete a un departamento distinto de la Oficina de Transporte. También hay mucha competencia para esos puestos. Pero lo de esos camiones de gran tonelaje es diferente. No es fácil aprender a conducirlos.

Lo importante era recordar que llevabas una buena «ristra» de vehículos detrás. Los camiones se movían lentamente en las maniobras, de manera que la persona que había hecho aterrizar una nave espacial podía aprender a conducirlos con más facilidad.

—Os daré media hora, aproximadamente, y comprobaremos vuestros resultados.

Había transcurrido casi una hora, y Derec y Ariel estaban ya cansados, cuando Red se les acercó.

—Lo hicisteis muy bien —aseguró, estudiando un impreso—. Estáis hechos para conducir en trayectos largos. Y lo haréis mucho mejor si no tenéis que vigilar el tráfico —les miró con una débil sonrisa—. Nunca hay tanto frenesí en las autopistas como en nuestros modelos. Usualmente, son muy anchas, y están desiertas. Pero debéis aprender a circular en medio del tráfico.

—¿Cómo lo hicimos? —quiso saber Ariel, imitando bastante bien el acento terrícola de Derec.

—Lo bastante bien como para que valga la pena que sigáis —afirmó Red—. Una semana de entrenamiento y os enviaré a Mattell Trucking & Transport. ¿De acuerdo?

La señora Winters, desde la oficina interior, se había aproximado a los tres, y miró a Derec y Ariel con curiosidad.

—Tomad un descanso. Bebed algún zumo de fruta, y hablaré con vosotros dos dentro de quince minutos.

—Larguémonos —dijo Ariel, cuando nadie pudo oírles.

—Eso pensaba, pero no estoy seguro —replicó Derec.

—Supongo que habrá comprobado nuestros estudios —murmuró la joven.

—Sí, mucho me temo que sí. Y ya llevamos una hora entrenándonos con los camiones grandes —Derec se mostraba más animado—. ¿Sabes?, dudo mucho que estén capacitados para perseguir un camión robado por el exterior. ¿Cuántos terrícolas crees tú que robarían un camión y lo conducirían a través del país?

—Todavía no hemos robado ninguno —observó Ariel con cierta tristeza.

Derec sentía lo mismo mientras se dirigían a la vía exprés. La encontraron llena de gente y tuvieron que viajar de pie en el nivel de categoría más inferior. El viaje era igual de rápido, pero mucho más fatigoso.

Se detuvieron en el comedor para un ligero almuerzo, y después en los Personales, camino del apartamento. Derec se fue solo y recorrió el camino hasta el subsector G, corredor M, subcorredor 16, apartamento 21, con una habilidad que era ya instintiva. Después, se sentó a esperar que Ariel llegara.

Cuando Ariel regresó, Derec estaba inquieto y se inquietó aún más ante su aspecto. La joven había tardado mucho más tiempo que él en llegar y se la veía fatigada.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Me perdí.

—Pareces... agotada. ¿Quieres acostarte? —le preguntó Derec, intentando disimular sus temores.

—Creo que sí.

Pero la joven se sentó en el diván y no se movió. Tampoco contestó a lo que decía Derec. Al cabo de un largo tiempo, se puso de pie y casi se arrastró al dormitorio.

Derec se quedó preocupado. Hubiese querido discutir con ella la manera y los medios de conseguir un camión, pero esto era imposible en su estado. Era obvio que Ariel, además, tenía algo de fiebre.

Derec, en cambio, pasó la tarde visualizando libros. Algunos de la colección local del doctor Avery eran novelas de la Tierra; otros eran documentales o volúmenes de estadísticas respecto a las densidades de población, la producción de fermentos y demás. No era una lectura demasiado estimulante, pero leyó o echó un vistazo a todos los documentales tanto si eran impresos como visuales. Por fin, vio que era tarde y que tenía hambre, pero vaciló.

—R. David, por favor, mira si Ariel está despierta. En tal caso, pregúntale si quiere acompañarme a la sección de los comedores.

El robot obedeció, vio que ella estaba despierta y repitió la pregunta de Derec.

—No, señor Avery —dijo, al volver al salón—. La señorita Avery no tiene apetito y no necesita comer.

Derec titubeó antes de salir solo. Si Ariel tenía hambre más tarde, él podría acompañarla hasta la entrada del comedor, pero dudaba de que aquella noche le permitiesen entrar allí de nuevo. Sin embargo, podría quedarse dando vueltas por fuera, esperando no ser interrogado por un policía. De todos modos, ahora estaba hambriento a pesar de su inquietud por Ariel.

Salió, entró otra vez en el Personal y, ya fuera, bebió de una fuente pública. Finalmente, se encaminó al sector de los comedores. Esta vez obtuvo la mesa J-10, y tuvo que esperar un largo tiempo, pues la sala estaba llena casi por completo. En ninguna mesa había dos espacios juntos libres, y eso que los terrícolas tendían a estar lo más separados posible.

Fue una comida triste, solo en medio de tantos. Luego, regresó al apartamento. *«Supongo que una persona puede acostumbrarse a esto»*, pensó. *«Es algo incómodo pero nadie echa de menos lo que nunca ha tenido»*. Y los terrícolas no lo echaban de menos.

Cuando le interrogó respecto al tema, R. David respondió:

—No es necesario que todos los terrícolas vayan a los comedores cada vez, claro. Los que poseen los niveles más elevados en cada categoría tienen apartamentos grandes, con lavabos activados, subetéricos, y otras facilidades. Naturalmente, es mucho más eficiente proveer una sección de comedores para cuatro o cinco mil personas que proveer una habitación para cocinar en cada apartamento, además del horno los aparatos para el almacenamiento de provisiones, el reparto de alimentos, etcétera. Lo mismo ocurre con los subetéricos, pues una máquina grande puede sustituir a un millar de pequeñas.

—Pero algunas personas poseen esas cosas, así como instalación de lavandería en el Personal, sin tener que acudir a la sección de lavanderías comunes. ¿No envidian esos privilegios los que no los poseen?

—Algunos tal vez sí, señor Avery, ya que los humanos son seres ilógicos. Pero se tienen en cuenta las emociones humanas en la distribución de esos favores, de acuerdo con la Relación Teramin.

—¿La qué?

—La Relación Teramin. Ésta es la expresión matemática que gobierna la diferencia entre los inconvenientes sufridos y los privilegios concedidos: equis elevado a la enésima.

—Nada de matemáticas Yo soy especialista en robótica, en esa ciencia no hay que saber mucho de matemáticas. Sin embargo, eso me interesa. Nunca había pensado que las matemáticas pudieran aplicarse a las relaciones humanas. ¿No puedes expresar verbalmente esta Relación Tera... lo que sea?

—Tal vez bastará un ejemplo, señor. Considera que si el privilegio de hacer tres comidas a la semana en el apartamento, aunque el usuario tenga que sacar las comidas de una sección de comedores, se ha concedido por alguna causa, mantendrá a un número grande, aunque variable, de personas aguardando pacientemente con sus inconvenientes. Ello les demuestra que los privilegios son reales, que pueden obtenerse sin grandes esfuerzos, y que los han conseguido personas a las que se conoce.

—Muy interesante —comentó Derec, pensando que los robots de Robot City deberían saberlo—. ¿Y tú, cómo estás enterado de todo esto?

—Ayudé al doctor Avery en sus investigaciones sobre la sociedad. También le ayudé en su investigación sobre la historia de la robótica.

—¿La historia de la robótica? ¿En la Tierra?

—Naturalmente, señor Avery. El cerebro positrónico y el robot positrónico fueron inventados en la Tierra. Susan Calvin fue una terrícola, y el doctor Aenion también.

Derec conocía ambos nombres, especialmente el del doctor Aenion, el hombre que había codificado las matemáticas que expresaban las Tres Leyes, de forma que hizo posible incorporarlas a los cerebros positrónicos. ¡Pero, unos terrícolas! Claro que esto explicaba muchas cosas acerca de Robot City. El doctor Avery estudiaba la sociedad en masa y los robots no especializados de la Tierra.

—¿Hay algún libro sobre las matemáticas de la sociedad humana? —preguntó Derec, pensando que sería estupendo poder llevarlo a Robot City. Aquellos pobres robots apenas habían visto a algún ser humano, a pesar de estar diseñados para servir a la humanidad.

—Creo que no hay libros espaciales sobre este tema, señor Avery. No obstante, poseo varias referencias terrícolas, de las que podrá sacar copias.

—Me encantaría.

Todavía le hubiera gustado más despertar a Ariel y ver que volvía a ser ella misma. Durante toda la tarde, Derec experimentó un temor profundo, aunque intentó olvidar que la enfermedad de la Joven podía ser irremisiblemente fatal.

¡En el exterior!

Aparentemente, toda la gente de la Alameda Webster tenía la costumbre de desayunarse temprano, y ésta era la hora de más apreturas. Ariel se balanceaba de un pie al otro, y llegó a desear que Derec la llevara en brazos. Al fin, no obstante, entraron, se abrieron paso hasta su mesa y, cuando se sentaron, exhalaban sendos suspiros.

El desayuno fue copioso, incluyendo algunos platos a elegir con verdaderas salchichas de carne. Derec comió mucho, siguiendo su propia admonición sería un día muy largo. Ariel intentó imitarle, pero no pudo.

—Pensé que te sentías mejor —comentó él.

—Sí —afirmó Ariel, tratando valerosamente de comer más. ¿Cómo podía explicarle que su problema era tan psicológico como físico? Se había sentido mejor esta mañana, pero quizá estaba todavía febril. Derec, en realidad, tampoco tenía buen aspecto, como si hubiese padecido otra mala pesadilla. Pero no dijo nada.

—Es un ataque de claustrofobia —observó ella.

Derec asintió, sombríamente. En parte, era esto. En parte, era depresión. «*Y en parte*», pensó Ariel, «*era una sobredosis sensorial*». ¡La Tierra era tan abrumadora! Ahora, con diez mil mandíbulas masticando comida y el incesante ruido y movimiento a su alrededor, sólo ansiaba que todo parase un minuto... ¡sólo un minuto! Pese a lo cual, ni siquiera en sueños paraba.

Y la enfermedad, indudablemente, se estaba infiltrando en ella. Si llegaba a cruzar la barrera cerebro-sangre —le habían dicho—, sería fatal. Hasta entonces, cabía alguna esperanza —algún sueño— de curarse. Bien, los instantes de distracción que había experimentado, los destellos de revivir recuerdos del pasado, sólo para volver a olvidarlos, las alucinaciones, como ensoñaciones, en la que caía a menudo, no podían significar más que una cosa. ¿Cómo podía contárselo a Derec?

—¿Lista?

Ariel asintió, disimulando sus temores, se levantó y siguió a Derec afuera, donde había más ruido y movimiento.

Las vías estaban sorprendentemente tranquilas, considerando las toneladas de gente que llevaban, la velocidad a que se movían y la pesadez del aire que las rodeaba. Pero el ruido estaba siempre presente en todas las conciencias, haciendo que Ariel pensara más que nunca en que todo era una alucinación.

Regresaron al Sector Ciudad Vieja, después de cruzar las granjas que empezaban en el Sector Este de St. Louis. Durante todo este trayecto permanecieron sentados, muy quietos y en tensión, pero nadie les prestó la menor atención. Más allá, los

sectores se extendían nuevamente, sin cesar, hacia el Este.

«*Nueva York está en el Este*», pensó Derec, que ya lo había averiguado, y no deseaba conducir por la ciudad.

—¡Mamá! —chilló una jovencita, no lejos de ellos.

Derec y Ariel la miraron con aprensión. Era una hora punta y todos iban de pie, los terrícolas con gran calma.

—¿Sí? —inquirió una mujer de edad, seguramente la mamá.

Llevaba un vestido oscuro, muy ancho. La hija lucía uno muy ceñido, amarillo, sobre una figura bastante desdichada.

—¿Te acuerdas de cuando el Mayor Wong y todos los Notables estuvieron en el Estadio Bush, cuando tocaron los Colorados? —preguntó la niña.

—No —replicó la mamá, con indiferencia.

—¿Te acuerdas de la chica que tocaba... —Ariel no captó el título, sino algo que le pareció como «tenazas para enroscar estrellas»— con el cornetín?

—Sí, ¿y qué?

—¡Qué es Rosine, la prima de mi amigo Freddy! —gritó la hija. Miró a su alrededor triunfalmente.

—¿No bromeas? —preguntó la madre, perdiendo su indiferencia.

—¡Lo juro! —clamó la chica, mirando en torno, orgullosa de su condición—. ¡Delante de Wong y de todos los Notables!

Por fin, los letreros luminosos anunciaron «Final de línea». Antes, mucha gente había abandonado la cinta y, entre ellos, se contaban la mamá y su hija. Sólo seguían viajando unos cuantos tipos de mal aspecto. Evidentemente, los límites de la ciudad no eran sitios elegantes. Junto a Derec y Ariel rodaban varios individuos con ropas de trabajo.

Las cintas, que se bifurcaban hacia el Este y el Oeste, quedaron aún más divididas por un edificio, y luego se inclinaron. A una velocidad increíble, la cinta del Este se curvó hacia la izquierda, rodeando el edificio, y se convirtió en la cinta del Oeste. Ariel siguió a Derec fuera de las cintas, justo después de la curva. El joven, se había preocupado más que nada por saltar fuera lo antes posible.

—¡Oh, no!

No había gente, y Ariel pensó que era éste el motivo de que él se mostrase indolente. El pie de Derec se encajó en la juntura de dos cintas, y al instante quedó desequilibrado, cayendo de espaldas sobre la cinta más lenta.

Ariel saltó tras él, sin afianzarse, en sus prisas, y cayó hacia delante cuan larga era, por suerte también en la cinta más lenta.

Derec, gruñendo, había rodado más de media vuelta hacia otra cinta, más lenta todavía, que se deslizó bajo sus dedos al intentar asirse a aquel material. Con gran presencia de ánimo, volvió a rodar una vuelta entera sobre esa cinta.

Ariel, apresuradamente, se incorporó y se trasladó con precaución a la otra cinta. Derec se sentó sonriendo débilmente y la miró cuando ella avanzaba hacia él. Un par de terrícolas le contemplaron con cierta curiosidad, y luego levantaron la vista hacia los letreros. Por lo visto, era frecuente que los viajeros cayeran en tales circunstancias. Y nadie se echó a reír.

Tras quitarse el polvo, Derec amplió su sonrisa y ayudó a Ariel a bajar. Los dos se detuvieron consternados.

—¿Dónde está tu bolso?

Ariel se llevó una mano al costado y gimió. No solía llevar bolso, pero sí le resultaba necesario en la Tierra. Con todos los documentos de identificación que en él llevaba, era una verdadera necesidad. Y ahora había desaparecido.

—En realidad, no importa. R. David puede falsificarte otros documentos de identidad —observó Derec.

Tendieron la vista a lo largo de las cintas, pero no vieron señales del bolso. Debía estar ya a varios centenares de metros y además ignoraban en qué cinta. Ariel se encogió de hombros.

—Debe de existir alguna oficina central donde reclamar los objetos extraviados —exclamó Derec, aunque sin hacer hincapié en ello.

Con una destreza que aumentaba con sus experiencias previas, descendieron hacia las entrañas de la ciudad, al nivel de la vía de carga. «Prohibida la entrada a los peatones», proclamaban los letreros. Los dos siguieron andando a lo largo de las vías hasta el final, que era semejante a los pasos de peatones de más arriba.

Las camionetas, con elevadores delante y cajas grandes y planas detrás, transportaban los sacos y cajones llenos de mercancías. No lejos de allí, los camiones grandes descargaban y después se marchaban.

—¡Eh, chicos! ¡Fuera de aquí! ¿No veis los letreros? ¡Vamos, atrás!

«Sólo a personas autorizadas».

Murmurando, Derec condujo a Ariel hacia una rampa inmóvil, vaciló y echó a andar por un corredor en dirección Este. Al cabo de media hora de intentar inútilmente entrar allí, Derec volvió sobre sus pasos, y ambos bajaron al nivel más inferior, marchando hacia la entrada. En el plano de la ciudad estaba marcada como entrada, y no como salida. En el plano no había salida alguna.

«No se admiten personas sin autorización».

Derec abrió cautelosamente la puerta, y dejó pasar a Ariel. Al otro lado vieron un garaje para las carretillas manuales que trasladaban los cajones y los sacos. A su alrededor se ajetreaban varios hombres, pero ninguno se fijó en ellos.

—No podemos ir allí —murmuró Ariel cuando Derec la llevó, por detrás de los camiones, hacia la autopista.

Era una autopista cortada que, en la entrada, se juntaba con las cintas de carga.

Salir por aquel lugar tan lleno de personal y tráfico sería igual que dejarse aplastar por el trajín Derec titubeó.

—¿Y robar una carretilla de ésas y sacarla de aquí? —preguntó.

—¿Y tal vez seguir adelante? —añadió Ariel, ansiosamente, pensando en el sol y el aire.

El mañana y Nueva York se hallaban demasiado lejos para preocuparse por ellos. Le dolía la cabeza.

—No, no llegaríamos mucho más allá de la salida. Esas carretillas se mueven controladas por radio. Por eso es preciso que usemos uno de esos camiones tan grandes. Son menos sofisticados.

Al fin, escogieron una carretilla pequeña y estudiaron los controles que eran más sencillos de lo que suponían.

—Me extraña que no tenga una llave de control —comentó Ariel—. Conociendo la psicología de los terrícolas...

—Tienes razón —dijo Derec, preocupado, examinándolo todo—. Pero fíjate, esta ranura es para introducir una tarjeta de identidad, probablemente muy especial. —Siguió con el examen y agregó—. ¡Ojalá tuviese mis herramientas conmigo!

Derec probó de introducir su tarjeta de racionamiento en la ranura, mientras Ariel, agazapada a su lado en la reducida cabina, vigilaba por si se acercaba alguien. ¡Con una tarjeta metálica como aquella podían obrarse milagros!

—Listo —anunció él, al fin—. Agarra la palanca y conduce lentamente hacia la autopista.

Ariel obedeció nerviosamente. En la puerta, la máquina desaceleró, y un panel de los controles se iluminó con las palabras: «Pasado este punto se requiere identificación».

Derec tocó algo, un relé dejó oír un leve clic, y la carretilla rodó suavemente hacia el tráfico.

—Estupendo —aprobó Derec—. Nadie nos sigue.

Ariel torció a la derecha, guiando por la autopista hasta el carril apropiado; luego, rodaron lentamente hacia la luz. El tráfico era bastante denso y se movía despacio.

—¡Oh!, casi... —exclamó Ariel.

La luz procedía de un vasto espacio abierto, donde unos camiones inmensos entraban y ascendían hacia los muelles de carga. Las carretillas también entraban y salían de dichos camiones, trasladando sus cargamentos a otros más pequeños, que los conducían a las vías de carga. A la derecha, una fila de estos camiones descargaba un grano dorado que, por medio de unas cintas, era transportado con gran estruendo y el sisear del nitrógeno.

—¡Imposible! —gritó Derec—. Demasiada gente. Aparca a la derecha, junto a esos vertederos. Fingiremos ser inspectores.

Llena de temor, Ariel comprendió que Derec estaba en lo cierto. Existían muy pocas esperanzas de poder apoderarse de un camión sin ser observados. La descarga se efectuaba con una gran eficiencia, a pesar de que nadie parecía moverse de prisa. Había algunos grupitos de conductores charlando y varios operadores daban vueltas por allí. Hombres y mujeres también se movían alrededor, con diversos instrumentos de medición buscando los fallos. Tan pronto como quedaba descargado un camión, salía de allí.

—Lástima que no tengamos un par de herramientas como ésas —se quejó Derec.

Ariel pensó que sus ropas espaciales encajaban bastante bien, pero hubiera querido que estuvieran más limpias. No habían pensado en lavarlas... incluso había dormido con ellas puestas, pese a que la tela no lo mostraba.

Saltaron fuera de la carretilla, muy a pesar suyo, y tendieron la vista alrededor.

Ariel añoraba el espacio abierto. Podían ir hasta el borde del muelle, dejarse caer al cemento, y andar unos cien o ciento cincuenta metros hasta encontrarse al aire libre.

—Esperaba que esos terrícolas hubiesen bloqueado la salida —observó Ariel.

Entraba la luz, pero ellos no podían ver el exterior.

—No les gusta el espacio abierto —le recordó Derec—. ¿No ves cómo todos están de espaldas a la luz?

Era cierto. Cada grupito formaba un semicírculo de espaldas a la salida.

—Bueno, salgamos —exclamó ella, impulsivamente.

Derec vaciló.

—Tal vez no sea fácil... quizá después no sea sencillo volver a entrar.

—¿Quién desea volver a entrar? —se enfureció Ariel—. ¡Sólo quiero ver el sol por última vez!

Derec la miró asustado, aunque disimulándolo.

—De acuerdo —concedió, amablemente—, veremos qué podemos hacer.

La guio a través del muelle y examinó los números y las letras del costado de uno de los inmensos camiones. Estaba mojado y se había formado un charco debajo. Ariel no se había dado cuenta de cuán grandes eran hasta entonces. Meneando la cabeza con prudencia, Derec se acercó al borde, dio media vuelta y se dejó caer. Ariel le siguió.

Anduvieron velozmente, como si acudieran a algún asunto urgente, hacia la parte delantera del camión. Más allá se alzaba la barrera. Los camiones penetraban oblicuamente entre paredes intercaladas, de forma que la vista no llegaba al amedrentador espacio abierto, pero los camiones sí podían entrar sin abrir y cerrar las puertas. Ariel supuso que la vía zigzagueaba, tan grande era el temor de ver el exterior.

—¡Eh, vosotros dos!

Un grupo de hombres avanzaba amenazadoramente hacia ellos por los muelles, indicándoles con gestos que retrocediesen. Uno se inclinó y se dejó caer.

—¡Venid aquí!

—¡Corre! —gritó Derec.

Un enorme camión mojado surgió por la barrera cuando empezaban a correr y tuvieron que esquivarlo. De pronto, se encontraron corriendo hacia los camiones del grano, que dejaban caer la carga de sus vientres.

Ante ellos vieron un letrero. «Aviso: Pasado este punto se necesita oxígeno».

Ariel recordó haber leído en alguna parte que el polvillo del grano podía hacer explosión al ser liberado y mezclado con el aire. Lo almacenaban en nitrógeno para impedir tal catástrofe. Pero, atemorizada, la joven observó que aquellos trabajadores no llevaban mascarillas.

Derec condujo a Ariel hacia un camino que evitaba a los obreros los cuales levantaron la vista, pero no se unieron a la persecución inmediatamente; los dos muchachos corrieron por entre la primera nube de polvo y luego por la segunda.

—¡Vaya situación! —exclamó Derec, deteniéndose y jadeando.

Ariel intentó no toser. Tenía polvillo en la garganta.

—Volvamos a los muelles —gimió, y Derec asintió, retrocediendo.

Gruñendo, subieron por entre los camiones. Los del grano no ascendían a estos muelles, que eran demasiado estrechos allí. Toda la zona estaba llena de polvo.

—¡Malditos ladrones! —gritó alguien, y Derec miró hacia atrás.

Todavía no les habían visto, pero era sólo cuestión de tiempo. El espacio que había más allá del polvo era un torbellino de silbatos, gritos y pasos apresurados. Un camión grande se alejó, levantando más polvo, pero sin hacer ruido.

Un grito, algo acerca de posarse el polvo, llegó a sus oídos. Ariel apenas podía respirar. «Necesitamos oxígeno», pensó. Deseaba toser con más fuerza que antes. Los de fuera también tosían.

Arriba llameó una luz roja y sonó una especie de cuerno, con un tono profundo. Ariel levantó la vista, aprensivamente, y divisó unos signos amarillos al lado de las luces rojas:

«Riego... Riego... Riego...».

—¡Vuelve aquí, de prisa! —gritó Derec, empujando a Ariel detrás de un amasijo de herramientas, carretillas rotas, escobas y otros artículos variados.

Desde arriba empezó a caer agua a rociadas que posaba inmediatamente el polvo. Un hombre vestido de azul se hallaba entre los conductores y los obreros, y llevaba la ya familiar porra.

—¡Un policía! —gritó Derec.

Ariel lo miró y vio, más allá...

—¡Una puerta!

—¿Dónde?

—Allí, detrás de aquel neumático.

El neumático, que era una cosa enorme de composición azul brillante, procedente de uno de los camiones, marcaba el final del montón de chatarra donde estaban agazapados. Allí había un pasadizo que daba a una puerta pequeña.

Al momento siguiente, la estaban tanteando y, antes de que cesase el riego, se hallaron en un pequeño corredor donde sólo había encendida una de cada tres luces.

«Sección de control de transportes: No se admite a personas no autorizadas». Pero pudieron pasar por el corredor. Más allá vieron: «Racionalización y equilibrio del suministro de granos».

—Son los controles administrativos de los niveles básicos —murmuró Derec.

Ariel recordó a los hombres y mujeres con instrumentos de medición.

—Pero aquí no hay nadie —se admiró.

—Bueno, las ciudades crecen y cambian. Esto puede haber sido abandonado, o sólo necesitarse periódicamente. Lo importante es que puede haber acceso por arriba.

Lo había. En el nivel superior, vieron que estaban lejos de los muelles, a los que no deseaban volver, si bien todavía no habían superado la barrera.

Las autopistas utilizadas por los vehículos de emergencia también llegaban, al menos, hasta la entrada. Al lado de la autopista había una puerta de acceso peatonal; la puerta de la autopista no tenía controles y, probablemente, se abría por radio. Una vez al otro lado, caminando nerviosamente por la autopista, hallaron, para su frustración, que el camino evitaba la entrada, giraba y descendía a los niveles inferiores.

—Es para los vehículos de emergencia, supongo —comentó Derec—. Ambulancias y otros similares. En los muelles deben ser frecuentes los accidentes.

Por fin encontraron una ruta medio escondida que los condujo al espacio abierto. Miraron afuera y hacia abajo. Caía una lluvia fría.

Ni siquiera entonces aflojó Derec la marcha, pero Ariel se negó a recordar los detalles del resto del día. Durante varias horas estuvieron dando vueltas por la zona, siempre intentando hallar un medio de apoderarse de un camión. Pero Derec no pudo encontrar ningún garaje dentro de la ciudad, y dudaba seriamente de que hubiera uno cerca de la misma.

Al fin, Ariel dijo que estaba hambrienta y, tristemente, rodaron en las cintas hacia el sector de los comedores, donde al menos pudieron sentarse.

Ariel se sentía condenada; una mirada a la llovizna fría y gris, que caía incesantemente en el exterior, la había helado en algún nivel básico muy profundo. Sabía que era la última vez que veía el cielo. Lo sentía por Derec, pero estaba demasiado agotada para hablar.

—Lo intentaremos otra vez mañana en otras entradas —manifestó Derec, cuando

ella hubo comido lo que pudo—. Probablemente, saldrá el sol y todo irá mucho mejor.

Ariel asintió con indiferencia.

Peste amnemónica

Con gran angustia por parte de Derec, Ariel no reapareció en toda la tarde y a la mañana siguiente se levantó tarde y con muy mal aspecto. R. David se alarmó.

—Señorita Avery, no te encuentras bien. ¿Cuales son tus síntomas?

—Los mismos de siempre, R. David. No te preocupes. Traje la enfermedad conmigo; no hay nada de qué preocuparse.

Se la veía cansada y abatida, aunque trataba de no angustiar a aquel cerebro dominado por las Tres Leyes. Pero un robot debe preocuparse cuando resulta apropiado, tanto si se le ordena como si no. «*No son tan diferentes de los humanos en este aspecto*», pensó Derec, también asustado por Ariel.

—Espero que no estés gravemente enferma, señorita Ariel, pero, por favor, descríbeme tus síntomas para que yo pueda formarme un juicio. Como sabes, la Primera Ley me obliga a ayudarte.

—De acuerdo —concedió ella, haciendo una mueca—. A menudo tengo fiebre... ¡Oh!, ¿hay agua aquí?

—No —replicó Derec—. Yo te la traeré. ¿Hay algo para traer agua?

—No —respondió R. David.

Mentalmente, Derec maldijo a los terrícolas, individual y colectivamente, y también a la Relación Teramin.

—Bien, a menudo tengo fiebre, me siento cansada y letárgica y muy poco atenta. Y... y... —miró a Derec—, sufro trastornos mentales. Confusión... olvido dónde estoy y pierdo el hilo de lo que sucede. Muchas veces me siento y no hablo porque no puedo seguir la conversación. He revivido mucho el pasado. ¡Nada parece real! —gritó de pronto, apasionadamente—. Vivo como entre alucinaciones.

Era más grave de lo que Derec había pensado.

—¿Te sientes con ánimos para ir al sector de los comedores? —preguntó, con cierta vacilación.

—No, no quiero hacer nada, aparte de beber un litro de agua y volver a la cama.

—Has de ir al sector de hospitales inmediatamente —dijo R. David con determinación y dando un paso al frente.

Derec hubiese podido maldecir.

—¿Qué ayuda médica se puede conseguir en un hospital terrestre? —exclamó—. Tenemos que volver a los mundos espaciales...

—Allí no hay cura para mí —murmuró Ariel.

Maldición, era verdad. Derec titubeó muy abatido.

—Bueno, entonces volvamos a Robot City. Tal vez el Equipo Médico para

Humanos tenga ya el antídoto.

—Mis conocimientos médicos están limitados a los efectos de las enfermedades terrestres en los espaciales. Pero estos conocimientos me obligan a dudar de que la señorita Avery... viva lo suficiente para poder realizar un viaje espacial —intervino R. David, con cierta congoja en su voz—. Está claro que se halla, o se aproxima a una crisis de su enfermedad.

Derec volvió a vacilar. Esto era obviamente cierto.

—Temo que R. David tenga razón —sonrió Ariel, tristemente—. Derec, voy perdiendo la memoria, y la mente... Cada vez me siento peor. La otra noche no recordaba cómo tenía que regresar aquí...

Bruscamente, se echó a llorar. «Diantre», se dijo Derec, interiormente. R. David volvió a intervenir deseaba acompañarles; en realidad, llevarla al hospital.

—¡No! —tronó Derec—. Puedo ignorar muchas cosas acerca de la Tierra, pero sé muy bien lo que los terrícolas les hacen a los robots que atrapan en las cintas. Y, si intentáramos impedirlo, nuestras primeras palabras nos delatarían como espaciales. Nos arrollarían. Una vez ya me persiguieron los granjeros. No, no deseo tener a todos los terrícolas detrás nuestro.

Fueron necesarias las órdenes más severas, unidas a las que le dio el doctor Avery, para mantener a R. David en el apartamento.

Sólo cuando Ariel se animó como solía hacer ante la perspectiva de un cambio, el robot se olvidó un poco de la Primera Ley. Ariel se mostró casi alegre al salir, llegando a entonar una especie de marcha militar «¡Un, dos, tres! ¡Ahí vamos! ¡Belén, Belén, oh, oh, oh! ¡Drringding, ding, brrumbum bum, brrrrrehe-deeebeee-dum-bum-bum!». Pero, cuando la puerta se cerró, ella cambió y pareció agotada.

—Agua... —pidió, sonriendo con tristeza ante la expresión inquieta de Derec.

Cuando hubo bebido casi un litro, estuvo tratando de recobrar la respiración durante un minuto, pero al final pudo seguir adelante. El camino al sector de los hospitales era más largo que el de los comedores, y la joven fue decayendo visiblemente. Para empeorar las cosas, como era por la mañana, las cintas iban atestadas y tuvieron que ir de pie. A los de la categoría tercera ya no se les permitía sentarse en las horas punta.

Era como si la pesadilla de las cintas rodantes, del silbido del viento y de los terrícolas, despreocupados y sólo pensando en sí mismos, no fuese a terminar nunca. Derec tenía que vigilar a Ariel, pues temía que se desmayase, y vigilar los letreros de arriba, temiendo asimismo que pudiese olvidar o confundir las instrucciones que había impreso cuidadosamente en su memoria.

Pero incluso el viaje más largo llega a su fin, y la salida «Sector Hospitales» estaba claramente indicada, con la misma cruz roja sobre blanco que usaban los espaciales.

El vestíbulo olía a antiséptico y estaba lleno de hombres, mujeres y niños. «Niños», pensó Derec, vagamente, «*nunca había visto tantos niños como en la Tierra*». Aunque todavía no recordaba nada de su vida anterior, estaba seguro, por su extraña reacción, de no haberlos visto. Naturalmente, eran necesarios para ir reemplazando a tantos habitantes.

Luego, insertó la tarjeta de identidad recién falsificada de Ariel en el ordenador, cuya pantalla se iluminó con «¿Chequeo, enfermedad, emergencia?».

Ariel se apoyaba en él, jadeando y pálida después del viaje, y hasta los usualmente despreocupados terrícolas la miraban alarmados. «*Emergencia*», decidió Derec, y, lleno de pánico, pulsó el botón correspondiente.

Al momento apareció una estrella roja en la pantalla, parpadeando. Por lo visto, sonó un timbre de alarma en alguna parte, porque apareció una mujer de aspecto sólido, y empezó a reñir al joven por confundir una enfermedad con una emergencia.

—¡Esos jóvenes esposos...!

Pero Ariel le dedicó una débil sonrisa de disculpa, y la mujer calló al instante.

—Por aquí.

Casi llevó en volandas a Ariel a través de tres salas aún más llenas de terrícolas que aguardaban la consulta, hasta otra sala en la que había una mesa de ruedas, plegada.

—¡Tiéndete, muñeca!

Desplegó la mesa, sujetó a Ariel a la misma, y entonces apareció otra mujer.

—Doctora Li...

—¡Hummm!, ya veo.

La recién llegada empezó a examinar a la joven sin instrumentos, pues para tomarle la temperatura se limitó a aplicarle la mano sobre la frente.

Entró un hombre aparentemente preocupado. Llevaba un extraño adorno en forma de marco, que sostenía unos cristallitos delante de los ojos. Derec ya había observado algunos instrumentos semejantes en algunos terrícolas. Daba a los rostros un aspecto raro, futurista.

—¿Qué sucede, doctora Li?

—Todavía no lo sé, doctor Powell. Temperatura elevada, latidos de fiebre, enrojecimiento febril, agotamiento. Primero, he de reconocerla a fondo, claro.

La doctora metió la mano debajo de la mesa y, para gran alivio de Derec, empezó a sacar instrumentos. Ariel tenía los ojos cerrados y parecía dormida.

Los médicos se inclinaron sobre ella, meneando la cabeza y examinando escrupulosamente a la joven. Pese a su tensión, Derec buscó un asiento, contento de dejar a Ariel en manos de los expertos.

—¿Cuánto hace que comió por última vez? —indagó bruscamente la enfermera.

Los médicos repitieron la pregunta hasta que Derec respondió:

—¡Hum!, ayer por la tarde. No mucho después de mediodía.

La doctora Li soltó un gruñido, y el doctor Powell exclamó:

—¡Inanición!

—Esta chica es joven, doctor, esto no tendría que haber provocado este desmayo. Palpe este brazo. Prácticamente, se muere de hambre.

Los tres terrícolas se miraron claramente desconcertados.

—¿Por qué ella no ha comido, jovencito? —preguntó la doctora Li.

—No tenía apetito, señora —replicó Derec, y los tres fruncieron el ceño ante su acento.

—Colonos en perspectiva, ¿eh? —gruñó Powell, quitándose el marco y limpiando los cristales con un cuadradito de tela. Luego, añadió—. No necesitaréis la jerga espacial en los planetas de la frontera. Será mejor que aprendáis algún dialecto medieval maleza, riachuelo, cabaña de troncos... Para no mencionar «sudor». ¿Qué le ocurre a esa chica?

—No lo sé, doctor. Ella misma dijo —Derec tragó saliva— que podía ser mortal, si la enfermedad atravesaba la barrera sangre-cerebro. Le... le está afectando la mente. Sufre esa fiebre... de baja temperatura, y el estado letárgico, con ocasionales dolores musculares, desde hace bastante tiempo.

—¿Vómitos? ¿Sudores nocturnos? —preguntó, tensamente, la doctora Li.

—No lo sé. Ella no quería inquietarme.

Los tres se miraron como ultrajados. El joven debía saberlo.

—Podrían ser varias cosas —estableció la doctora Li, con inseguridad—. Sí, tengo algunas ideas, pero...

—¡También yo! —proclamó Powell, huraño—. Mira, jovencito, no dudo de que ese acento te ha causado muchos quebraderos de cabeza, pero será mejor que aquí lo olvides. Pone nervioso a mucha gente.

—No puede —refutó la doctora Li—. Es un espacial auténtico.

El doctor Powell y la enfermera se atragantaron.

—¡Imposible! ¿Un espacial en la Tierra? Caería muerto de...

Los dos médicos examinaron atentamente a Ariel otra vez. Frunciendo el ceño, la enfermera se apartó.

—¡Puede ser cualquiera entre un centenar de dolencias comunes e inofensivas! —exclamó Powell.

—Sí, inofensivas para la gente de la Tierra.

—¿Y tú, jovencito? ¿Te encuentras bien?

—Nunca mejor —asintió Derec.

—¿Por qué, entonces? —explotó el doctor Powell—. ¡Hubieras debido enfermar una docena de veces!

—Me dieron un régimen profiláctico... Io mismo que a Ariel —explicó Derec,

deseando que no le hicieran muchas preguntas—. No sé mucho sobre esto.

—Por lo visto, no se ha contagiado —musitó la doctora Li—. Tan pronto como te sientas mal, avísanos.

—No pueden ser espaciales —intervino la enfermera, sosteniendo la tarjeta de identidad de Ariel en la mano—. ¿Cómo pueden serlo y viajar por la Tierra, sin tarjetas de racionamiento, sin documentos de identidad y todo lo demás? Éste es un documento de identidad perfectamente terrestre, de la ciudad de St. Louis.

Todos miraron a Derec, frunciendo aún más el ceño, y el joven enrojeció y empezó a sudar.

—Todo se puede explicar, señor. Forma parte de un contrato comercial. Estamos realizando una investigación sociológica...

—¿Tan jóvenes?

—¿Quién se fija en un chico? —replicó Derec rápidamente, sintiendo que el cabello se le pegaba a la frente—. Los ojos juveniles ven con más agudeza.

—¡Hummm! Ningún hijo mío correría tal riesgo...

—Tal vez será mejor que informemos a los Terrestres —observó la doctora Li.

Todos parecían preocupados. Derec les interrogó con los ojos, pero, finalmente, se vio obligado a preguntar:

—¿A quiénes?

—A los Terrestres... Al Departamento de Investigación Terrestre, el DIT —explicó el doctor Powell, puliendo los cristales apesadumbrado.

—Nos causarán más problemas que... —murmuró la enfermera.

—Sin embargo, es mejor no correr riesgos. Si la chica está tan grave, podría ocasionarnos conflictos con los espaciales. Ya ha corrido bastante sangre entre nosotros.

Derec reflexionó rápidamente, amedrentado. Los «Terrestres» no encontrarían ningún expediente sobre ellos, investigarían qué representación espacial había en la Tierra, y tampoco hallarían ningún expediente, y el ordenador daría la alarma. Pero no se le ocurría nada que decir.

—Oigan...

Ariel gimió y se volvió parcialmente de lado. Sólo las ataduras impidieron que cayese. De haber estado escuchando, no hubiese podido intervenir más a tiempo. Los tres terrícolas saltaron hacia ella, y Derec se metió en el bolsillo la tarjeta que acababa de soltar la enfermera.

Reflexionó velozmente. Los médicos estaban preocupados, concentrados completamente en Ariel. Derec miró a su alrededor. Según recordaba del trabajo de R. David, la tarjeta de identidad sólo declaraba la profesión, pero no la dirección. La asistencia médica se realizaba sobre la base de una necesidad, no estaba racionada, por lo que a nadie le importaba el lugar de residencia y, en efecto, no se lo habían

preguntado. ¿O era porque la tarjeta de Ariel la clasificaba como Transeúnte? Necesitaba saber mucho más sobre la Tierra.

«*De todos modos*», pensó, «*lo único que saben acerca de Ariel era lo que el ordenador había grabado, de acuerdo con la tarjeta de identidad*».

Dejándolos con la muchacha, Derec salió y empezó a dar vueltas, sin hablar con nadie, tratando de pasar por un padre en ciernes, preocupado, que quiere fingir indiferencia. Un par de personas le miraron con simpatía, pero la mayoría no se fijó en él, de lo cual se sintió agradecido.

Allí estaba. Un despacho. Entró y observó la terminal. Con toda seguridad, estaba dedicada a una sola función, pero podía probar. Había visto a R. David codificando una docena de clases de tarjetas de identidad, y tenía una buena noción de lo que ello implicaba. Y, francamente, esos ordenadores eran muy simples para quien había programado cerebros positrónicos y había reestructurado la programación del ordenador central de Robot City. Tardó sólo media hora en repasar todo el programa, recuperar lo grabado acerca de Ariel y borrarlo.

«*Ahora, esperemos que no haya una copia del informe en alguna parte*», se dijo Derec.

Le encontraron en la sala de espera interior, dando vueltas sin rumbo fijo, como a punto de pasar a la sala de espera exterior, donde hubiese debido de estar.

—¡Ah, aquí lo tenemos! —exclamó la enfermera.

Por primera vez, Derec observó que en la bata llevaba una plaquita con el nombre Korolenko, J.

—¿Por qué no aguarda en el Salón de los Amigos?

Derec no se molestó en replicar que ni siquiera se lo habían mencionado.

—Tuve que ir al Personal —explicó, no sabiendo si a los terrícolas se les podía nombrar tal lugar abiertamente.

La enfermera reflexionó, luego aplicó algo caliente que sacó del bolsillo a la frente del joven. Por lo visto, su temperatura era correcta.

—Muy bien. Venga, los doctores quieren hablar con usted.

Diez minutos más tarde, la doctora Li entró en la sala, se sentó y respiró ruidosamente.

—Esa muchacha nos tenía preocupados, pero lo que tiene es principalmente un agotamiento de los recursos corporales. Inanición, para decirlo con más claridad. Debe de haber estado muy nerviosa y haber tomado casi sólo cafeína durante varias semanas.

—Sí, comía muy poco —confesó Derec. Había estado ciego al no darse cuenta de ello—. ¿Qué es lo que tiene?

—Lo sabremos con seguridad dentro de veinticuatro horas. Hemos efectuado un cultivo. Pero nuestros análisis indican la peste amnemónica.

—¡Hum! ¿Numónica?

—Es un término que se deriva del medieval *mnemónico*, que significa memoria. Amnemónico significa «pérdida de la memoria». Es una mutación de un antiguo virus de la gripe que se originó en los mundos espaciales, y que a veces se llama fiebre de Burundi, por el nombre de su descubridor.

La doctora miró agudamente a Derec, aunque estaba claro que este nombre no significaba para él más que el primero.

—¿Se... se pondrá mejor?

—Cuando la fiebre de Burundi —suspiró la doctora Li— cruza la barrera sangre-cerebro, no indica nada bueno. La estamos manteniendo, alimentándola y demás, y los antibióticos la curarán al final. Nuestros antivirus son muy eficaces, excepto si los virus han cruzado ya la barrera sangre-cerebro. Los anticuerpos ayudarán un poco, y se los estamos administrando. Podremos detener la infección de todo el cuerpo, menos la del cerebro, en un par de días.

Derec sufrió la ilusión de que su pecho se había convertido en un bloque de madera. El corazón palpitó una sola vez, con fuerza, contra aquella coraza resistente, y luego cedió. Era como si dejara de latir.

—¿La de su cerebro?

La doctora Li suspiró y pareció tener más de cuatrocientos años.

—Hay esperanzas. No todo ha terminado. Ojalá hubiese venido antes a nosotros. Bueno, no se sienta culpable, jovencito, y lamento si mis palabras le mortifican. Usted no podía saberlo. Todos los muchachos son irresponsables, creen que han de vivir eternamente.

Él se cogió la cabeza con las manos un instante.

—Entonces... ¿cree que vivirá?

—Digamos que tiene alguna probabilidad. Saúl... el doctor Morovan, es un especialista en virus, y ha tratado ya tres veces la peste amnemónica. Dos veces con éxito, y la tercera no, porque el paciente se hallaba en una fase mucho más avanzada que la de su esposa.

Derec supuso que los síntomas de los otros dos debieron ser mucho menos avanzados que los de Ariel, pero no dijo nada. Reconocía que ya era algo que conociesen la enfermedad, de que tuviesen un tratamiento para la misma, y que hubiese esperanzas para Ariel.

«Naturalmente», pensó, «*fuimos unos tontos, unos tontos chauvinistas, al suponer que los mundos espaciales son los únicos que saben algo de medicina*».

¿Dónde, sino en la Tierra, la incubadora de virtualmente todas las enfermedades conocidas por la humanidad, podían saber más de medicina? En los mundos espaciales, supuso, la peste amnemónica era invariablemente mortal, cuando cruzaba la barrera sangre-cerebro.

Derec sintió que se le doblaban las rodillas, y se alegró de no estar de pie.

—¿Qué?

No había oído las últimas palabras de la doctora.

—Necesitamos una muestra —repitió ella—. No podemos administrarle a usted la vacuna si ya tiene la enfermedad, al menos en las últimas fases.

La Llave de Perihelion afectaba así al estómago una caída súbita al pasar de la gravedad a la caída libre en un instante. Derec casi se levantó.

—Sí... sí, señora —tartamudeó, extendiendo el brazo.

«¡Enfermo!».

La posibilidad siempre había estado presente, relacionada con Ariel. Pero era obvio que lo que ella padecía no era contagioso. Ella sólo había mencionado una vez, más o menos directamente, cómo había contraído su enfermedad, como una advertencia para él. Pero eso fue en la única vez que tuvieron un contacto físico más o menos casual. Pensando ahora en ello, vio que la joven había guardado las distancias, incluso cuando necesitaba y deseaba que él la abrazase. El horror de los espaciales hacia las enfermedades no había sido tan poco significativo en Derec como pensaba. El tratamiento profiláctico de R. David le había tranquilizado. La actitud de Ariel y su propia preocupación por ella le habían sosegado, y la irresponsabilidad juvenil.

Sus ojos debieron reflejar parte de su horror, ya que la doctora Li le miró con agudeza.

—No tema —le dijo—. Obviamente, usted se halla en una fase inicial, si es que tiene la enfermedad. Y vamos a examinarle minuciosamente, para estar seguros de que no le ocurra tal cosa.

Lo examinaron durante la media hora siguiente. «*El Equipo Médico para Humanos lo hubiera hecho más deprisa, pero no tan minuciosamente*», pensó Derec.

—Bueno, está totalmente libre de enfermedades, por lo que vemos —le tranquilizó el doctor Powell—. Por suerte, sus microorganismos intestinales no son muy diferentes de las variedades terrestres, por lo que no hay de qué preocuparse. Doctora Li, la vacuna...

—Incidentalmente —informó la doctora Li—, hemos detectado antitoxinas a la fiebre de Burundi en su organismo. Es posible que sufriese un caso de fiebre benigna en otros tiempos, y hasta podría estar latente en su sistema. Sin embargo, la vacuna le inmunizará por completo.

—¡Hum! —gruñó Derec, cuando la idea se apoderó de él—. ¿He sido un portador del virus todo ese tiempo?

Con gran inquietud, se veía a él y a Ariel propagando la enfermedad por la Estación Rockliffe, donde habían hecho un mal aterrizaje después de huir del pirata Aránimas. Cualquier humano que hubiese penetrado más tarde en la estación podía

haber contraído la enfermedad.

—Tal vez, pero no se angustie por ello. La peste amnemónica no se comporta como una verdadera peste. No es infecciosa, y sólo es mínimamente contagiosa. Ha de haber un intercambio de fluidos corporales, cosa que suele ocurrir en el intercambio sexual, o en los suministros corporales contaminados. Y, ocasionalmente, con las agujas hipodérmicas mal esterilizadas, cosa que suele suceder en los mundos espaciales donde tienen que lavar las jeringuillas.

Esto era un alivio. Pero dejaba un enigma ¿cómo había estado Derec expuesto a la enfermedad, a no ser respirando el mismo aire que Ariel? ¿La había tenido antes de conocerla a ella en la nave de Aránimas?

Debió ser así. ¿De qué otro modo podía haber perdido la memoria? ¿Y, entonces, cómo había sobrevivido? Si la peste amnemónica sólo afectaba la memoria después de cruzar la barrera sangre-cerebro, y entre los espaciales en tal caso era invariablemente mortal... Otra vez faltaba un eslabón.

—Bueno, su esposa vivirá con toda seguridad. ¡Eh, sostenedlo!

Derec no supo quién lo hizo, pero su visión quedó momentáneamente en blanco. Cuando volvió la luz, estaba sentado y sentía un cosquilleo en el brazo: «*Un spray estimulante*», pensó, vagamente. Le estaban ofreciendo un vaso de zumo de naranja, un zumo de naranja completamente natural, como los de Aurora. Se preguntó cuánto costaría importarlos, y luego comprendió que debían de haber comprado semillas de naranjo en tiempos pasados para criarlos en la Tierra.

—Gracias —murmuró.

Todos estaban a su alrededor, vigilándole intensamente.

—¿Ocurre algo? —se inquietó.

—Sí —afirmó la doctora Li, a pesar suyo—. Espero que lo resista, ya que puede trastornarle un poco.

Derec tragó otro sorbo de zumo, maravillándose de nuevo al ver que era exactamente igual que los zumos de Aurora.

—Adelante.

—La peste amnemónica tiene un nombre muy adecuado, aunque no sea una verdadera peste. Bien, su esposa está perdiendo la memoria a un ritmo progresivo. Cuando la hayamos curado, apenas se acordará de nada...

La llave de la memoria

Derec yacía en el duro y estrecho lecho, preguntándose qué estarían haciendo Wolruf y Mandelbrot. Probablemente, estarían dando vueltas en torno a Kappa Whale, en el Detector de Estrellas, aguardando, aguardando... Naturalmente, no podían interpretar por sí mismos cartas espaciales sin que un humano se las explicase, aunque Mandelbrot podía intentarlo. No era raro que un robot entablase comunicación. Pero, si la otra nave insistía en hablar sólo con el capitán-propietario... Los Detectores de Estrellas eran unas naves pequeñas, y el robot no podía encontrarse muy lejos de los controles. En realidad, Derec ignoraba hasta qué punto podría Mandelbrot mentir, en tales circunstancias.

Bien, él no podía hacer nada por ellos. No podía abandonar la Tierra y, aunque pudiese, jamás dejaría a Ariel. Y Ariel sufría ahora un delirio en el sector de hospitales de la Alameda Webster, en St. Louis. A una enorme distancia, suponía, del puerto espacial más próximo, cerca de Nueva York.

Derec necesitaba beber algo. También deseaba un tentempié, al menos unos pasteles; y café recién hecho, aunque fuese sintético. En la habitación contigua había un robot listo para entrar en acción a la menor palabra... o casi. Era un robot de la Tierra, en una ciudad de la Tierra. Derec podía enviar fuera a R. David, pero no había seguridad de que volviese... y no sería con comida, porque Derec no podía cocinar en su apartamento. Lástima que el doctor Avery no hubiese dispuesto unas categorías más elevadas. Claro que esto habría sido más llamativo.

La luz, procedente de la puerta al abrirse, brilló sobre la cama.

—Hora de levantarse, señor Avery —dijo R. David.

—Sí, gracias, R. David.

Derec gruñó en silencio, se incorporó y se sentó un momento, con los codos en las rodillas y la barbilla entre las manos. En la breve vida que recordaba, había sufrido una crisis tras otra. Lo único que deseaba, decidió, era paz y sosiego, un pequeño establecimiento junto a un riachuelo montañoso, en los benditos paisajes de Aurora, o tal vez en Nexon, con un par de robots y un campo de aterrizaje lo bastante grande para su aparato y algún otro. Tal vez los Solarios tuviesen la mejor de las ideas nunca veían a nadie y vivían completamente rodeados de robots.

No, decidió. Al fin y al cabo, ésta no era una buena idea. La Tierra lo trastornaba todo, se dijo vagamente. No era mejor que...

—Señor Avery, ¿se encuentra bien?

—Sí, R. David, sólo deprimido. Estoy inquieto por Ariel.

Esto lo comprendía el robot.

—Sí, señor Avery. Yo también estoy inquieto por ella. Pero los informes de los médicos son buenos, ¿verdad?

—Sí, al menos los de anoche, R. David. Pero ¿cómo estará hoy...?

No terminó la frase, pesimista; se vistió descuidadamente y metió algunos objetos en la bolsa de baño que había comprado el día anterior.

Aconsejándole a R. David que no se preocupase, se marchó al Personal, volvió para dejar la bolsa, una vez se hubo duchado y lavado su ropa interior, y volvió a marcharse hacia el sector de los comedores. Esta parte del viaje era ya tan rutinaria que no veía ni era visto por ningún policía en los corredores o los empalmes. Ya no llamaba la atención como extranjero.

El desayuno fue, como de costumbre, bueno, aunque para él sin sabor. Lo devoró sin prestarle atención, ni siquiera interesado ante el hecho de haber deducido que no era ni sintético ni natural, sino ambas cosas. Estaba compuesto de cosas vivas, y por eso era natural, y lo habían cocinado mediante un proceso artificial, y por eso era sintético. La base en sus tres cuartas partes era un fermento.

Suponía que podría haber un mercado, aunque reducido y bastante fijo, para los alimentos terrestres con fermentos, en los mundos espaciales, si los espaciales lograran sobreponerse a su sentido de superioridad el tiempo suficiente para probarlos. La buena cocina espacial no tenía parangón con la que Derec había probado en la Tierra, pero las naves espaciales solían contener sintetizadores. «*Bien por la cocina espacial*», pensó el joven.

El hospital ya le resultaba familiar. Derec no tenía dificultades en encontrar las salas de espera, pero se dirigió al Salón de los Amigos, y preguntó la condición de Ariel en el monitor. Había habido un problema cuando descubrieron que no figuraba en el sistema. Derec había fingido ignorancia respecto a la tarjeta de identidad, y debían suponer, eso esperaba, que se había extraviado cuando todos se agruparon para ayudar a Ariel cuando ésta perdió el conocimiento.

Naturalmente, no recordaba el número y, en su honesta ignorancia, él y ella habían dejado otros formularios de documentos de identidad. Derec había prometido llevarlos cumplimentados al día siguiente, pero resultó que «lo había olvidado» cuando se los pidieron. Y así tuvieron que hacerle a ella una entrada con un documento de identidad falso.

Ariel estaba en una salita con dos robots. Allí, en Cuidados Intensivos, la gente estaba inconsciente o tan débil por su enfermedad, que no les importaba ser atendidos por robots.

Hoy no se hallaba delirando. Al principio, Derec creyó que dormía, tan inmóvil estaba en cama. Mas, de repente, se movió, y un robot avanzó para alisarle la almohada. Ariel lo miró sin verle y cerró los ojos.

Un sonido a sus espaldas descubrió a la doctora Li que movió tristemente la

cabeza.

—¿Cómo está, doctora? —se interesó Derec.

—Con respecto a la enfermedad, lo peor ya ha pasado. Vivirá. Pero lo que ahora padece puede ser peor. Va perdiendo gradualmente la memoria.

Derec ya había oído la explicación.

—Supongo que ahora está en un estado semi alucinatorio.

—Sí, o en algo como una ensoñación muy intensa. Tal vez sería mejor decir que está sumida en profundos pensamientos, o sea en uno de esos estados de concentración hipnóticos en los que uno no ve lo que tiene delante.

Derec tuvo un breve destello de alguien moviendo una mano delante de su nariz y asintió.

Ariel revivía su existencia, como se supone popularmente que hacen los que se ahogan. «*Yo no tardaría mucho*», pensó Derec, divertido. «*Supongo que me sobraría tiempo, pero a Ariel...*».

—¿Puedo volver a visitarla?

La doctora Li frunció el ceño, más triste todavía.

—Sí, pero a partir de hoy irá empeorando —vaciló—. Esto siempre es un gran golpe para quienes aman a estos enfermos, al ver que no les reconocen. Y esto es lo que sucederá.

Derec no había pensado en esto, y la mera idea le estremeció.

—Entonces... ¿podré volver a verla hoy?

—Lo preguntaré.

Ariel le miró vacuamente, aunque no sin reconocerle, sino más bien con falta de energía.

—¡Oh, Derec!, ¿cómo estás?

¿Qué se le dice a una persona que al día siguiente puede estar viva, pero no te recuerda? Si los recuerdos de Derec hubiesen sido de cien años y no de un par de meses, tampoco hubiese tenido ninguna guía.

—Bastante bien —respondió, torpemente.

Se acercó a la cama y la tocó. Ella le miró sin mucha emoción.

—¿Les ayudarás a recobrar mi memoria?

—Naturalmente. Tendré que hacerlo. Y espero que tú hayas hablado... —inclinó la cabeza hacia los robots.

—Un poco —afirmó ella, a regañadientes—. Estoy siempre tan fatigada... Y, como me llenan de drogas, no tengo ánimos... Además, no importa. No serviría de nada. No seré yo misma, ya. ¡Ah!, Derec, es como estar agonizando. Como estar agonizando. No volveré a verte, no veré a nadie... todo se desvanece...

—No es eso, Ariel —replicó él, con insistencia.

Uno de los robots avanzó hasta la cabecera de la cama e hizo algo, y Ariel cerró

los ojos. Cuando volvió a abrirlos, el horror ya había pasado. Derec pensó que aún seguía latente, enmascarado por la droga.

—Tus recuerdos —continuó el joven— siguen ahí, en tu cerebro. Sólo necesitan aflorar de nuevo a la superficie. Nosotros...

—No —ella negó con la cabeza—, todo se desvanece... me estoy muriendo, Derec. Y el ser que ocupe mi lugar será otro diferente.

—¿Soy yo acaso diferente —preguntó él, con brusquedad—, del hombre que era?

—Claro. Y no obstante, eres él.

Ariel cerró los ojos, y unas lágrimas temblaron en sus párpados. El robot volvió a afanarse junto a la cama.

—Derec, quiero que sepas que siempre te he amado. Incluso cuando estaba más enfadada, incluso cuando estaba más asustada. Jamás te reproché nada. Durante semanas te he vigilado, esperando que no llegases a la última fase de mi enfermedad. Pero supongo que probablemente te ocurrió también, o no habrías perdido la memoria. Y el que te curó... desconocía la tecnología... para devolverla.

Ariel cayó en una especie de sopor y, al cabo de un momento, Derec reprimió el impulso de llorar y de exigir que la despertaran. De pronto, la pérdida de su memoria le pareció menos importante; lo que ella sabía también era menos importante que lo que ella pensaba de él.

—Adiós, Ariel —consiguió articular, y se dirigió al Salón de los Amigos, donde se sentó y lloró un buen rato, en silencio.

Se preguntó vagamente si, en toda su vida no recordada, había experimentado un dolor tan intenso, tan punzante, y lo dudó. Sin embargo, sabía que había conocido a Ariel en otra vida, y que sus relaciones no habían sido muy felices.

Él había padecido la peste amnésica, y el vacío de su cabeza era prueba suficiente. ¿La había contraído de ella... o se la había contagiado él a Ariel?

Por fin, lanzó un profundo suspiro, que surgió del fondo de su corazón, y se limpió la cara con papel de seda de un receptáculo. Probablemente, los robots le estaban contemplando. Unos minutos más tarde, la doctora Li y el doctor Powell, ambos muy deprimidos, entraban en la sala.

Y una vez dentro, se sentaron y le miraron de arriba abajo, mientras él se serenaba. Por suerte, ellos, como él, tenían otras cosas en qué pensar, y no en las tarjetas de Ariel.

—Tengo entendido que la enfermera Korolenko ya le ha explicado en parte, lo referente a la restauración de la memoria —empezó el doctor Powell.

Derec recordó la conversación sostenida con la enfermera en una visita anterior. Asintió.

—Los rastros de memoria no son la memoria, ¿cierto?

—Exacto. Un rastro de memoria es la sinapsis —la conexión nerviosa del cerebro

— que conduce a la memoria, la cual queda almacenada de forma química. Es esa sinapsis la que se borra por la neurotoxina de la peste. Los verdaderos recuerdos permanecen imborrables.

Todos le miraron. «*Si supierais todo lo que sé sobre esto*», pensó.

—Muy bien —exclamó—. Pero como que sus señas se desconocen, para decirlo en la jerga de ordenador, los recuerdos están tan perdidos como si hubiesen sido borradas las grabaciones.

—Casi —puntualizó la doctora Li—. Hay recuerdos fantasmas revoloteando en la mente del paciente, y todos juntos podrían reavivar algunos recuerdos sueltos.

—El olor es una de las llaves más poderosas y sutiles de la memoria —asintió el doctor Powell.

¡Sí! Derec lo sabía.

—Exacto. En lo que solemos llamar recuperación de la memoria, nos limitamos a suministrar nuevas sinapsis, lo más idénticas posibles a las antiguas.

—Y, en el funcionamiento de los nuevos rastros de memoria —añadió Derec, repitiendo lo que le habían contado—, el paciente reactiva los viejos recuerdos químicos.

—Así es. Cuanto más exactos y detallados sean los nuevos rastros de memoria, más completa será la recuperación de los recuerdos, y la de la primitiva personalidad del paciente. Supongo que esto lo entiende.

Era una perspectiva que jamás se le había ocurrido. Derec suponía que tenía la misma personalidad de antaño pragmático, gran solucionador de problemas, poco dado a ideas abstractas, sin sentido del arte o la poesía. Un temperamento equilibrado. Una mente de ingeniería.

Pensando ahora en ello, tal vez su personalidad fuese diferente. Había conocido a Ariel en su vida pasada. Debió albergar unos sentimientos muy fuertes hacia ella. Y volvía a sentirlos. No *todavía*... sino *de nuevo*. Porque, de no haberla visto desde que había perdido la memoria, y de no haber estado prácticamente en estrecho contacto con ella, tal vez no habría vuelto a sentirse tan atraído por ella otra vez.

Sus padres, por ejemplo. Ya no sentía hacia ellos lo que debió sentir antes. Sus amigos... todos los que formaban parte de su personalidad habían desaparecido. Si adquiriría nuevos amigos, sus respuestas emocionales serían iguales, claro. Su personalidad no había cambiado en lo básico o, al menos, eso suponía. No le parecía muy diferente a Ariel, a pesar de ser una persona nueva, distinta, del antiguo Derec, o como se llamara antes.

Tal vez Ariel tuviese razón, y ésta fuese una forma de muerte.

—No obstante, si los rastros de memoria son bastante iguales a los originales...

—Idealmente, esto sería como copiar un programa en un cerebro positrónico en blanco —explicó la doctora Li—. El segundo robot sería, para todos los propósitos

prácticos, como el primero.

—Nosotros siempre explicamos lo que les hacemos —murmuró Derec, distraídamente.

—Sí, pero, si quedase destruido el original... —Derec frunció el ceño—, el nuevo, para todos los intentos y propósitos, sería el mismo en un cuerpo nuevo.

Cierto, no era nada raro poner un cerebro positrónico en un nuevo cuerpo robótico. Derec tuvo un destello inquietante. En Robot City se había producido una muerte accidental, la de un muchacho llamado David, y Derec y Ariel la habían investigado para los robots. Y aquel David era exactamente igual a Derec.

Usualmente, el joven solía desechar tal idea, pero ahora le sobresaltó. Tal vez el otro fuese su duplicado... o él mismo.

—En un ser humano, claro está, la cosa no es tan sencilla —observó el doctor Powell sin fijarse en la expresión de sobresalto de Derec—. Nosotros podríamos activar una fracción significativa de los recuerdos encerrados sin reactivar la vieja personalidad. Es una forma de saber qué recuerdos son importantes para el paciente.

—¿Cuán cerca podemos llegar? —quiso saber Derec.

—Depende de cuanto sepamos. Los robots están grabando y analizando todo lo que ella dice, y existe la tendencia a revivir los recuerdos más importantes y los más a menudo expresados, hasta que desaparecen. Y nosotros desarrollamos un buen esquema, demasiado tosco para llamarlo diagrama.

—Y aquí —asintió Derec— es donde necesitan mi ayuda.

—Exacto. Usted la conoce mejor que nosotros, o que los robots, supongo.

—No muy bien. Sólo hace unas semanas que la conozco. —Derec hubiese querido tomar algunos de los tranquilizantes que le estaban suministrando a Ariel.

«*Y ya están casados*», decían las expresiones de los médicos. ¡Ah!, la moral espacial. Derec no les desengañó.

—Puedo dar una serie de detalles acerca de nuestra existencia juntos, pero antes de eso... Ella era una persona muy reservada.

De nuevo, sus expresiones hablaron por ellos.

«Los espaciales viven solos, en la superficie, rodeados sólo por robots, con pocos contactos humanos...». No era cierto, pero resultaba difícil explicarlo. Además, Derec tenía su tanto por ciento de necedad chauvinista respecto a los terrícolas.

—Lo que pueda hacer tiene que hacerlo —le instó la doctora Li.

—Pues... ¡hum!, no puedo —se obstinó Derec.

Si mencionaba su amnesia, todos se abalanzarían sobre él. La cuestión de sus identidades también surgiría de un modo que no podría esquivar. Con toda seguridad llamarían a los Terrestres, y hasta interrogarían a la embajada espacial del aeropuerto. Todo el castillo de naipes se derrumbaría... y se enterarían de lo del doctor Avery y de Robot City. Era preciso guardar el secreto a toda costa.

—¿Por qué no? —ladró el doctor Powell.

—Es... es un asunto privado, señor.

—¡Oh! —dijo el otro, muy ablandado... ¡espaciales!—. Bueno, puede hacer mucho más que estar aquí sentado... ¿Por qué no se lleva todo el material que poseemos, y en su casa hace un dictado?

Derec estaba tan acostumbrado a que los robots, influidos por la Primera Ley, intervinieran en su vida, que se asombró ante esta aquiescencia tan fácil. Un robot no permitiría que introdujesen nada en el cerebro de Ariel sin antes analizarlo.

—¿Y los rastros de memoria? ¿Se guardarán en privado?

Los médicos se consultaron mutuamente.

—Bueno, deberán ser codificados —aclaró la doctora Li.

—Existe una técnica modificada —agregó el doctor Powell— a partir de otra utilizada para implantar sinapsis en los cerebros positrónicos. Naturalmente, no puede usarse en los cerebros humanos, pero se basa en la misma idea. No conozco todos los detalles.

—Pero es cuestión de codificación —terminó la doctora Li—. Hemos llamado a una especialista de la clínica Mayo. Si pudiese enseñarle... tal vez usted podría codificar las partes más íntimas.

Hubo varias conversaciones y una conferencia antes de decidir que Derec intentara codificar los rastros de memoria para Ariel. Su educación le ayudaría en ello, pues poseía los antecedentes necesarios para realizar aquella tarea. ¡Espaciales!, volvieron a decir las expresiones, esta vez con aprobación. La educación espacial en robótica y ordenadores, en general, era notablemente la mejor.

La tarea exigía el uso de un ordenador y Derec reveló la existencia de R. David con cierto temor, durante la conferencia.

—Claro está —aprobó el doctor Powell—, un espacial debía de tener un robot en su apartamento.

Parecieron darlo por sentado, e incluso divertirles un poco.

—Los escoceses duermen con sus gaitas —murmuró alguien, al fondo de la sala; una referencia que pareció tan divertida que Derec levantó la vista, si bien la olvidó. No pensó en ella hasta unas semanas después... cuando ya era tarde para preguntar su significado.

Luego, una vez instruido en la técnica, no muy sencilla, aunque tampoco muy difícil de aprender, de codificar los recuerdos como sinapsis, Derec se pasó día y noche dictando los recuerdos de su vida con Ariel.

—Cada vez que ella recuerde algo, jugando con el rastro de memoria, existe una buena oportunidad de que descubra la verdadera memoria del suceso, o de parte del mismo —le dijo la especialista a Derec—. Ese recuerdo revivido quedará retenido y fortalecerá el rastro de memoria conducente al mismo, y a los campos circundantes.

Todo esto fue bien estudiado por Lahey durante los últimos diez años.

Era una mujer de nariz ganchuda, bastante fea, pequeña y de tez oscura. Las variedades de la humanidad, que en la Tierra llamaban razas, continuaban estando mucho más diferenciadas que en los mundos espaciales. Darla, que tal era su nombre, conocía su oficio. Parecía tener cientos de años, si bien Derec supuso que tendría sesenta o setenta.

—Eventualmente, la personalidad recuperada no se distinguirá de la personalidad original de la paciente, tanto para la propia paciente como para sus seres queridos. Claro que esto depende de la exactitud de los recuerdos, de la calidad de la codificación y de la complejidad de dichos recuerdos.

La exactitud de la codificación, Derec podía conseguirla con meticulosidad y una dura labor. En cambio, poseía un conocimiento escaso sobre la totalidad de los recuerdos. «*Supongo*» pensó, consolándose, «*que las últimas semanas de su vida deben ser muy importantes*», y esas sí las conocía bien.

¿Y la exactitud de los recuerdos? ¿Cómo podía saber lo que era importante para ella y lo que no lo era? Sus cambios de humor siempre habían sido un misterio para él. Bien, haría cuanto pudiera sin preocuparse demasiado.

Derec empezó a visitar el hospital cada dos días y a veces cada tres. Tanto si iba como si no, se detenía en la cabina de los comunicadores por las mañanas y por las tardes, al ir o al volver del comedor, para llamar y preguntar por la muchacha. La respuesta, usualmente, era que iba mejor, aunque no estaba en condiciones de hablar.

Derec lo sabía. Su labor de codificar los recuerdos era muy larga. Trabajaba en ello constantemente. A no ser por la necesidad de comunicar con el hospital, tal vez ni se hubiese acercado al comedor, hasta el punto de que R. David se hubiese visto obligado a entrar en acción para que no se muriera de hambre.

Tenía un ligero consuelo. Sus recuerdos también debían estar encerrados en los repliegues de su cerebro, sin haber sido dañados por la enfermedad. Si al menos supiese de alguien que le conociera tan bien como le conocía Ariel antes de perder la memoria, alguien a quien fuese fácil convencer para que viniese a la Tierra a dictar sus recuerdos... No era probable, conociendo a los espaciales. Pero existía una leve esperanza de que él pudiera recobrar la memoria... de poder recuperarse por completo.

Las noches se hacían interminables. Tenía pesadillas en las que Ariel no respondía al tratamiento y estaba tan en blanco como estuvo él al despertar. Era terriblemente importante que la joven no perdiese el recuerdo de él... y, en el sueño, esto siempre era por su propia culpa. Su codificación fallaba, o ella era arrastrada por las fugaces inundaciones a través de los desagües de Robot City.

¡Robot City! También el planeta perturbaba sus sueños, y éstos eran más oscuros y más amedrentadores que las pesadillas acerca de Ariel. Éstas las comprendía, pues

surgían de una ansiedad natural.

Pero los sueños sobre Robot City eran muy diferentes... ni siquiera parecían sueños. Eran como pesadillas reales. Por las mañanas, a Derec le temblaban las manos, y esperaba que los médicos no le formularan nunca serias preguntas. Pues entonces pensarían que estaba loco.

Soñaba que Robot City estaba dentro de él. Soñaba que se elevaban relucientes edificios en los lóbulos de su hígado, o que grandes paredes de color rojo oscuro se amontonaban una sobre otra en sus costillas, o dentro de sus pulmones, y que los edificios se expandían y contraían a medida que respiraba. Luego, los sueños se tornaban mucho más claros, y sabía, en su loco sueño, que Robot City estaba en su corriente sanguínea.

Edificios enclaustrados, como ciudades espaciales sobre rocas solitarias, pensaba. ¡Sí! Pero burlarse no le servía para olvidar los sentimientos de indefensión, de temor, el sentimiento de ser invadido y utilizado.

«Supongo que el origen de estos sueños», pensaba, tratando de animarse, «es que he sido movido y manipulado desde el principio».

La próxima vez que entró en el Salón de los Amigos, la enfermera Korolenko lo condujo hasta donde se encontraban la doctora Li y un joven atlético, muy serio, con la mirada de un águila en sus pupilas.

—¿Sí? —preguntó Derec al desconocido.

—Éste es el agente especial Donovan —le presentó la doctora Li, arrugando la frente ligeramente—. Del Departamento de Investigación Terrestre.

¡Preguntas!

Donovan siguió a Derec y a la doctora Li a una sala de conferencias más privada, donde la doctora les dejó solos.

El agente especial examinó atentamente a Derec, aunque no con hostilidad. Derec trató de serenarse. Por encima de todo, no debía mencionar Robot City. Tampoco debía hablar de Aránimas ni de Wolruf. De lo contrario, le considerarían loco.

Cualquier fallo en sus respuestas conduciría a un interrogatorio interminable, preguntas sobre los mundos espaciales, sobre el doctor Avery, al descubrimiento de Wolruf en órbita alrededor de Kappa Whale, tal vez al descubrimiento de todo lo que estaba haciendo y planeando el doctor Avery... todo lo cual no era malo, pero sí llevaría tiempo. Lo peor de todo sería que la investigación acabara por revelar la existencia de Robot City... y esto debía ser impedido a toda costa. Derec y Ariel tenían que volver allí.

—Debo advertirle que esta conversación está siendo grabada, y que todo lo que diga puede ser utilizado contra usted. Claro que usted tiene el derecho a permanecer callado, si cree que sus respuestas pueden incriminarle. Por otra parte, todavía no tenemos pruebas positivas de que se haya cometido un delito. Se ha llamado al Departamento, principalmente, por ser usted un supuesto espacial... es decir por razones diplomáticas.

Derec asintió, con un nudo en la garganta.

—¿Quién es usted? —inquirió bruscamente el agente.

—Derec.

—¿Y su apellido?

Derec debatió consigo mismo, se decidió en contra y replicó:

—Prefiero callar.

—Está en su derecho. ¿Desea un testigo de que no le coacciono?

—No, insisto en... ¡hum!

Derec no recordaba la fórmula legal espacial, bastante parecida a la de la Tierra. De todos modos, en la Tierra se preservaban con más fanatismo los derechos del individuo que en los mundos espaciales.

—Pero me gustaría conservar el derecho a llamar más tarde a un testigo.

—Tiene derecho a un testigo cuando quiera —asintió el agente—. Por tanto, supongo que no desea callar a todas las preguntas. Por consiguiente, le pregunto ¿ha sufrido alguna vez la fiebre de Burundi, popularmente conocida como peste amnemónica?

—No me acuerdo —Derec le sonrió débilmente al agente, y recibió otra sonrisa a

cambio.

—¿Se acuerda de su última visita al Hospital Towner Lany Memorial, hace dos días, y de la muestra de sangre que le tomaron entonces?

Derec se acordaba de la visita, pero no de la muestra de sangre. Incluso cuando Donovan señaló la punzada colorada en la parte interior del codo izquierdo, Derec siguió sin acordarse de la muestra de sangre.

—¿Afirma —preguntó Donovan, preocupado— que le tomaron una muestra de sangre sin su conocimiento, y acusa a alguien de haberle administrado un anestésico en contra de su voluntad?

—¿Es esto un crimen, en la Tierra? No... no hago tal afirmación. Simplemente, no me acuerdo. Probablemente, estaba como en una nebulosa. Suele sucederme esto en la actualidad.

El agente le miró asombrado.

—¿No es un crimen, en los mundos espaciales, ser anestesiado sin el consentimiento propio?

—Tal vez, si bien lo dudo. Como también dudo de que esto ocurra tan a menudo que haya sido preciso dictar una ley en contra. Normalmente, los robots lo impedirían.

—¡Hummm! —gruñó el agente del DIT, reflexionando seguramente que una población saturada de robots podía tener sus ventajas—. De todos modos, le informo de que le tomaron una muestra de sangre en aquella ocasión, y de que ha sido examinada cuidadosamente. La conclusión de los médicos de aquí, de la clínica Mayo y de Bethesda, es que, aunque usted tiene anticuerpos contra la fiebre de Burundi, nunca padeció la enfermedad en su forma grave.

Derec le miró fijamente.

—Sin embargo —continuó Donovan—, algo que usted le dijo a la víctima de esa peste espacial, y que ella le respondió, indica que usted perdió la memoria de la manera característica de esa enfermedad. ¿Puede aclarar esto, o prefiere callar?

«*Los robots*», pensó Derec. Como que para un espacial eran como muebles, Derec no les había prestado atención. Usualmente, la discreción de un robot era proverbial; tanto que normalmente sus testimonios Jamás eran escuchados en los tribunales espaciales. Pero a estos robots les habían ordenado grabar y reproducir todo lo dicho por Ariel. Derec no recordaba lo hablado entre él y ella, pero sí la conversación que había tenido lugar hacía más de una semana terrestre. ¿Habrían mencionado Robot City?

—¿Por qué lo pregunta? —Derec quería ganar tiempo.

—¿Sufre usted de amnesia? —contrainterrogó el agente.

Derec debía callar. Lo consideró, pensando que tal vez ya era tarde, y buscó un rodeo para su respuesta.

—¿Por qué lo pregunta? Seguro que no es ningún crimen sufrir de amnesia. Jamás habría supuesto que llamasen a un agente terrestre porque un espacial la padeciese. La condición no es contagiosa.

—No obstante, existen leyes contra ciertas enfermedades —objetó Donovan, automáticamente, si bien descartó el tema al instante—. Política pública. No, la pregunta es más grave. En su esencia, nos alarman dos cosas acerca de usted una es que no recuerda su pasado; la otra es que usted no está en la Tierra.

Derec le miró boquiabierto, casi a punto de preguntar dónde estaba St. Louis.

—Quiero decir, oficialmente —añadió el agente, frunciendo el ceño, irritado—. Hemos efectuado una comprobación exhaustiva, y no hemos hallado el menor signo de que estuviese usted aquí hace un par de semanas, comiendo en el sector de comedores y viviendo como la cosa más natural del mundo. Nos llamaron la atención sobre esto los contables y los operadores del ordenador del hospital, que no pudieron averiguar cómo habían desaparecido de dicho ordenador los archivos de su compañera.

El agente Donovan volvió a escrutarle.

—Normalmente, yo no le revelaría todas estas cosas, pero en Washington están muy alarmados. Se considera que ustedes no son los que han realizado la manipulación, pudiendo, en efecto, no estar enterados de la misma. ¿Quién les envió a la Tierra, y por qué?

El cerebro de Derec daba vueltas como un trompo, pero consiguió contestar.

—Supongo que se imaginan que los que nos enviaron han manipulado el ordenador. ¿Cómo pudieron realizarlo?

—De muchas maneras —replicó Donovan, encogiéndose de hombros, con enojo—. Se habla de programaciones falseadas que son introducidas en los ordenadores. De manera más realista, también se habla de programas que desaparecen, que se borran automáticamente al cabo de cierto tiempo, o sea, que contienen instrucciones para que el ordenador mismo los borre.

Derec asintió, mientras un recuerdo acudía a su memoria. Había oído hablar de tales programas como juguetes, pero un buen ordenador podía y solía detectarlos. Y una red de ordenadores, si uno estaba obteniendo comida o alojamiento con la tarjeta de racionamiento, esta participación debía ser comprobada a través de tantos ordenadores que, aunque el primero perdiese el programa, la transacción quedaría fija en la memoria de algún otro. Su manipulación en el ordenador del hospital había sido muy simple, pues habían hallado el rastro en la contabilidad muy pronto, y no había dejado el menor rastro.

Pero estaba claro que no existía ningún registro de su llegada en ningún ordenador de la Tierra. Sólo en un cerebro positrónico terrestre.

—Puede usted ser acusado de violar el Acta de Inmigración —le citó Donovan—.

No podemos hacer que prevalezca esa acusación sin pruebas de que usted, con pleno conocimiento de causa y deliberadamente, invadió el planeta sin las formalidades legales. Pero podríamos tenerle pendiente de una investigación.

—En todo caso, no sería muy malo. La Tierra ya es una cárcel inmensa.

—Todos los planetas lo son —asintió el agente del DIT.

Derec intentó imaginarse cuántos ordenadores en cuántos departamentos y ramas de gobierno habría que confundir, para introducir dentro un espía. Sí, no era raro que estuviesen alarmados. Resultaba muy fácil creer que una nave había traído a alguien ilegalmente, a pesar del radar orbital y otros aparatos de detección.

Estaban reaccionando exageradamente, pensando que lo de la nave era más sencillo que enviar espías disfrazados como estudiantes de sociología. Salvo que los espaciales jamás enviaban a nadie a la Tierra, y ahora había dos.

—¿Cuántos son ustedes aquí, en la Tierra? —interrogó Donovan, como por casualidad.

Derec se dio cuenta de que realmente no lo sabía. Había supuesto que el doctor Avery actuaba solo, pero tal suposición podía no ser cierta. Además, el doctor Avery trabajaba mediante robots, y en la Tierra podía haber algunos.

—No lo sé —respondió, con sinceridad—. Nos dijeron muy poco. Tengo motivos para pensar que sólo estamos nosotros dos. Es difícil —añadió, encogiéndose de hombros— hallar voluntarios para efectuar estudios sociológicos en la Tierra. En primer lugar, pocos espaciales se interesan por esos asuntos, pues prefieren estudiar robótica.

Donovan asintió, inclinándose ligeramente hacia Derec, en absoluto relajado. Había tanta energía y competencia en aquella postura que Derec comprendió repentinamente que, si tenía que atacar a aquel terrícola, éste le sujetaría con la misma facilidad que un robot. Y tal vez con menos gentileza. La idea de callar la ubicación de R. David y el apartamento, le pareció una tontería. Este hombre representaba a una organización detectivesca que abarcaba todo el planeta.

—Casi todos sus agentes son robots —añadió Derec, y esto obtuvo una respuesta instantánea, borrada al momento.

«*Una bonita pista falsa que seguir*», pensó el joven.

—¿Alguna idea de quiénes son? —volvió a preguntar, casualmente, el agente del DIT.

«*Muy poca*».

—Sólo sé que se trata de una investigación sociológica. Se habló de las Leyes de la Humánica, de expresiones matemáticas que describen cómo se relacionan entre sí los seres humanos... En distintos mundos espaciales, tan separados como Aurora y Solaria, se han llevado a cabo estudios sociales.

Derec estaba hablando de las teorías de ciertos robots de Robot City.

—Supongo —terminó, con un encogimiento de hombros— que han descubierto que la Tierra es un buen caso de estudio, por tener la mayor densidad de población y la historia cultural más antigua.

—Es raro que los espaciales borrarán sus memorias sólo para un estudio cultural —observó Donovan—. ¿Qué les ordenaron mirar?

Derec pensaba de prisa, tratando de conservar el rostro lo más inexpresivo posible. Sabía que estaba sudando. «*Mantente cerca de la verdad*».

—El estudio no es tan importante como los datos incontaminados. De llegar abiertamente, habríamos quedado bajo la vigilancia de su departamento. Lo cual es comprensible, pues los espaciales no es frecuente localizarlos en la Tierra.

—Especialmente, no en las ciudades —corroboró Donovan.

—Saber que se nos vigilaba, que se nos seguía, que se nos protegía, incluso, hubiese afectado a nuestras observaciones. Pondría una muralla emocional entre nosotros y los terrícolas... ¿o debo decir terrestres? Sería como una red de seguridad. Nos impediría vivir como terrí... terrestres.

—¿Y esto es lo que les enviaron a realizar?

El agente del DIT se mostraba escéptico, pero no de mente obtusa.

—Sí. No nos ordenaron mirar nada específico, lo cual habría falseado nuestros datos. Nos dijeron simplemente que viniésemos a St. Louis, que nos instaláramos aquí, que pasáramos algún tiempo, y que grabáramos nuestras impresiones.

Tan pronto como pronunció las cuatro últimas palabras comprendió que acababa de cometer un error.

Después pensó una explicación. Pero todavía sudaba cuando el agente volvió a hablar.

—Esto no explica por qué les quitaron la memoria.

—¡Oh!, para impedir que contásemos algo respecto a la técnica mediante la cual fueron borrados de sus ordenadores nuestros documentos de identidad. Deseaban que desapareciésemos por completo para impedir toda contaminación.

Donovan asintió tolerante. Derec ignoraba cuántos de sus embustes se había tragado.

—Entiendo. Bien, ustedes no han violado ninguna ley, que sepamos, salvo una transgresión accesoria del Acta de Inmigración, y quizás, el fraude en el ordenador. Esto último no podemos demostrarlo, porque no poseemos ningún registro que aportar. Hemos hallado platino e iridio, que suponemos debió dejar caer su organización para sufragar los gastos de su estancia aquí. También hay hafnio, cuyo origen no hemos podido trazar. Ustedes, o ellos, han pagado mucho más de lo consumido, por lo que no hay cargos al respecto.

Donovan le contempló con severidad.

—Comprenda que hay una gran cantidad de rostros coléricos en el DIT, y otros

más en Washington. Yo no soy más que el agente de la oficina local, pero también estoy acalorado. Ni a ellos ni a nosotros nos gusta que se trate a nuestros ordenadores con tanta libertad, gato. Pero nadie quiere líos, y, ciertamente, no queremos verles a ustedes linchados. Lamento lo de su esposa. Y espero que mejore. Sugerimos que se larguen de aquí lo antes posible.

Derec asintió, atragantándose, contento de que el agente no le hubiese pedido ver las «impresiones» que habían estado supuestamente grabando. Claro que podía alegar que Ariel se había sentido enferma tan rápidamente que no habían tenido tiempo... lo cual era cierto. Largarse, en cuanto Ariel mejorase, era una idea excelente, y no a causa del disgusto que le causaba la severidad impresa en el semblante del agente Donovan.

Después, todo fue de mal en peor. Durante cinco días sucesivos, se negaron a que Derec visitase a Ariel. Luego pudo verla, pero sólo en imagen tridimensional, pues no le permitieron entrar en la sala. Durante ese tiempo, la joven superó la crisis de la enfermedad, y empezaron a implantarle los primeros recuerdos. Para eso la ponían en un estado de hipnosis casi constante y, cuando salía del mismo, dormía o estaba a punto de dormir.

—Un estado de aparente sonambulismo —declaró el doctor Powell—. Aunque no puede andar. Está demasiado débil.

Derec seguía ocupado con la grabación y la codificación, comiendo poco y durmiendo menos. Los sueños sobre Robot City le acosaban, despierto y dormido. No podía dejar de reflexionar, mientras trabajaba, en cuestiones tan sin sentido como ¿saldría el doctor Avery de Robot City antes de que se encogiera, o era un pequeño demente nadando en este momento dentro de su corriente sanguínea? ¿Y el Equipo Médico para Humanos? ¿Aprovechaban la oportunidad para estudiar la anatomía y la bioquímica humanas?

Los terrícolas con los que se cruzaba en los corredores y las cintas rodantes tendían a esquivarlo. Derec tenía un aspecto enfermizo y desesperado cuando se miraba alguna vez al espejo. Sin embargo, no le esquivaban todos los terrícolas. Una vez, un hombre le miró directamente en el Personal, y Derec estaba tan poco acostumbrado a las costumbres de la Tierra, que se quedó estupefacto. Por un momento, pensó que era Donovan. Pero no era el agente especial, sino un individuo semejante al agente, un hombre con un cuerpo atlético, flexible, con aire de competencia y mirada del águila en sus pupilas.

Otro hombre parecido se sentó frente a él una mañana, durante el desayuno, y, ocasionalmente, empezó a darse cuenta de otros agentes del DIT a su alrededor. Nada tan llamativo como esconderse por las esquinas o atisbar desde los portales. Los agentes, simplemente, le vigilaban.

Decidió no inquietarse por ello. Los terrícolas tenían sus propios motivos para no crear escenas embarazosas y, en tanto él no les diese pruebas de estar espiando, dudaba que actuaran en contra suya. Con toda probabilidad, estaban allí para su protección. Derec sonrió débilmente, siendo éste su único signo de humor en aquellos días estaban contaminando sus observaciones.

—Ya se lo dije —le espetó Donovan.

Ser vigilado por el DIT no le molestaba. Estaba acostumbrado a ser vigilado por robots-nodrizas.

Sin embargo, pensaba mucho en lo que le había dicho Donovan nunca había padecido la peste, si bien tenía anticuerpos contra las neurotoxinas en su sangre. Había perdido la memoria sin la enfermedad. Había recibido unas dosis de anticuerpos sin haber sufrido la peste.

Bueno, su llegada a aquel asteroide helado sin memoria, mientras los robots buscaban la Llave de Perihelion, nunca le había parecido una coincidencia ni un accidente.

Creía, y lo había creído siempre, que era una pieza de una partida, movida sobre el tablero por los motivos de otro individuo. Un individuo loco.

Y el único individuo que él conocía con locura y genio era el doctor Avery. Tenían que regresar a Robot City.

Una mañana, durante este período, levantó la vista de la mesa J-9, y vio a la Korolenko junto a él. Llevaba la bata del hospital, con otra ropa no la habría reconocido.

—Cómase su tocino —le indicó ella, cuando el reconocimiento se retrató en la expresión del joven.

Esta idea le puso malo. El tocino, con fermento o no, era grasiento, le mareaba. Su opinión del tocino se asomó a su rostro.

—Entonces, cómase los huevos. Y la tostada —la voz de la Korolenko era dura—. Oiga, señor Avery, no ayudará a su esposa dejándose morir de hambre.

Derec hubiese querido replicar que era la tensión y no el hambre, pero comprendió que había cierta verdad en lo dicho por la enfermera. Estaba viviendo a base de zumos frutales y cafeína. Logró tragarse la tostada y parte de los huevos revueltos con grandes cantidades de té dulzón y caliente.

—Así está mejor. Nos veremos mañana en el hospital.

Aquella noche, Derec tuvo uno de sus peores sueños acerca de Robot City y, al día siguiente, se sentó mirando a la nada y reflexionando sobre ello.

No era una tontería lo que pensaba sobre el doctor Avery, ni lo del Equipo Médico para Humanos. Sabía muy bien que Robot City estaba en su propia mente, incluso durante el sueño. Lo que soñaba era una versión en miniatura de lo que le habían inyectado en la sangre, donde había empezado a crecer y a reproducirse. Y aquí el

sueño se convertía en una tontería la ciudad en miniatura era como hierro en las células rojas de su sangre. Pero no había nada absurdo en la impresión que le dejó.

Pensando en ello, era posible creer que Robot City era como una especie de infección del planeta donde estaba instalado. También se había desarrollado a partir de un solo punto de contagio, como un organismo vivo que crecía y se reproducía.

Robot City en su interior. Podía sentirlo. Y la sensación era tan fuerte que se olvidó de comer y de ir al hospital. Hasta Ariel había casi desaparecido de su mente.

Amnésica

Ariel despertó lentamente, estiró sus cansados miembros, y miró a su alrededor. El hospital. Parecía alargarse en un pasado remoto. Apenas recordaba un momento en que no hubiese estado allí. El mundo exterior era un recuerdo muy vago en su mente. Recordaba una ciudad. No, una ciudad, una ciudad de la Tierra, una colmena zumbadora de humanos, de gente, de gente... Más allá se abría el espacio, y las estrellas, y los mundos espaciales.

Robot City estaba allí, y Derec y el Equipo Médico para Humanos, y Wolruf y Mandelbrot, que antes se llamara Alfa. Aránimas también estaba por allí. Y aún más allá... Aurora. No podía acordarse. Todo el mundo conocía Aurora. El Planeta del Amanecer, el primero colonizado desde la Tierra, un planeta de paz, contento y civilizado, muy rico, y el más poderoso de los mundos espaciales.

El mundo al que ella llamaba su hogar, del que se había exiliado para ir a morir a solas.

Pero los recuerdos no acudían.

No se acordaba de su hogar, de su mundo natal. No podía recordar a sus padres, su escuela, su primer robot.

Claro que no. Había padecido la peste amnemónica, la fiebre de Burundi, como la llamaban en los mundos espaciales. Había perdido la memoria.

Pero estaba viva. Ariel empezó a llorar.

A su lado se hallaba un robot, un robot de la Tierra con una cara alentadora.

—¿Se encuentra bien, señora Avery? Nos han ordenado reducir las dosis de las drogas para dejar que se recupere, pero, si su malestar es demasiado intenso, podemos administrarle tranquilizantes.

Con un gran esfuerzo, Ariel se calmó.

—Gracias —murmuró—, pero estoy muy bien. Sólo lloraba al pensar que estoy viva. No lo esperaba.

Roto el encanto, el acceso de llanto se acabó. Tenía hambre. Lo dijo y prometieron darle pronto de comer, lo cual cumplieron al punto. Más tarde, sintiéndose cansada, muy cansada, tremendamente cansada, de tanto estar tendida en aquella cama de hospital, por muy muelle que fuese, empezó a adormilarse.

Cuando despertó, volvió a tener conciencia de quién era y de haber padecido la peste amnemónica. ¡Y había sobrevivido! Le dijeron que recuperaría gradualmente los recuerdos, basados en las memorias implantadas en su cerebro. Ella no les creyó, pero tampoco le importaba. ¡Estaba viva!

Después de comer, le anunciaron:

—Su esposo está aquí.

¡Esposo! Por un momento, se quedó totalmente en blanco.

—¿Mi... qué?

Hicieron entrar a un muchacho delgado, de ojos enrojecidos.

—Su esposo... Derec Avery —anunció el robot.

Al cabo de un momento, ella le reconoció.

—¡Su nombre no es Derec! —exclamó y, al observar la angustiada expresión del joven, calló.

No, David había muerto, había muerto envenenado con monóxido de carbono en Robot City. No... había desaparecido... ella ignoraba lo sucedido... sus recuerdos se habían desvanecido... ¡Derec!

—¿Esposo? —inquirió, vacilante, al cabo de un instante, medio sabiendo que no era verdad, medio temiendo que no lo fuese.

—Pues claro —sonrió el joven.

Estaba muy delgado, y su sonrisa era como una mueca en sus demacradas mejillas. El corazón le saltó dolorosamente en el pecho, y Ariel sintió lágrimas en sus ojos.

—Algunas cosas se recuerdan antes que otras —dijo Derec, guiñando un ojo—, según me han dicho. ¡Y no ha sido un gran cumplido para mí que nuestra boda no haya sido lo primero que recordaras!

Ariel sonrió y pensó «¡Avery!». No recordaba por qué tenía ese nombre, entre tantos en su mente, pero sabía que el joven no se llamaba así. No dudaba de que existía una explicación lógica que, a su debido tiempo, recordaría. Sí se acordaba de su huida de Robot City, de haber utilizado la Llave, de haber abandonado a Wolruf y Mandelbrot, y de su llegada a la Tierra, en un apartamento muy poco lujoso.

—Ahora me acuerdo —mintió, sonriendo débilmente—, pero parece todo tan lejano... como un sueño recordado. Espero que no te burles de mí hasta que tenga tiempo de memorizar más cosas.

—Claro que no —afirmó él y, tan pronto como terminó la frase, intervino un robot.

—Los doctores han ordenado que no intentes forzar su memoria. Sería mejor, señor Avery, que nunca la interrogases respecto a tu pasado o al suyo.

—Sí, ya me lo han advertido. Gracias —le respondió Derec con real cortesía espacial. En el hospital, todos, médicos y enfermeras, le llamaban «muchacho».

—Bueno, ¿cuándo podré salir de aquí... y al exterior? —se interesó Ariel, sintiendo en su cuerpo el sofocante terror de la claustrofobia.

Intentaba luchar contra ella. Pero había sido su compañera constante desde su ingreso en el hospital y, durante toda la enfermedad, había batallado para librarse de la misma. A no ser por los tranquilizantes, se habría vuelto loca mientras perdía la

memoria en aquel centro hospitalario.

—Todavía estás débil, físicamente, y los médicos tampoco tienen seguridad acerca de tu memoria. Desean tenerte aquí otro par de días. Después... no lo sé. ¿Lo sabes tú, R. Jennie?

—La señora Avery deberá quedarse varios días para una terapia física, antes de poder dejar el hospital bien curada, señor Avery —contestó el robot—. En cuanto a su memoria y a su cerebro en general, no me han informado.

—¡Si no salgo pronto de aquí, me volveré loca! —gritó ella con una vehemencia tan grande que la sobresaltó.

Sentía el impulso de resistir a lo que su acondicionamiento le decía que era un paso hacia la locura, pero ya no podía soportar más las cavernas de cemento, las multitudes de... de trogloditas.

—Quiero volver a ver el sol, respirar aire y... y palpar la hierba, y...

De repente, se echó a llorar porque, en medio de esa lista de vistas que no había vislumbrado desde que empezaron sus recuerdos, había habido una súbita visión la imagen de un jardín en algún lugar, con una luz brillante, y flores y calor, un calor adormecedor, con abejas zumbando y el aroma de naranjos en flor. Y alguien a quien amaba se hallaba justo fuera de visión.

Ariel dio media vuelta y lloró apasionadamente durante unos minutos, con la cara contra la almohada. Sintió una mano en el hombro, no la mano de un robot, y se sintió agradecida, pero estaba demasiado agotada para volverse.

Una calma flotante, distanciada, ahuyentó gradualmente sus lágrimas, dejándola fatigada, pero más calmada. Tranquilizantes. Los robots jamás la dejaban llorar más de unos minutos. Esto, normalmente se lo permitían; de lo contrario, se habría vuelto loca, por la incapacidad de expresar sus emociones.

Cuando se volvió, Korolenko estaba en la habitación, conversando con Derec, con el ceño fruncido. Tenía que recordar que debía llamarle siempre Derec. Era el nombre con el que le conocían los terrícolas. Pero había otro motivo, que no acertaba a recordar, por el que no debía darle su verdadero nombre. ¿O acaso conocía ese nombre verdadero? Si había olvidado tanto, ¿podía confiar en su memoria?

«¡Avery!», pensó, remotamente asombrada. La droga tornaba remotas todas sus emociones.

Se preguntó vagamente dónde estaría el doctor Avery. Suponía que aún en Robot City. Por un momento, sintió una complacencia llena de ironía ante la idea de haber estado utilizando su apartamento y sus fondos en la Tierra. Después, comprendió que era una antigua manera de divertirse, pues esta idea ya se le había ocurrido antes, y recordó haberse divertido con ella en otra ocasión.

—La memoria es como un trago —le confió al robot, que no podía entenderla.

Ariel se sentía como un poco bebida. La enfermera y un robot se apartaron,

hablando los dos a la vez y, cuando Ariel levantó la vista, vio asombrada... a Derec.

—¿Por qué... está... tan delgado? —inquirió con brusquedad.

—¿El señor Avery? Ha sufrido una fuerte tensión, señora Avery. Estuvo inquieto por ti, y no ha comido bastante.

—¿Ha sufrido...? ¿Sufre... —se le paró el corazón y volvió a latirle, penosamente—... la enfermedad amnésica?

—No, señora Avery. Sólo está bajo una gran tensión.

—Está enfermo.

—No, señora Avery.

—Está enfermo —repitió Ariel, observando atentamente a Derec, con los ojos agudos de quien ha estado recientemente a las puertas de la muerte—. Se está muriendo.

La enfermera Korolenko frunció el ceño, mirándola, y uno de los robots, R. Jennie, se acercó al cuadro de control de la cabecera de la cama, pero se limitó a comprobar las lecturas.

—Derec es un necio que ni ha comido ni ha dormido, y ha pasado todo el tiempo pensando por usted —exclamó la Korolenko, no enfadada con Ariel ni con Derec, sino con la estupidez de éste.

—En aquel apartamento no puede hacerse otra cosa más que contemplar el techo —gruñó Ariel, irritada por el comportamiento de la enfermera y en favor de Derec. ¿Por qué continuaba Derec mirándola con unos ojos como agujeros del espacio?—. Allí ni siquiera hay un tridimensional.

—Ustedes deseaban experimentar la vida de la Tierra tal como la viven los de aquí y, por lo visto, especialmente la vida de los pobres. Por lo tanto, tienen lo mismo que estos últimos —observó la enfermera Korolenko, encogiéndose de hombros.

¿Desear... experimentar...? Miró inquisitivamente a Derec el cual también se encogió de hombros, sonriendo tímidamente.

—Tal vez hayas olvidado que el Instituto borró temporalmente nuestras memorias antes de venir a la Tierra, para que no pudiésemos revelar nuestras técnicas —manifestó el joven.

Ariel sólo pudo contemplarle, asombrada.

—Cuando estés bien para viajar, nos marcharemos. Por supuesto, como hemos sido descubiertos, no tiene ya ningún objeto nuestro propósito de llevar a cabo el estudio sociológico. Y, de regreso en Aurora, nos reimplantarán nuestras memorias.

Ariel no sabía nada de todo eso. ¿El Instituto? ¿Qué Instituto? ¿Un estudio? ¿Sobre la Tierra? Y las memorias reimplantadas... Ariel se echó hacia atrás y, por un momento, pensó que las lágrimas fluirían otra vez de sus ojos.

—De manera que has perdido dos veces la memoria, pero esto es sólo temporal.

—Me gustaría saber como les hicieron esto —gruñó una voz de barítono. Al cabo

de un momento, Ariel identificó la voz del doctor Powell. La había oído a menudo, en las últimas semanas—. Lo sé, lo sé, ustedes no saben nada... sólo conocen la breve descripción de un lego, que no es descripción de nada...

Cuando Ariel abrió los ojos, todos estaban en torno a su cama, con R. Jennie en los controles.

—Bien, jovencita, su petición de ver el exterior es un poco... fuera de lo corriente.

Reprimió visiblemente un estremecimiento de disgusto ante tal idea, y Ariel, fascinada, comprendió que, para aquel hombre, el exterior le inspiraba más temor que la ciudad, con su claustrofobia, a ella.

—No podemos añadir su nombre a la lista de un grupo de Aclimatación Colonial, y las únicas personas que salen fuera, aparte de éstas, son los viejos Capataces de Agricultura, Minería y Pesca. Son tipos solitarios y agorafélicos, muy raros, y no les gustaría que se les añadiera nadie. Menos aún un espacial enfermo. Y no habría nadie que pudiera cuidarla.

—¿Robots...? —sugirió ella, mirando a R. Jennie.

El doctor frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Es difícil mover un robot a través de la ciudad sin que la gente lo destruya. Los robots están cada año más restringidos, y ahora, aquí, en Towner Laney, tenemos la mitad de cuando yo era interno. Esto sólo deja a su esposo y, sinceramente, dentro de un par de días, será usted quien le cuidará a él.

—Yo estoy bien —intervino Derec, con una pizca de irritación que, por un momento, le recordó a Ariel el compañero del hospital de la Estación Rockliffe (Ariel no recordaba el nombre, pero sí la Estación), y de Robot City—. ¿Cuál es la clave de la oficina local del DIT?

—¿Cómo? —el doctor Powell le miró fijamente—. ¿El número del comunicador? ¿Quieres llamar a los Terrestres?

Por el tono estaba claro que lo había adivinado, acalorándose ante tal idea.

—A fin de conseguir autorización para que circulen robots por las autopistas, y permiso para salir de la ciudad, aunque sea por breve tiempo.

—¡Hum! Médicamente...

—Médicamente le sentaría bien, doctor —intervino quedamente la enfermera.

—Cierto, maldita sea, pero necesitamos estar seguros de su condición mental... de las implantaciones...

—Admito que no podemos llevarla de un lado a otro —musitó la Korolenko.

—Ariel, ¿podrías aguardar... a mañana? —inquirió Derec.

—Mañana...

Estaba tan cansada por la inacción y las drogas, que seguramente dormiría hasta el día siguiente. Ariel lo habría soportado todo por estar un día al sol.

—¡Oh, sí!, sí.

Estaba bien, estaba...

Ariel tuvo un momento de vívido recuerdo ella, muy joven, prometiéndole a su madre que sería muy, pero que muy buena. ¿Fue cuando le regalaron su primer robot? ¿O por la Boopsie, la marioneta?

Cuando se desvaneció su primera reexperiencia vívida, levantó la vista y todos se apartaron de la cama. Sí, mañana todo iría bien.

—Nunca me vi a mí mismo como nodriza de un par de espaciales y un robot —gruñó Donovan.

El agente del DIT no había confiado en ningún otro de sus hombres para salir al exterior de la ciudad.

El hospital tenía una entrada y salida de emergencia para las ambulancias, y estaba en un empalme en las autopistas. R. Jennie llevaba a Ariel en brazos, puesto que la joven había preferido esto a ser transportada sobre ruedas, atada a una mesa rodante o en silla de ruedas.

El hospital había suministrado una ambulancia, pero el agente la miró con disgusto.

—Usaremos el coche del departamento —declaró—. Hay sitio para cuatro, con robot o sin él.

R. Jennie dejó gentilmente a Ariel en el asiento trasero y se instaló a su lado, mientras el coche crujía y se hundía bajo el peso, hasta que el sistema de suspensión analizó el desequilibrio y lo compensó. Derec y Donovan se acomodaron delante. El agente tomó los mandos y envió el auto silenciosamente rampa abajo, hacia un túnel medianamente iluminado.

Por un momento, Ariel luchó contra el deseo de gritar; la claustrofobia era peor en aquellos pasadizos tan estrechos. Pero se serenó, ayudada por la velocidad del vehículo. Las señales pasaban borrosas a medida que el agente le exigía al coche más potencia. Una vez, el techo se iluminó con una luz rojiza, y unas parpadeantes flechas amarillas a lo largo de los muros dieron unos oscuros avisos. Después, otro coche azul pasó en dirección contraria. Pero Donovan lo esquivó gracias a los avisos.

—Como los modelos en los que nos entrenamos —murmuró Derec, mirando hacia atrás.

Por un momento, Ariel no recordó nada, pero después memorizó los caminos sin techo y los monitores de emergencia, el control remoto en sus manos, y los estudiantes que reían a su alrededor. Pero aquello no era nada comparado con este vacío y mal iluminado subterráneo.

GLENDALÉ, KIRKWOOD, MANCHESTER, WINCHESTER, BALLWIN, ELLISVILLE... LOS

carteles pasaban veloces, tan deprisa como los habría llevado una vía exprés. Ariel ignoró todos los ramales laberínticos y los virajes que se torcían oscuramente a derecha e izquierda, perdiéndose de vista, y miró al frente, a fin de divisar lo más lejos posible en la semioscuridad.

El túnel era un rectángulo de escasa luz, con dos relucientes pistas arriba y un par de pistas brillantes a los lados, siendo estas últimas la serie de señales brillantes que se perdían en la distancia.

Al final, llegó un cambio en la forma del túnel. Estaba oscuro, en el límite de la visión, con una oscuridad subrayada por la luz. Después, la configuración de la luz cambió de forma, como una señal de advertencia. La oscuridad era una rampa ascendente.

Donovan desaceleró bruscamente, lo que hizo que R. Jennie se inclinase adelante, disponiéndose a manejar los mandos.

—No temas, muchacho —gruñó Donovan, sonriendo y sin mirar atrás. Ariel le veía de perfil—. He conducido durante miles de horas, más de prisa que ahora, sin ningún problema.

—El veintiuno coma tres por ciento de todos los traumas graves que ingresan en el hospital Towner Laney Memorial ocurren en las autopistas —replicó R. Jennie, imperturbable—. Menos del veinte por ciento en las cintas rodantes. Unos cuantos miles de humanos usan las autopistas; siete millones utilizan las cintas.

—Maldición, siempre he odiado a los robots sabelotodo —gruñó Donovan, tomando la rampa con innecesaria velocidad—. Jamás resistiría vivir en un mundo espacial. Un hombre ha de tener derecho a ir al infierno como quiera.

El coche aflojó la marcha ante una señal de paro en la barrera. Donovan hizo sonar una tonada en los mandos de su ordenador, y la barrera se alzó. Después de rebasarla, el coche zigzagueó por un camino complicado, que aparentemente eludía el tráfico pesado —a través de los muros se oían unos ruidos atronadores—, pero no había tráfico en su camino, y así llegaron a una gran portalada de la pared exterior.

Colas de varios kilómetros de longitud, formadas por grandes camiones cargados, algunos conducidos por robots, el resto por control remoto, hacían un terrible ruido, aunque los motores eran silenciosos a causa de sus enormes neumáticos que se hundían hacia la ciudad por debajo del coche de Donovan. Éste se hallaba ahora en una rampa elevada, una de la docena que salían de la ciudad por abajo y por arriba. Donovan detuvo el auto muy por detrás de aquella portalada destellante de luz.

—A partir de aquí, tenemos que andar —anunció con brusquedad—. El coche no puede ir más lejos. No hay señales más allá de la barrera.

Otra vez Robot City

—Telas enceradas —dijo R. Jennie—. Las usan para proteger la maquinaria del campo contra la lluvia y el rocío. En la vecindad de St. Louis no hay tiendas de campaña disponibles. Tal vez dentro de uno o dos días habrá una.

La lona plastificada servía igual que una tienda, tensada sobre un par de palos y atada a la rama de un árbol. Se necesitaba más como sombra que como refugio. La salida al campo no había sido sencilla, ni podían estar fuera más de un par de días.

¡Pero era un alivio tan grande!

Ariel sabía que Derec tenía la misma necesidad de escapar de la ciudad que ella. El cielo de la Tierra era ancho, azul, muy alto, y estaba adornado con algunas nubes blancuzcas, todo ello enmarcado por la abertura de la «tienda». El sol lucía en su punto justo. Las plantas mostraban el verde familiar de la vida terrestre en todas partes, y también estaban en su punto exacto. Excepto en los invernaderos, Ariel probablemente no había visto nunca plantas terrestres bajo la luz natural del sol en la que se desarrollaban. Ni siquiera era desagradable el calor.

—No necesitamos una tienda, si no hemos de quedarnos tanto tiempo —rezongó Donovan.

—Debemos volver a la ciudad lo antes posible —indicó R. Jennie—. La señora Avery todavía no está recuperada de la fiebre.

Ariel sí se sentía recuperada, a pesar de que la memoria le volvía lentamente. Pese a su indudable debilidad, Ariel pensaba que, luchando con Derec, habría conseguido dos caídas contra tres, ganando el combate. Pero el joven nada decía sobre su estado.

—Todo es tan... ordinario —comentó Ariel, contemplando la clase de aves, plantas y animalitos que había visto durante toda su vida.

Una ardilla es una ardilla, lo mismo que en Aurora, e incluso el rumor de los insectos invisibles era familiar. Los humanos habían llevado consigo, a las estrellas, sus familiares formas de vida simbiótica. Ariel había esperado que la Tierra fuese más exótica. La realidad era un alivio más que un desengaño.

—Debiste pasar por muy malos momentos —le dijo la joven a Derec, cuando R. Jennie salió a... la cocina.

Habían traído algo llamado una «plancha», y un horno dieléctrico. Derec veía cómo el robot preparaba los alimentos empaquetados, destinados a las personas de categoría suficientemente alta, que podían permitirse comer en sus apartamentos. Esto era un lujo para su propia categoría.

—¿Malos? Bien... —se encogió de hombros, no deseando hablar de ello—.

Gracias a R. David aprendí una cosa en el aeropuerto espacial de Nueva York hay una nave que pertenece al doctor Avery. Si pudiéramos ir hasta allí...

—¿De qué modo, si nuestra categoría no nos permite viajar tan lejos?

—Tendremos que pedirle que fabrique unos documentos de identidad con una categoría más alta.

R. Jennie pasó bajo la tienda con una bandeja que contenía café y zumos de fruta. Cuando la hubo dejado y se marchó, Ariel murmuró:

—Espero que no descubran el apartamento.

—Supongo que los Terrestres lo saben todo, pero no quieren crear problemas. Desean que nos larguemos antes de que nos ocurra algo. Hemos tenido mucha suerte.

—¿No podríamos pedirle ayuda a Donovan? —insinuó Ariel.

—Tal vez. Ya lo había pensado —contestó Derec, despacio—. Pero seguramente esto queda por encima de su nivel. Si la Tierra puede ignorarnos, no resultaría tan embarazoso ser descubiertos aquí, investigando, o espiondo, a la gente del planeta. Pero, si los Terrestres nos ayudan, no podrán negar que nos conocían.

—Entiendo —asintió Ariel, con gravedad—. Ayudarnos sería tanto como tolerar nuestra presencia —la política era igual en todas partes—. Bien, ¿qué podemos hacer? Si logramos documentos de identidad nuevos... ¿crees que los Terrestres lo descubrirán?

—No lo sé.

R. Jennie les entregó vasos con frutas y nata batida, y volvió a la cocina, una escena rústica en el marco de la tienda.

La fruta era excelente, pero rara compota servida en lo que Ariel tomó por conos de helado. Era como comer un helado caliente con fuerte sabor a fruta. Todo fermento, supuso.

—Si nos descubren y averiguan lo de los documentos, supongo que buscarán algo más. Lo que me preocupa es que esto les alarmaría. Sabrían que no lo hemos contado todo; se darían cuenta de que R. David, o alguien más, posee un equipo para falsificar tales documentos. Y tal vez registrarían el apartamento.

Ariel reflexionó un instante sobre estas palabras. Mientras no les arrestasen y les quitasen la Llave de Perihelion, lo demás no importaba.

—¡Oh!, la Llave está enfocada hacia el apartamento —dijo ella—. ¿No podríamos cambiar eso?

Recordaba muy bien la ocasión en que habían tenido que hacerlo.

—Lo haremos de todos modos. No podríamos explicar nuestra reaparición —meditó Derec—. Sospecharían demasiado.

—Zymotenera —anunció R. Jennie—. También hay un alón de pollo para cada uno. Sopa de gallina, hecha con gallina auténtica y fermento añadido. Pan, patatas verdaderas y salsa.

Una comida sencilla y casera. Ariel comió con buen apetito, aunque parecía habersele encogido el estómago. Las semanas de ayuno en el hospital habían alterado sus hábitos de comer. Derec, sin embargo, continuó comiendo mucho después de resultar obvio que estaba más que harto; pero seguía comiendo hasta el borde de las náuseas.

—Ya veo —murmuró Ariel cuando el robot se retiró—. O todo o nada. Bueno, si es así, no lloraré. ¡Si pudiéramos llegar a Nueva York...!

—No creas que no he pensado en esto. Incluso estuve tentado de ir andando, pero hay un par de miles de kilómetros, y nos moriríamos de hambre.

—Lástima. Derec, ¿por qué sigues comiendo cuando todos vemos que estás harto?

Él la miró gravemente, molesto, con los ojos hundidos y la cara delgada y arrugada.

—No he comido bastante, no he dormido bastante. Todo el mundo lo dice. Necesito recuperar fuerzas ahora que tú estás bien.

—¿Te has preocupado de veras mucho por mí? —quiso saber ella con el corazón palpitante.

Se sentía halagada y también abatida, como si fuese culpa suya.

—Bueno, no era esto exactamente —Derec dejó el tenedor, tomó un sorbo de café y pareció propenso a la náusea—. Estaba trastornado. No dormía bien. Siempre tenía el mismo sueño estúpido. Acerca de Robot City.

Ariel le miró fijamente.

—¿Un sueño estúpido hace que casi te conviertas en un fantasma?

—Sí —parecía asustado—. Ariel, hay algo raro en esto. He soñado que Robot City está dentro de mí. Hemos de volver allí.

¡Robot City!

La mente de Ariel empezó a inundarse con cientos de imágenes, sonidos, incluso olores, del gran planeta habitado por robots, donde las atareadas máquinas trabajaban como enjambres de abejas, construyendo y construyendo edificios para el bienestar final de los humanos. Era una ciudad terrestre sin techo, poblada por robots más que por humanos. Ellos habían quedado atrapados allí, primero por los robots, después por su inventor completamente loco, el doctor Avery.

—¿Volver allí? —repitió Ariel, tensamente—. ¡No volveré jamás!

—Es preciso —insistió Derec en tono bajo y determinado, aunque también indiferente. Era como si estuviese hablando no con ella, sino consigo mismo—. Yo me estoy muriendo... ¡Oh!, no sé lo que el doctor Avery hizo conmigo... pero...

¿Qué no le había hecho ya? Derec había perdido la memoria ya hacía tiempo, y sólo el doctor Avery podía ser el causante. Ariel lo supo tan pronto como comprendió que él no se acordaba de ella. Para el doctor Avery, los seres humanos eran menos

que los robots, eran conejillos de Indias.

¿Volver? ¿Para salvar la vida de Derec?

«¡Pero yo estoy curada!», deseaba gritar. «Puedo regresar a Aurora y decírselo ¡Mirad, los despreciados terrícolas me han curado, después de que vosotros me arrojasteis de vuestro lado! No tenéis por qué ver cómo vuestros hijos e hijas pierden la memoria y mueren... podéis curarlos, si lográis convencer a los terrícolas de que os expliquen de qué modo».

Ya no tenía necesidad de esta existencia sin rumbo, deambulando de un planeta a otro, buscando una cura, como una excusa para mantener la esperanza. Podía tener un hogar, un sitio en la sociedad, todo el bienestar de las asociaciones, todo lo que significa ser miembro de la sociedad humana. Incluso podían utilizar las Llaves, informar de la existencia de los alienígenas, de la misma Robot City... podían acusar al doctor Avery, entregar la Llave a las autoridades apropiadas, quitarse la carga de sus espaldas. Ariel suspiró.

—No me gusta el proyecto —murmuró.

Al fin y al cabo, ¿cuánto le debía a Derec? Desde luego una serie de disculpas, si no otra cosa. Siempre le había censurado demasiado, de forma equivocada.

—Espero que haya cartas estelares en la nave —fue lo único que dijo el joven. Luego, se llevó una mano a la frente—. Si logramos volver a Kappa Whale, llevaríamos ambas naves a Robot City. Esto nos concederá una nave sobrante. Y espero que el doctor Avery no lo habrá pensado.

Se frotó lentamente la cara y parpadeó como si le molestara la brillante luz del sol.

—¿Está oscureciendo? —inquirió.

—Todavía no —replicó Ariel—. El sol no tardará en ponerse, pero no empezará a anochecer hasta dentro de una hora.

—¡Oh!

—¿Qué clase de sueños has tenido? —preguntó ella, escépticamente, pensando que, si él no había comido ni dormido mucho, podía deberse a las tensiones.

—Como dije, sueño que Robot City se ha introducido en mi corriente sanguínea. No sé por qué eso me hiela la sangre, pero es así. Y no puedo librarme de ese sueño. Es una sensación que me atormenta.

Volvió a frotarse la cara angustiado.

Ariel no supo qué decir.

—Parece... parece un sueño natural.

—Estoy seguro de que no es un sueño —objetó él al instante, con aspecto enfermizo—. Algo sucede... —R. Jennie entró en la tienda, y Derec le preguntó, ansiosamente—. R. Jennie, ¿qué son los *chemfets*?

—No lo sé, señor Avery.

—Derec...

—Ojalá pudiera dormir. No tener sueños verdaderos le vuelve a uno loco.

—Derec, tu aspecto es terrible. —Ariel sintió como una punzada de miedo—. ¡Oh, Derec!

El joven parecía a punto de derrumbarse. Barboteando incoherentemente, echó atrás su silla de tijera y empezó a levantarse. De pronto, cayó.

R. Jennie acudió rápidamente y lo sostuvo mientras los brazos y piernas le flaqueaban.

—Padece una convulsión. No sé a qué se debe... —observó el robot—. Ayúdame a sujetarlo.

Ariel estaba demasiado débil para representar una buena ayuda, pero, al cabo de unos segundos, el ataque de Derec se fue calmando. Tras suspirar con fuerza, empezó a respirar de forma más normal, en vez de intentar inhalar grandes cantidades de aire. Se relajaron sus extremidades, y R. Jennie lo tendió sobre la hierba, que formaba como una alfombra mullida en el suelo de la tienda.

—Creo que está mucho mejor, pero éste no es un sueño natural —opinó el robot—. Por desgracia, no hay una comunidad en esta zona, ni yo poseo un comunicador subterráneo. Debo ir en busca de ayuda. Ariel, cuídale tú.

—¿Qué hago si... si le da otro ataque? —se apuró la muchacha.

—Sostenlo. No le metas una cuchara en la boca.

Y, tras esta extraña recomendación, el robot echó a correr hacia la ciudad. Ante el gran alivio de Ariel, Derec volvió en sí al cabo de unos veinte minutos.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella aún asustada.

—Muy bien —pero su voz sonaba débil. No parecía demasiado aliviado—. Chemfets —dijo.

—¿Qué?

—Robot City está dentro de mí, por decirlo de alguna manera —Derec se esforzó, con ayuda de la joven, por sentarse—. Tengo sed.

Ariel le sirvió al instante un poco de zumo, que él bebió cautelosamente, como si estuviera un poco mareado.

—Seguimos pensando en los robots en términos de cerebros positrónicos —explicó luego, como al azar—. Pero los ordenadores existían antes que los cerebros positrónicos, y todavía están en pleno uso. Al menos hay una docena de ordenadores de distintos tamaños en cada cerebro positrónico, mundos espaciales. Y, durante largo tiempo, se han efectuado intentos inconexos para reducir el tamaño de los ordenadores y darles algunas de las características de la vida.

—Derec... ¿te encuentras bien?

Él la miró gravemente, con el conocimiento atormentador en sus hundidos ojos.

—No. Estoy infestado por chemfets^[2]. Son circuitos de ordenador

autoduplicativos y microscópicos. Robot City está en mi sangre. Cuando he caído dormido hace unos minutos el monitor que el doctor Avery implantó en mi cerebro se ha puesto en comunicación con ellos.

—¿Qué... qué hacen? —preguntó Ariel.

Apenas lo entendía, tan extraño era. ¿Qué sería un chemfet? ¿Vivía realmente?

—Por el momento, crece y se multiplica. No creo que estén cerca de la... llamémosla madurez. El monitor... no creo tampoco que sirva, todavía. Es como si ellos aún no tuviesen nada que decirme.

—¿Pero pueden decirte algo más adelante? —se interesó ella.

—Eso supongo —Derec la miró, asustado—. No sé si habré sido programado con las Tres Leyes.

—Sí —gruñó Ariel—. Deben haber trastornado tu sistema orgánico. No me extraña que estés enfermo. ¿Y... esos sueños continuarán?

Derec meditó un instante y sacudió la cabeza.

—No lo creo. Pienso que era sólo el monitor intentando establecer el contacto. Una vez abierto el canal, no funcionará a menos que ellos tengan algo que comunicarme.

—¿Y si eres tú quien tiene algo que comunicarles? —preguntó Ariel, con un destello de cólera.

—Supongo que tendré que aprender a hacer funcionar el monitor —respondió él con cierta inseguridad.

—¡Pues diles que salgan de tu cuerpo porque te están matando! Primera Ley. Espero —añadió Ariel— que estén programados con las Tres Leyes.

Le miró asustada. El conocimiento de lo que le ocurría parecía haber devuelto a su cuerpo fuerza y propósito, una gota en la sutil presión que el monitor había dejado caer en él alivio, una buena comida. Ya era mucho saber cuál era el problema.

—Hemos de volver a Robot City —repitió con determinación—. Sé ahora que esta parte de mis sensaciones se debía a la presión ejercida por el monitor. Los chemfets quieren que regrese allí por algún motivo. Tenemos que enfrentarnos con el doctor Avery y obligarle a que invierta esta... infestación.

—Sí —asintió Ariel—, el doctor Avery ha jugado con nosotros, y especialmente contigo, desde hace ya mucho tiempo, demasiado.

Derec se incorporó y, a pesar de apoyarse en la mesa, visiblemente estaba mucho más fuerte.

—¿Pero, cómo saldremos de la Tierra?

—Tenemos que consultarlo con R. David. Si pudiéramos volver al apartamento sin demasiados problemas...

—¿Dónde está R. Jennie?

—Ha ido en busca de ayuda. Tuviste convulsiones.

—No me extraña que me duelan los músculos. ¿Fue a buscar a los médicos? No puedo permitir que me examinen.

—¡No podremos irnos...! —dijo Ariel, contristada—. Te hospitalizarán —miró directamente a Derec—. Tal vez podrían curarte.

—He llegado a respetar a los médicos de la Tierra —afirmó Derec—, pero éste es un asunto de robótica. Creo que es mejor volver a sus orígenes. Me gustaría saber la razón que tuvo el doctor Avery para obrar así. ¿Qué esperaba realizar?

Ariel sólo pudo sacudir tristemente la cabeza.

—Usarte como conejillo de Indias.

—Sí, pero esto demuestra que tuvo algún motivo para desarrollar los chemfets, aunque yo no le importe nada. Ellos sí deben importarle —mientras hablaba, Derec iba buscando en sus bolsillos—. Al menos —continuó, sacando la Llave de Perihelion—, con R. Jennie en la ciudad, podremos desvanecernos sin que nadie se extrañe.

—Pero se extrañarán luego.

—Sí —asintió Derec, presionando las esquinas de la Llave y asiendo la mano de Ariel—, pero no ante nosotros.

El gris de la nada de Perihelion les rodeaba.

—Presumirán alguna explicación referente al imaginario Instituto que nos envió a la Tierra —continuó Derec, mirando entre la neblina gris.

—Seguramente —concedió Ariel—. Con tal de que no nos descubran en la ciudad.

—O en cualquier otra ciudad.

El apartamento apareció ante ellos, y Derec se encogió, con la vuelta de la gravedad. Alarmada, Ariel le rodeó al instante con el brazo y, en aquel mismo momento, R. David estaba allí, asiendo a Derec por el otro lado.

—Señor Avery... ¿qué le ocurre?

Derec, obviamente, no tenía la respuesta preparada.

—Derec está enfermo —dijo Ariel por él, rápidamente—. Debe trasladarse a Aurora en busca de un tratamiento. La nave está en la ciudad de Nueva York, en el aeropuerto espacial. ¿Cómo podemos llegar allí lo antes posible?

—El medio de transporte más rápido de la Tierra es por el aire —respondió R. David.

El robot vaciló, acercándose para comprobar que Derec no se estaba muriendo todavía.

—Me pondré bien —afirmó Derec con voz débil, pero firme.

—¿Cuál es el medio más veloz de viaje que nuestra categoría nos permite utilizar? —quiso saber Ariel.

—Por el aire —repitió el robot.

—¿No está racionado?

—No —replicó el robot—. En la Tierra, las necesidades se racionan sobre una base de lujos. Los lujos que escasean, como el pescado y la carne, o apartamentos más grandes y mejor instalados, se racionan de acuerdo con la categoría social. Algunos lujos menos escasos, como los dulces y las tartas de cumpleaños, se obtienen en parte sobre una base de racionamiento y en parte sobre una base monetaria. Éstos son los llamados «lujos discrecionales», cosas menores que la gente no desea tanto. Finalmente, los lujos más abundantes y necesarios se distribuyen sólo sobre una base monetaria, y en esto se incluyen los viajes aéreos. El sistema aéreo está destinado a las emergencias. Como los habitantes de la Tierra odian viajar por el aire, el exceso está siempre disponible. Resulta caro, pero vuestras tarjetas de las cuentas bancarias están bien cargadas.

Ariel, junto a la ventana, buscó en su cartera de mano la tarjeta del dinero. ¿Era un recuerdo real, o había soñado que perdió el bolso en una vía exprés? Un sueño, o bien R. David ya había sustituido el documento de identidad.

—¿Puede ser observado por monitor la forma cómo empleamos el dinero?

—Esto es imposible. Las leyes terrestres que protegen la intimidad de todo individuo prohíben inmiscuirse o escrutar las transferencias monetarias, de manera que no existe esta posibilidad.

Como el dinero sólo podía utilizarse en «lujos menores», esto no era extraño.

—¿Cómo podemos llegar al aeropuerto?

R. David les dio una detallada descripción debían tomar la vía exprés hasta un lugar llamado Lambert Field. Una vez Derec hubo reposado unos minutos, salieron a la comunidad y pidieron reservas para el próximo vuelo a Nueva York. Al cabo de dos horas de temerosa espera, por si el DIT llamaba a la puerta, se aventuraron fuera por los corredores y las vías de la ciudad, que Ariel esperaba fervientemente ver por última vez.

Cada paso dado por aquellos corredores le recordaba sucesos ocurridos antes de sufrir la grave crisis de la fiebre amnemónica. Esta vez rodaron sólo hasta el empalme norte-sur, cambiaron de cinta y rodaron hacia el norte, una distancia mayor de la recorrida hacia el este en su anterior salida: BRENTWOOD, RICHMOND, HEIGHTS, CLAYTON, CIUDAD UNIVERSITARIA, VINITRA PARK, CHARLACK, las olvidadas divisiones políticas de una época más sencilla. ST. JOHN, COOL VALLEY, KINLOCH.

Y después, tras treinta minutos de ir de pie, temiendo Ariel a cada momento que Derec se derrumbase, divisaron un letrero: AEROPUERTO DE LAMBERT FIELD. SALIDA POR LA IZQUIERDA.

El aeropuerto era un lugar adormilado, considerando los siete millones de habitantes de St. Louis. No había más que una ventanilla para los billetes, el

empleado parecía abatido, y las pocas personas que había en la amplia sala de espera no hablaban ni reían. Finalmente, anunciaron su avión.

No sólo estaba cubierto el paso a las pistas, sino que también la pista de la que despegó el aparato estaba provista de techo. En el avión no había ventanillas, por lo que tenían que dormir o contemplar las noticias y los programas más o menos divertidos que se veían en las pantallas situadas delante de cada asiento. Los terrícolas programaban sus vuelos por la noche, y los otros cinco pasajeros, ¡sólo cinco, cuando Ariel se acordaba de los millones de individuos que atestaban las cintas rodantes!, eligieron dormir, al menos los que podían. Sin embargo, casi todos estaban demasiado nerviosos para conciliar el sueño. Derec sí durmió hasta Nueva York, con gran satisfacción de Ariel. Ella también durmió parte del vuelo. Lo mejor de todo, no obstante, fue que, en el aire y en los aeropuertos, nadie les dirigió la palabra y nadie les miró siquiera.

Otra vez las estrellas

Derec contempló la nave con gran alivio y maravillado.

—No puedo creer que lo hayamos logrado —exclamó.

Se aproximó e insertó su tarjeta de identidad en la ranura. La puerta se abrió al cabo de un instante.

—Claro —murmuró—. R. David nos dio unos documentos de identidad compatibles.

La nave era un Detector de Estrellas, idéntico, o casi, al que habían dejado en órbita alrededor de Kappa Whale. En tierra, resultaba tonto dar vueltas por su interior, pero esto era normal. Subieron al aparato lentamente hacia la sala de mandos de proa.

Ariel subió con facilidad, como Derec, sin izarse, y el joven se convenció de que ella ganaba fuerzas día a día. Él también se sentía mucho mejor, después de haber dormido la noche anterior mucho mejor que en varias semanas, aunque sabía que sus reservas todavía eran escasas. El sillón de aceleración fue un gran alivio después de la subida.

—Lista de comprobación, por favor —pidió, presionando la llave Nave y hablando al aire.

Obedientemente, la nave le presentó en un visor una lista que ambos estudiaron con mucha atención. Era preciso comprobar personalmente algunas partidas, siendo la más importante la de los alimentos. Ariel informó preocupada que las cantidades eran más bien bajas.

—Sólo hay algunos artículos duraderos —anunció—, algunos paquetes de alimentos esterilizados con radiación y varias latas.

Derec vaciló. Esto podía ser grave.

—¿Qué opinas?

—Que hay que correr el riesgo —respondió Ariel—. Los del DIT deben estar locos por nuestra desaparición. Si realizan una comprobación por ordenador, tal vez lleguen a pensar en esta nave espacial. Y no me digas que no vigilan atentamente todos los despegues y los aterrizajes.

Naturalmente, no podrían interferir, pues los terrícolas tenían poco control en su propio aeropuerto espacial, toda vez que poseían pocas naves. Sin embargo, si él y Ariel se iban de compras...

—Bien, nos largaremos.

Cuando pidieron vía libre, les fue concedida con facilidad, y Derec disparó los cohetes y dispuso la micropila. Los tubos se encendieron con un trueno amortiguado. Cambió el nivel del aire respirable, tan pronto como lograron cierta velocidad y tomó

una trayectoria G-alta, la más económica hacia el espacio. Unos minutos más tarde, el gran mundo azul estaba ya a un lado.

—¿Qué dirección? —quiso saber Ariel.

Existía una ligera ventaja técnica en apuntar la nave propia hacia el objetivo perseguido, puesto que la velocidad intrínseca no quedaba alterada por el paso a través del hiperespacio. Pero el reajuste podía efectuarse en el otro extremo.

—Recto arriba —replicó Derec—. No temo demasiado que nos persigan, pero...

—De acuerdo.

«Recto arriba» era la dirección en la que iba la Tierra. Ariel calculó el carburante y Derec convino en usar un veinte por ciento. Le gustaba mucho la reserva de maniobra. El encendido de los cohetes no fue largo y, una vez terminó, la Tierra no había cambiado mucho. Se hallaba a su popa y se la veía sólo un poco más pequeña. Ahora ya había un muro delta V entre ellos y la Tierra. Para atraparles, una nave debería igualar su cambio de velocidad: su delta V.

—Nos sobra tiempo —exclamó Derec, sintiéndose fatigado.

La reacción pesaba en él incluso en ausencia de gravedad.

—¿Crees que debemos aparejar el condensador? —preguntó Ariel.

La idea de una excursión con el traje espacial fatigó aún más a Derec. Luego, pensó «*Naturalmente, Ariel puede hacerlo. Ya no está enferma*».

Pero ella todavía estaba débil, pese a su rápida convalecencia, y él mismo no se encontraba muy bien.

—Es sólo para una o dos semanas —observó—. Creo que la nave podrá resistirlo. Además, es solamente para dos personas.

Ariel asintió.

—Oye —preguntó luego— ¿cómo te sientes? Después de haber dormido tienes mejor aspecto, pero aún estás enfermo. Saber lo que ocurre en tu interior no te ha curado.

Era verdad.

—Por el momento, me siento fatigado. ¿Por qué?

—Deseo hablar acerca de Robot City. Deseo hablar contigo de todo lo que hemos pasado juntos, desde lo de la sala de mandos de la nave de Aránimas, y lo de la Estación Rockliffe.

Ella le miró con sus ojos muy abiertos e intensos.

—Quiero toda la ayuda que puedas prestarme para recuperar la memoria.

—Claro —Derec lo comprendía—. Me encantará ayudarte. Ojalá supiese todavía más cosas.

Ariel abrió la boca, la cerró y se ruborizó.

—Derec... —balbuceó—. Yo... Derec... lo siento, pero no te conté gran cosa de mí misma... de nosotros. ¡Pero no podía! ¡No podía decirte que padecía la peste

amnemónica! Y no pude hablar de nosotros... antes... porque no estoy segura de mis recuerdos. He perdido gran parte de mi memoria, y no sé hasta qué punto puedo fiarme de lo que recuerdo. Lo siento... pero es todo tan inseguro... tan doloroso.

Una enfermedad puede tornar la mente de una persona extraordinariamente clara. Ariel era una joven que había sido desterrada y desheredada por haber contraído una terrible enfermedad.

—Claro.

Sus sentimientos hacia él eran obvios; la atracción, la repulsión, el dolor y el placer entremezclados en unos recuerdos que él no compartía. Eran unos recuerdos en los que ella ahora no podía confiar.

—No necesitas disculparte —la consoló él gentilmente—. No ha habido nada entre nosotros desde la sala de mandos de la nave de Aránimas. Tus recuerdos anteriores, reales o irreales, pertenecen a una persona diferente y olvidada... cuyo nombre ni siquiera conozco.

Ella logró sonreír débilmente.

—Cierto, esta persona está olvidada. Es verdad. Tú eres un individuo diferente, Derec... ¿y no te importa que no te diga tu nombre? No estoy segura de conocerlo, en realidad. Además, para mí resulta más fácil pensar en ti como Derec.

El joven reprimió una punzada de dolor. La falta de un pasado era un vacío que jamás le abandonaba.

—¡Oh!, no me importa —replicó—. Algunas cosas son más importantes que otras. Tú, para mí, eres más importante que mi memoria.

Lo cual era verdad.

—¡Oh, Derec!

Ariel se abalanzó hacia él y lo abrazó con fuerza, lo que los envió rodando por la sala, riendo, chocando con los mamparos y el tablero de mandos. Por suerte, los capuchones estaban bajados sobre las secciones del control.

«Prolongar el vuelo alrededor de la Tierra era un asunto arriesgado en varios aspectos», pensaba Derec, «pero no deseaba quemar más carburante, a menos que se viese obligado a ello».

Repostar, hasta cierto punto, no ofrecía ningún problema el cohete, simplemente, calentaba la masa con una reacción en la micropila y la despedía por la popa a una velocidad altísima. Servía casi cualquier clase de masa, y la roca pulverizada en agua, una buena mezcla, era una excelente masa de reacción. Y casi podía obtenerse en cualquier parte.

Después, el agua era lo mejor la nave estaba equipada para efectuar tales mezclas, y las bombas podían ocuparse fácilmente del agua. Tales suministros podían conseguirse en el espacio o en los planetas.

Tal vez no hubiese tiempo para detenerse y pasar diez horas repostando. Y quizá

llegaran a encontrarse en un sistema con abundante combustible para ellos, pero con falta de la reserva de carburante necesaria para maniobrar en su busca.

Ariel era un piloto competente, pues había viajado algún tiempo sola, aunque Derec ignoraba cuánto tiempo exactamente, antes de ser capturada por el pirata Aránimas. Y era mucho más resistente que él.

—Si vamos a pasar todo el tiempo derivando, ¿por qué no lo hacemos alrededor de Kappa Whale? ¿O de Robot City?

—Si nos persiguen, quemaremos más combustible —contestó Derec—. Esto significaría que tendremos que quemar todavía más en Robot City, para perder nuestra velocidad intrínseca.

—Opino que tenemos que apresurarnos —fue la respuesta de Ariel—. Derec, no me gusta tu aspecto. No creo que estés mejor. De vez en cuando caes en una especie de fuga.

Era cierto que, ocasionalmente, el monitor interior del joven se abría y que los chemfets invadían su sangre, enviando un informe carente de emoción a su mente, respecto a haber superado ésta u otra dificultad, o haber conseguido éste o algún otro hito de su crecimiento. Derec suponía que todo esto significaba mucho para el doctor Avery. Para él, en cambio, no tenía el menor significado, aunque no podía ahuyentar aquellos informes.

—Al menos, ya no sufro convulsiones —observó.

Aquel incidente era todo lo que había padecido, pero a Ariel todavía le obsesionaba su recuerdo. Derec estaba contento de no haberlo tenido que presenciar él mismo.

—Ocasionalmente, también tú tienes fugas... en un sentido todavía más literal.

—Veo que tú padeces lo mismo —asintió ella—. Supongo que todavía tienes destellos de memoria, cuando te vuelven los recuerdos; tan vívidamente como que estás aquí.

—Esto suele ocurrir cuando duermo, y después los pierdo casi todos —repuso Derec.

Los recuerdos de Ariel volvían a su mente en forma masiva, en comparación con los de Derec. En realidad, no obtendría una serie coherente de los sucesos de su vida pasada, sino sólo un fragmento aquí y otro allá. Como las páginas de un libro diseminadas por el viento, aquí una hoja pegada a un árbol, allí otra contra una casa.

Llevaban cuatro días fuera de la Tierra, con el planeta madre, como una estrella brillante de color azul-verdoso, detrás de ellos, y ahora se aproximaban cada vez más al Sol. Derec y Ariel estuvieron de acuerdo en que abrir la hiperonda era ya seguro. Llamaron a Wolruf y Mandelbrot en Kappa Whale, sin obtener respuesta.

—¿No puedes mover las antenas y radiar en la misma longitud de onda que las Llaves de Perihelion? —preguntó ella.

Derec le había contado sus deducciones acerca del fallo de la hiperonda a bordo de la otra nave Detectora de Estrellas del doctor Avery; pero, en aquel entonces, Ariel se hallaba en un estado tan febril que no lo había comprendido. Derec meneó la cabeza, sombríamente.

—Requiere unos instrumentos de alta precisión y un gran esfuerzo de búsqueda. Primero, para determinar qué frecuencias de estática radian las Llaves.

—¿Tal vez las longitudes de onda estáticas de la nave?

—Tal vez. Es probable, en efecto.

La estática de hiperondas era un hecho frecuente, pero los usuales enlaces de hiperonda estaban preparados para ignorarla.

—Pero ¿cuándo has oído hablar de un hiperenlace destinado a captar la estática?

Ariel sonrió y sacudió la cabeza.

Al cabo de una semana fuera de la Tierra empezaron a calcular el salto a Kappa Whale.

—No nos hemos demorado demasiado —resumió Ariel—. La comida de Wolruf se habrá agotado, y también sus energías. La micropila aún puede durar varios años. Poseen suficiente carburante para realizar todas las maniobras que necesiten. Podrían saltar fuera de Kappa Whale y volver allí para eludir una persecución, en caso necesario.

—O sea que seguirán allí. ¿Adónde irían sin nosotros, a pesar de haber conseguido cartas de navegación espacial?

Ariel ni siquiera podía sospecharlo. Las cartas fueron una de las primeras cosas que Derec y Ariel habían buscado cuando entraron en la nave. Había una serie completa. En caso contrario, habrían podido pedir una copia a Control. Habrían recibido una rápidamente, sin hacer preguntas.

—Es más fácil calcular un solo salto a Kappa Whale —decidió Derec—, pero, definitivamente, no es más seguro.

Ariel calculó tres saltos, y Derec casi estuvo de acuerdo.

—Lo malo es que Kappa Whale está casi detrás de nosotros. Tu primer salto nos cambia a hiper, lo cual es posible, pero exigirá una tensión enorme en los motores. Sugiero que saltemos a Procyon, que está bastante cerca de nuestra línea de vuelo, y efectuemos una órbita parcial en torno, quemando carburante, a fin de ponernos en línea directa para el primero de tus saltos.

—Lo siento —Ariel se mordió el labio inferior—, ya sé que soy demasiado inquieta. Creo que esto se debe a haber pasado una niñez sin problemas. Nunca me hice daño de pequeña.

—Debo admitir —sonrió Derec— que, en mis breves meses de vida, he adquirido un gran respeto por las leyes de la probabilidad.

Hecha su primera aproximación, sólo faltaba poner las cifras finales en el

ordenador, y que éste solucionara las ecuaciones del salto. Necesitaban conocer su dirección y velocidad correctas con bastante exactitud, con lo cual sabrían lo que debían esperar al aterrizar en los brazos de Procyon.

Ariel se sentó ante los instrumentos, mientras Derec tecleaba en el ordenador, a fin de disponerlo para su primer salto.

—Ariel —murmuró el joven tras un largo tiempo—, ¿puedes manejar esto? No puedo concentrarme y siento los dedos como si fuesen de goma.

Ella le miró preocupada.

—Ya temía que volvieras a caer en un estado febril.

Durante el viaje, Derec ya había sufrido dos accesos de fiebre cuando los chemfets aceleraban su crecimiento, lo que, a su vez, alteraba el ambiente en que vivían, o sea él.

Derec trató de ahuyentar su temor. Todavía ignoraba cuál era el objetivo final de los chemfets, ni había podido «hablar» con ellos. Peor aún, no sabía si él era contagioso. Después de aquel abrazo, habían evitado tocarse uno al otro por miedo a que Ariel también quedara infestada de chemfets. Estos microorganismos podían matarlo... y no le hubiera importado demasiado.

—Muy bien —consintió Ariel con voz que temblaba un poco. Luego añadió—. ¿Por qué no tomas un febrífugo y te tiendes? Tal vez una siesta te sentará bien.

A Derec le pareció una buena idea. El febrífugo habíale ayudado a restablecerse del último acceso de fiebre. Estaba tragando el espeso líquido cuidadosamente a causa de la ingravidez y por tener la garganta ligeramente hinchada, cuando Ariel gritó.

—¿Sí? —inquirió él, recuperando el aliento y contento al comprobar que no se ahogaba.

—Se aproxima una nave...

«*Persiguiéndonos desde la Tierra*», pensó él. La nave Detectora de Estrellas no poseía un buen aparato de detección, sino solamente uno para la detección de meteoros. Era ese aparato el que había destellado la alarma. Los meteoros, no obstante, no se movían muy deprisa. Y este objeto corría velozmente hacia ellos. El detector dio dos lecturas y, finalmente, Derec, a pesar del zumbido de su cabeza, llegó a la conclusión de que su asaltante había salido de detrás de un meteorito que se movía con más lentitud.

—Deberíamos obtener una imagen —musitó Ariel.

—Todavía está muy lejos para obtener una imagen visual —opuso Derec. Parpadeó para concentrar la visión en un solo foco—. Ojalá poseyésemos detectores de neutrinos.

Todas las plantas nucleares emitían neutrinos, y nadie se molestaba en alterarlos. Una lectura de neutrinos les daría un cálculo de su capacidad generadora de energía y,

con ello, del tamaño de la nave. Naturalmente, una nave de combate y un carguero de volumen medio poseían plantas de energía casi iguales, pero un poco de información sería mejor que ninguna.

—¿Calor?

—En este momento no está quemando —replicó ella, consultando el bolómetro—. Ha debido descubrirnos hace varios días y se ha lanzado a interceptarnos.

—Bien, entra nuestro salto en el ordenador —ordenó Derec. Era lo único que se le ocurría, y no era mucho—. ¿Cuánto tardarás?

—Demasiado —respondió ella, sombríamente—. Tienes razón, no obstante. Es lo mejor, especialmente si se trata de una nave patrullera de la Tierra. Derec, podría seguirnos.

El joven abrió la boca para decir que no importaba, pero volvió a cerrarla.

—¡Diantre!

Intentaban dirigirse a Procyon. Podían llegar al sistema en una semana, durante la cual la otra nave, que era mayor, podría atraparlos. Y no les quedaba la menor esperanza de ayuda allí.

Derec se agarró a un clavo ardiendo.

—Las naves más grandes necesitan más carburante. Si ésta no puede igualar nuestras maniobras...

—¿Y me llamas inquieta? No confiemos en ello, ¿de acuerdo?

—Diantre...

El otro piloto no maniobraba, sino que se precipitaba para interceptarles el rumbo desde la popa, y hacia un costado. Cruzaría su trayectoria en un ángulo muy agudo, se impulsaría adelante y frenaría para que cayesen en sus brazos. Se movía a gran velocidad en comparación con ellos, mucho más de prisa que el meteorito del que había surgido, y tendría que encender pronto algún cohete o se abalanzarían sobre ellos.

Sus opciones eran limitadas podían disparar sus cohetes para acelerar, podían hacer girar la nave y quemar carburante para desacelerar, o podían saltar. Para esto, tardarían algún tiempo en disponer el ordenador. Saltar a ciegas tal vez no significase una muerte cierta, sino quedar permanentemente perdidos en la inmensidad de la galaxia... o de las galaxias. En hiper, todas las partes del universo normal son equidistantes.

O podían hacer girar la nave noventa grados y desviarse a un lado.

Ariel no consideraba esto último, y Derec ni siquiera pensó en ello. Habían gastado un veinte por ciento de su combustible para adquirir su actual velocidad. Y la conservarían por mucho que empujasen «lateralmente» en su rumbo. Por tanto, costaría otro veinte por ciento de combustible ladear la nave a un ángulo de sólo cuarenta y cinco grados... una variación bastante pequeña.

—¿Llamo pidiendo ayuda? —insinuó Ariel.

—Esa nave estará sobre nosotros antes de veinte minutos —observó Derec, hoscamente—. A menos que dispare antes contra nosotros.

No podían esperar ninguna ayuda.

—Es improbable.

—Cierto.

Su cabeza no funcionaba bien. La nave que se aproximaba con tanta rapidez no podía aumentar su velocidad hacia ellos, sino que tendría que frenar bastante al pasar por su lado.

—Podemos suponer que ninguna nave de patrulla dispararía contra nosotros sin un motivo suficiente —razonó Ariel—. Por tanto, propongo que les hablemos con la mayor cortesía posible, pero manteniendo el rumbo y la velocidad. En caso necesario, podemos disparar, pero...

—¿Piensas que es una patrullera de la Tierra? —preguntó Derec, y luego asintió—. Una nave de los espaciales tampoco dispararía.

—Una nave de los espaciales nos llamaría. Enfréntate con la verdad sea lo que sea, es un enemigo.

—Yo debería tener una idea exacta de nuestro rumbo y nuestra velocidad respecto al Sol antes de que se acerque más —asintió Derec—. Después, podremos saltar en cualquier momento, si introducimos los datos necesarios en el ordenador.

La nave enemiga no iba a embestirles, naturalmente, pues su punto de abordamiento más próximo sería un punto «próximo» a su rumbo; pero las dos naves estarían muy separadas con la otra muy por delante de ellos.

—Y no debemos provocarlos —estableció Ariel.

—¿Con qué? —casi se burló Derec.

—Ya sabes a qué me refiero.

Derec lo captó.

—Tenemos un arma...

—¡Comunicación! —gritó Ariel, al oír el ruido de la campana del comunicador.

—Espero que no sea una nave de los espaciales —murmuró luego, muy angustiada, al abrir el canal.

Ambos se quedaron boquiabiertos ante el rostro que apareció, en proyección tridimensional, sobre el tablero.

Aránimas otra vez

«¡Oh, no!», pensó Ariel. «¡Aránimas!».

El frío rostro del pirata les estaba mirando. Su rostro era vagamente humano, pero con ciertos rasgos de lagarto. Los ojos, por ejemplo, se hallaban muy separados, casi a cada lado de la cara. Apenas estaban lo bastante cerca para darle una visión binocular, pero Aránimas no se molestaba en obtenerla. Casi constantemente enfocaba un ojo en lo que estaba mirando, mientras el otro giraba en su cuenca, aportándole, aparentemente, una visión periférica. En aquel momento tenía el ojo enfocado en Derec.

—Derec —gritó, con una voz estridente que era la voz que más odiaba Ariel de cuantas había oído—. Ariel.

Mientras los miraba, alteró el foco de su comunicador y acertó la distancia, sin moverse, con lo que su figura humanoide estuvo a la vista desde la cintura para arriba. De esta manera no era tan obvia su condición de alienígena, pero los dos le habían visto personalmente. Era tan alto sentado como Derec de pie, y sus largos brazos, muy desproporcionados, tenían tres veces la longitud de un humano muy alto. Cuerpo delgado, cuello flaco, cabeza en cúpula con escaso pelo, piel pálida. Ojos oscuros, ahora coléricos.

—¿Dónde está la Llave de Perihelion? Huisteis con ella, en lugar de conducirme hasta los robots.

Tras un brevísimo instante en que Derec estuvo libre temporalmente de su enfermedad, Ariel dijo con sólo un leve temblor en su voz:

—La perdimos en el alboroto. Hemos... hemos estado en un hospital de la Tierra.

—¡Mientes! He detectado tres impulsos, por los estallidos de la estática de la Llave, en este planeta. El primero, hace unas semanas, empezó en otra parte. Los dos últimos empezaron y terminaron aquí. Sólo la Llave radia de esta manera.

Se miraron uno al otro, sintiéndose vencidos. Antes de que pudieran hablar, el pirata sacó un pequeño lápiz dorado y reluciente de un bolsillo. Ariel se atragantó, y notó cómo a Derec le pasaba lo mismo. ¡Un estimulador de dolor! Era, según sabía, algo semejante a un látigo neurónico humano, pero mucho más intenso. O tal vez fuese que Aránimas se mostraba más violento al usarlo. No hacía daño si no se utilizaba con gran violencia como un látigo neurónico, pero nadie era lo bastante resistente para soportar más de un «tratamiento», antes de decidirse a colaborar.

—Lo confesaréis todo y diréis la verdad, o bien os mataré lentamente con esto.

No dudaban de su sinceridad. El pirata no escucharía nada hasta haber destruido la nave. No podían darle la Llave, aunque le hubiese podido prestar algún servicio,

porque estaba inicializada sólo para los humanos. Aránimas quería robots, entre otras cosas; y, más que nada, poder. Derec cortó el canal.

—Tenemos otra opción —rezongó, volviéndose hacia Ariel—. Podemos usar la Llave, llamar al agente Donovan y dejar todo el problema en manos del DIT o de cualquier otra autoridad espacial que esté en la Tierra. O podemos intentar tratar nosotros con Aránimas.

—Tratar con él... ¿cómo? —Ariel se mostraba escéptica.

—No me refiero a negociar con él. Ariel, debes usar la Llave. —El plan iba formándose cada vez más claro en su mente, a medida que hablaba—. Creo que podré arremeter contra esa nave remendada cuando se acerque.

—¡No, Derec! —exclamó Ariel muy pálida.

—¡Es la única forma! No podemos permitir que viva. Es demasiado peligroso.

—Pero... —el rostro de Ariel se aclaró—, pero podemos usar la Llave en el último instante.

Derec la miró. El alud de adrenalina que había ahuyentado momentáneamente la enfermedad estaba desapareciendo.

La joven decidió que no utilizaría la Llave a menos que él lo hiciese, y Derec lo comprendió.

—De acuerdo, esto es lo que haremos. Fingiremos rendirnos y...

Iba a poner en marcha el comunicador, pero ella le cogió del brazo.

—No, Derec, no servirá de nada. Nunca permitirá que nuestra nave maniobre, mientras se aproxima.

—Es nuestra única posibilidad —gritó él—. Nuestra única arma es el cohete... ¡y el morro de la nave! Me gustaría dispararle el cohete, pero no pasará por delante de él...

Ariel suspiró, pero no podía imaginar nada mejor.

—Está bien. Toma la Llave, yo conduciré la nave.

Derec asintió aliviado, pues no estaba en condiciones de ponerse a los mandos. Cuando sintonizaron de nuevo el canal del comunicador, Aránimas estaba ladrando con su voz inhumana, tan estridente que a la joven le dolieron hasta los dientes.

—¡Humanos, no volváis a interrumpir la comunicación!

—Muy bien. Hemos conferenciado y estamos de acuerdo en acceder a tus peticiones —mintió ella—. Sólo pedimos que garantices nuestras vidas, o destruiremos la Llave delante de tus ojos.

—¡No destruiréis la Llave! Os mataré poco a poco...

—No, si antes ya estamos muertos —le interrumpió Derec con voz cansada y exasperada, como la de un padre tratando con un hijo revoltoso—. Queremos tu promesa.

El alienígena calló y los estudió durante un momento, con una mirada capaz de

helar la sangre al más valiente.

—Muy bien. Tenéis mi promesa de que no os mataré, si me entregáis la Llave en perfecto estado.

Ariel se preguntó si el alienígena cumpliría su promesa. Pero no importaba. Derec tenía razón. Aránimas debía morir. La joven experimentó una momentánea punzada al pensar en los indefensos y decaídos esclavos narwe con los que Aránimas gobernaba la nave.

Derec extrajo la Llave de su camisa y se la enseñó. Mientras Aránimas la contemplaba ávidamente, Ariel, a los mandos, inquirió con tono casual:

—¿Debemos maniobrar para situarnos a tu lado?

—No, ya maniobraré yo.

Se produjeron unos minutos de tensión cuando el alienígena manipuló sus mandos, hizo girar la nave, la orientó y luego avanzó velozmente hacia ellos. Al final del avance, la nave no estaba lejos y pasaba todavía con lentitud. Volvió a girar, ahora ya bien visible era una masa enorme, constituida por más de media docena de cascos de naves, calafateados juntos. Ariel no lograba imaginarse de qué modo Aránimas conseguía equilibrar la nave a lo largo de una masa central y disparar cohetes sin perder el control, y todo sin ayuda de un ordenador.

«*Está demasiado cerca*», se dijo la joven atemorizada.

No habían tenido tiempo de acumular mucha velocidad para el impacto... ni para disponer la Llave. Mientras pensaba esto, ella miró a Derec, quien empezaba a presionar las esquinas de la Llave. Luego, disparó el cohete, girando la nave sobre sus cohetes secundarios... El giroscopio, más económico de combustible, era demasiado lento.

Aránimas podía volar en un conglomerado miserable, pero era un piloto excelente y su nave era de combate. Poseía unos sensores ajustados incluso en la popa, donde estaban los cohetes. El pirata descubrió la maniobra y se apartó sin molestarse en increparles por el canal comunicador.

Ariel miró a Derec, aplastada contra su asiento por la aceleración. La Llave ya estaba a punto, pero ellos no. La nave pirata estaba sobre ellos, a estribor, en tanto ellos luchaban por apuntar el morro de su propia nave hacia la enemiga. Demasiado tarde... Aránimas se hizo a un lado.

Ariel cortó instantáneamente la propulsión y empezó a hacer girar la nave para no alejarse demasiado. Los artilleros de Aránimas les tendrían en sus puntos de mira tan pronto como estuviesen en la zona más próxima. Aránimas, hábilmente, efectuó una embestida más lateral cuando vio hacia donde giraba la nave de los jóvenes, a fin de ensanchar la brecha entre ambos. Entonces, sonó la alarma de choque.

Oyeron cómo Aránimas chillaba alarmado por primera vez desde el inicio de la batalla. Ariel intentó poner la nave en línea con la nave alienígena, demasiado

atareada para mirar.

—¡El meteorito se está moviendo! —advirtió Derec.

El fragmento rocoso que había girado detrás de ellos y gradualmente los había superado, ahora aceleraba hacia ellos, a una gravedad estándar... y el bolómetro registraba la temperatura del escape de un cohete.

El rostro de Wolruf apareció al lado de la reducida figura de Aránimas en la pantalla.

—¡Contenle, Derec! ¡Ya vengo!

Lo que dijo Aránimas no fue inteligible, pero sí lo fue la energía lanzada desde la gran nave a la roca. Ésta se vaporizó, alejándose sus restos en vaharadas de vapor incandescente, mientras las armas atronaban el espacio silenciosamente. Aquellas poderosas armas habían vaporizado metros cúbicos de hielo y nieve, casi al cero absoluto, en el asteroide helado donde Aránimas había encontrado por primera vez a Derec.

Bajo el débil camuflaje, había un pequeño Detector de Estrellas como el de ellos.

La visión de Ariel disminuyó al darle toda la fuerza a sus cohetes. A los pocos instantes, su cabeza se aceleró contra el respaldo, y la nave volvió a abalanzarse hacia la de Aránimas. Éste la hizo girar y disparó para esquivarles, pero algo monstruoso golpeó su flanco, haciendo retemblar toda la nave.

—¡Tocado! —exclamó Derec, pero Ariel no pudo decir nada. Tenía que mantenerse cerca de Aránimas hasta que llegara Wolruf.

Aránimas volvió a hacer girar su nave y volvió a disparar para evitar la otra, lo que desvió la puntería de sus artilleros.

«Buen trabajo», pensó Ariel. «No tiene computarizado el control de fuego».

Ariel se enfrentaba con un problema táctico de una fracción de segundo. Dentro de unos momentos, sobrepasarían a la nave alienígena, demasiado pronto para embestirla de frente. Aránimas había captado su intención, y se dirigía hacia el otro costado, a babor. Por tanto, Ariel hizo girar más la nave en la dirección en que tenía apuntado el morro, a fin de llevar su cola hacia el enemigo.

En el momento crítico, disparó y el proyectil llegó hasta la nave de Aránimas. Debió resonar como una campana. Hubo un gran estallido de aire y partículas. Ariel se alegró al no poder ver si las partículas pataleaban.

Pasaron de largo en un momento, y el resplandor del fuego se extinguió; Aránimas volvía a moverse, surgiendo fuego de varios puntos de sus cascos mal ensamblados. Destelló otra clase de disparo, y la nave de los jóvenes fue alcanzada, dio varios saltos y, cuando la cabeza de Ariel chocó contra el respaldo de su asiento, la alarma sonó. Derec estaba diciendo algo cuando ella hizo girar la nave lo más rápidamente que le permitían sus temblorosas manos. «Error», pensó.

No debió disparar y apartarse tanto de la otra nave, ya que ahora, gracias a la

distancia, los artilleros podrían apuntar mejor.

Apretando los dientes, Ariel movió la nave, tratando de ignorar los impactos y esperando que no destruirían el aparato espacial, o les matarían. Un solo tiro bien acertado.

—Todavía estamos en su zona más próxima —anunció Derec, faltar de aliento—. Mira sólo los impactos...

«Cierto», pensó ella, sonriendo sin ganas. «*¡Todavía estaban vivos!*». De pronto, completaron el giro, mucho más lejos de Aránimas de lo que ella deseaba, y disparó en respuesta. No hubo más impactos. La irregular silueta de la nave pirata fue creciendo en sus pantallas, y Ariel respiró mejor.

Luego, tuvo un momento de reflexión se sentía mejor porque los artilleros de Aránimas no podían matarla durante los próximos segundos. ¡Pero ella intentaba suicidarse al embestir con la nave!

La nave de Aránimas empezó a deslizarse a un lado y ella, automáticamente, corrigió el rumbo, centrándolo en la oscura masa. ¿Qué podía hacer?

—Wolruf se acerca rápidamente, pero no sé si la nave todavía es manejable —exclamó Derec tensamente—. Ha sufrido un fuerte impacto.

—¿La llamo?

Entonces, la nave de Aránimas apareció como un monstruo. El pirata había preparado una sorpresa un cañón en el casco empezó a girar para apuntarles directamente. Nunca sabrían qué esfuerzo tan prodigioso había sido preciso para tenerlo listo en el corto tiempo que duraba la batalla. Era un cañón de gran calibre, aunque el primer obús fue débil, mal apuntado.

Los artilleros de Aránimas no eran los tímidos narwes. Eran unos seres en forma de estrella de mar a los que Ariel apenas conocía. Evitaban la luz y respiraban una atmósfera ligeramente distinta de la del resto de la tripulación. Ariel no experimentó compasión hacia ellos, y ladeó la nave. Aránimas lo vio y movió su propia nave para impedir que Ariel apuntase sus cohetes hacia el cañón.

Llegó un segundo obús, pero los artilleros carecían de la eficacia salvaje de Aránimas.

—Otra perforación, y la antena no funcionará —anunció Derec serenamente.

Su serenidad calmó a Ariel, que trató de embestir una vez más. Al apartarse del propulsor, Aránimas se había colocado delante de su morro. Ariel dio toda la energía y los dos jóvenes se vieron pegados a sus asientos. La visión de Ariel disminuyó. Pensó que la fuerza también disminuía.

Demasiado espacio. El inmenso cuerpo del enemigo se deslizó de costado, al tiempo que crecía monstruosamente ante ellos. Luego, la pantalla destelló en un resplandor pálido, debido a que el circuito de seguridad no transmitía toda la parte visual del destello, pues el sensor había recibido el impacto del cañón.

—¡Nos han quitado la proa! —gritó Derec.

Ariel se atragantó, casi esperando ver el espacio vacío ante ella, pero no habían perdido tanta extensión de proa. Sin visión, Ariel sólo pudo agacharse, jadeando, sobre su tablero lanzando un cohete y esperando que...

—La Llave... hazla funcionar —gimió, volviéndose hacia Derec, sabiendo que un instante después sería tarde. Estaban tocados.

La nave traqueteó, y el impacto fue muy distinto de los de un proyectil. Los dos se vieron arrojados al frente, contra sus arneses. La nave retembló, el metal crujió, algo se rompió... todo en un breve instante, y, de pronto, quedaron libres, con la nave flotando quedamente.

El aire silbaba y las alarmas todavía sonaban. Sin comunicación exterior, sin visión del espacio. Ariel tocó sus mandos y los propulsores de elevación respondieron. Podía girar y avanzar de nuevo, pero estaban ciegos.

—¡Los trajes! —gritó Derec—. Y mira si el autocircuito puede darnos más visores.

«*Los trajes primero*», pensó ella.

Cuando el aire sale de una nave pequeña, lo hace muy deprisa. Y podía hacerles salir al mismo tiempo, si no se apresuraban.

Se pusieron los trajes en una imitación de ingravidez que era mortalmente seria. Ariel esperaba el fogonazo de un impacto a cada momento, pero la nave continuaba serenamente su camino.

No se molestaron en intentar comunicar, sabiendo que el obús del cañón o el impacto, debía de haber destruido las antenas de proa. La visión, no obstante, podía reanudarse en cualquier parte de la nave. Sólo estaban fuera de servicio los visores de proa. Después de trabajar unos instantes, hallaron un sensor en buen estado que podía ayudarles en su última batalla.

—¿Qué... qué es esto? —inquirió Ariel, asustada.

—Eso iba a preguntarte —contestó Derec—. Tú conoces mejor la nave de Aránimas, estuviste allí más tiempo.

—Esto fue antes de mi amnesia.

—¡Oh!

—Creo que uno de los cascos se ha separado.

Sólo tenían una vista parcial de ello, pues quedaba por debajo de la visión del sensor. Sólo era una cúpula irregular y giratoria de metal, con un resplandor ocasional, una protuberancia aquí y allí... torretas, cabrías, puestos de aterrizaje, sensores... ¿y proyectores interiores?

—No puede ser toda la nave —decidió, finalmente, Derec—. ¿Pero, qué le ha sucedido?

Ariel respiró hondo y halló que el aire en el interior de su traje olía a sudor.

—Daré una vuelta —gritó—. No me daba cuenta de la tensión que experimento. No pensaba.

«Jamás seré piloto de combate. Hubiese podido reajustar la nave», pensó «mientras, he perdido unos minutos buscando un visor. ¿O es esto lo que suelen hacer los pilotos?».

Pero la raza humana no tenía pilotos de combate, por lo que no se sabía cómo podían actuar.

«Si en el espacio hay muchos de la raza de Aránimas», siguió pensando, «tal vez lleguemos a saberlo».

—¡Aránimas... se ha desintegrado! —advirtió Derec.

La enorme nave construida a base de cascos añadidos no era más que una docena de piezas grandes, una nube de centenares de piezas mucho menores. El rostro de Derec estaba tan blanco como debía estar el de ella.

—¿Lo hicimos nosotros?

—No sé cómo... ¡Wolruf!

Al cabo de un momento, Ariel asintió.

—Sí, tienes razón. Pero ¿de dónde sacó las armas?

Derec meneó la cabeza.

Si alguien estaba vivo allí fuera, estaban decididos a no seguir disparando. Los restos de la nave se alejaban lentamente. Ariel volvió en sí, sobresaltada.

—Hemos de volver allí.

—Sí, claro.

—Pero ¿cómo?

No era fácil, pero lo intentaron. El visor de que disponían les dio la orientación. Eligieron un sitio que les permitiría no chocar con ninguno de los restos de la nave, y giraron la suya hasta que su morro ciego quedó apuntando a dicha orientación. Ariel colocó entonces sus manos en el tablero, miró hacia las tinieblas y pensó «*Ahora descubrirás si eres buen piloto, muchacha*».

En aquel momento se recordó en Aurora, a punto de efectuar su primer despegue. Había experimentado lo mismo que ahora, o algo muy parecido, y estaba más nerviosa que en estos momentos. Ahora estaba estremecida. Los recuerdos fueron sucediéndose el despegue, la aceleración, que le pareció más feroz que ahora que estaba consciente, el alivio de los propulsores al cerrarse, y luego, la indescriptible caída, la sensación de flotar en una sola órbita.

—¿Ariel?

Su instructor.

—¡Ariel!

Con otro estremecimiento, volvió en sí.

—Lo siento. Una fuga de la realidad.

Mientras sus manos se movían sobre los mandos, cuidando de pulsar los botones reales y no los de su imaginación, los recuerdos retornaban, pasaban... captaban los detalles. Todo un fragmento de su pasado, recuperado por un pensamiento casual, una repetición accidental de una circunstancia olvidada.

Avanzó a toda velocidad durante diez segundos y luego hizo girar la nave para estudiar los restos flotantes. Tenía que haber detectores que les dijeran lo deprisa que ellos se movían en relación con aquella chatarra, pero no debían funcionar. Los restos todavía se alejaban más. Ariel hizo girar la nave, retropropulsó durante otros veinte segundos y volvió a mirar.

—Esto debería servir.

Sólo tenían que esperar, flotando hacia la nave destruida, con su popa delante de ellos, listos para quemar combustible de frenado.

—¿Cómo lo haría?

Wolruf otra vez

—Es inútil —declaró Derec.

Mandelbrot intentaba remendar su casco.

—Pues ha de funcionar —intervino Ariel, mordiéndose el labio por detrás del casco—. De lo contrario, Wolruf...

El otro Detector de Estrellas había recibido un impacto mucho mayor que el de ellos, y apenas podía ser maniobrado. Mandelbrot, usando los cohetes soldados a su cuerpo y un lanzacables, volvió a acercar las dos naves, mientras Ariel realizaba toda la maniobra. En ambas naves quedaba poco aire y no tenían un traje espacial para la alienígena caninoide.

—Estamos demasiado fatigados. Lo mejor que podemos hacer es ejecutar unos remiendos temporales.

Derec quiso frotarse la cabeza, pero su mano tropezó con el casco por decimoquinta vez. Frustrado, la dejó caer.

—Si se sostiene lo bastante para intentar el salto —insinuó Ariel.

Derec negó con la cabeza.

—Cuatro saltos hasta Robot City... cinco, para mayor seguridad —calculó—. Esto significa días de cálculo y comprobaciones de rumbo. No quiero que mi vida dependa de esa clase de chapuzas... Y estaremos maniobrando, lo cual estropeará aún más el resultado.

—Pues hay que hacer algo. Tal vez la nave de Aránimas...

Se estaba agarrando a un clavo ardiendo, y ella lo sabía.

—Ni siquiera Wolruf sabe realmente cómo hacerla volar, suponiendo que lográsemos llegar hasta el tablero de mandos. Y sin ayuda de un ordenador, Ariel...

—Lo sé —asintió ella—. No es posible. Bien, serán estas naves o nada.

—Quizá haya aire o comida allí. Y podemos utilizar ambas cosas.

Se contemplaron mutuamente con aire sombrío. No era una situación agradable.

En una nave en mal estado, apenas manejable, sin apenas instrumentos, con tantos agujeros como un colador, en una trayectoria que les llevaría cerca de Procyon en unos cuantos millones de años, faltos de aire, de agua y de comida, con una caninoide amiga en otra nave en peor estado, dentro de una sola estancia.

—Ingresaremos en el Servicio Espacial y veremos las estrellas —intentó bromear Derec.

Ariel sonrió sin ganas.

La nave alienígena daba vueltas a su alrededor. Algunas de las piezas habían sido seguramente seres vivos. Derec, sintiendo que aquello no era bueno para volver a

empezar, evitaba mirarlas, aunque se hallaban a tanta distancia que se perdían todos los detalles. Pero su imaginación los suplía. Muchos eran narwes, pero había bastantes seres en forma de estrella de mar, moradores de las tinieblas, a los que él había vislumbrado cuando estuvo a bordo de la nave, después de despertar en el asteroide de hielo.

—Me sorprende que no intenten algo —observó.

Él y Ariel lo llevaban diciendo durante más de una hora.

—Derec, creo que todos han desaparecido.

Era posible, pero...

—¿Muertos?

Muchos sí. Pero Ariel sacudió la cabeza.

—No lo creo. Más bien pienso que han saltado en lo más álgido del combate.

Inclinándose hacia adelante, Derec escrutó todo el espacio visible, tratando de contar los cascos de la nave. No le sirvió de nada.

—No sé cuantos cascos tenía, y ahora parecen diferentes. El central debía tener los motores hiperatómicos. Tal vez también los había en alguno de los otros cascos. Sin embargo, creo que no falta más que uno.

—¿Estás, pues, de acuerdo? —inquirió Ariel, preocupada.

—Estoy de acuerdo —concedió Derec—. Conociendo a Aránimas, si estuviese vivo, dispararía contra nosotros con lo que fuese.

—Sí —ella calló un momento—. No es probable que todo este destrozo lo haya causado Mandelbrot.

Wolruf había dejado caer al robot cuando ella frenó lo suficiente para rebajar la velocidad relativa entre las naves a un nivel que Mandelbrot pudiera soportar. El robot había aterrizado en la nave alienígena, lesionándose una rodilla, y luego había recorrido la nave, colocando cargas explosivas en las juntas de los cascos. La poderosa nave había estallado, simplemente.

—Ya sabíamos que había cargas explosivas en las uniones de los cascos —observó Derec.

Aránimas había dejado caer uno de sus cascos para huir de la Estación Rockcliffe.

—Sí, debió volarlos todos, liberó el casco central y saltó.

—Si saltó a ciegas, puede estar en cualquier parte del Universo —calculó Derec—. ¡Ojalá nunca pueda regresar!

Pero no podían contar con ello.

Media hora más tarde, Mandelbrot los llamó por el comunicador y sugirió que se abordaran a la nave de Wolruf. Al fin, Ariel logró reunirlos, guiada por Mandelbrot y juntaron las cámaras de presión abiertas. Eran compatibles y, con un ligero toque, se encajaron debidamente.

—Esta unión no mantendrá el aire mucho tiempo —observó el robot—. Debemos

cargarlo y Wolruf moverse deprisa, a pesar de la bolsa.

Habían estado bombeando todo el aire que podían en bidones, para salvar al menos una parte. Derec llevó un bidón a la compuerta, ensartó su conector a la válvula de emergencia y abrió el bidón. Al final, Wolruf golpeó en la puerta interior, y la exterior se cerró a sus espaldas. Derec dejó que el aire continuara saliendo para equilibrar la presión, pero el bidón se vació antes.

Maldiciendo, lo quitó de la válvula de emergencia, que se cerró automáticamente, y se volvió hacia la válvula manual de salida. Necesitó asirla con fuerza para abrirla, pero, al cabo de unos minutos, la presión era igual y habían perdido muy poco de su precioso aire.

Wolruf entró, metida en un globo de plástico transparente, medio desinflado bajo la presión del camarote. Parecía falta de aliento o asustada. Derec no se lo podía censurar. No había sido fácil ir dando tumbos en la ingravidez dentro de aquel globo, pasando por la nave y las compuertas retorcidas.

La pequeña caninoide salió temblando por entre la cremallera descorrida.

—Yo dar gracias —dijo—. Ser un momento de nervios. Tener gran miedo del Eranio.

—Creemos que Aránimas ha desaparecido —le comunicó Ariel.

—Yo esperar, pero no entender.

Ariel se lo explicó.

—Él disparar con potencia —concedió Wolruf.

Oyeron la voz de Mandelbrot por el comunicador.

—Entraré en la otra nave y traeré todo lo que pueda. Vosotros necesitaréis más pienso orgánico para los sintetizadores de alimentos, y también aire. Tal vez sería prudente explorar también la nave alienígena.

Era una buena idea, pero Derec se puso un poco nervioso, y vio como a Ariel tampoco le hacía gracia la propuesta.

—Los restos todavía están cerca, pero las piezas mayores cada vez se separan más entre sí —dijo la joven—. En realidad, no habrá dificultades.

—Aquel apartamento de la Tierra me parece cada vez más acogedor —dijo Derec, riendo.

—Yo quedar para maniobrar esta nave —se ofreció Wolruf—. Mi gustar hacerlo, no agradecérmelo.

Riendo como locos, todos se vistieron los trajes y se agruparon en la cámara de presión, con la bolsa de plástico de Wolruf. Normalmente, la bolsa se usaba para transportar artículos a través del vacío. Ahora, la bombearon a la mitad de la presión del camarote, la colocaron contra la puerta interior de la compuerta, e hicieron funcionar las bombas de la misma. Tan pronto como la presión cayó por debajo de la del camarote, la bolsa empezó a empujarles contra la puerta exterior.

Sus trajes se movieron por el empuje, y la expansión del globo aceleró la eliminación del aire más allá de la bolsa, desde la compuerta. Cuando se abrió la puerta exterior, se vieron empujados afuera y Ariel tuvo justo el tiempo de agarrarse a la compuerta, mientras Derec la sujetaba por el pie. Riendo de nuevo, empujaron el globo al interior y cerraron la compuerta.

Su primera preocupación fue transferir las antenas en buen estado de la nave de Wolruf y reemplazar los visores destrozados. Las dos naves flotaban muy cerca una de otra, unidas por el cable flexible y resistente. Derec había traído herramientas y reparó la rodilla de Mandelbrot. Le costó una hora de trabajo, mientras los restos de la nave pirata se iban separando cada vez más.

Se apretujaron dentro de la nave para descansar, recargar la reserva de aire y comer.

—¿Cómo llegaste tan cerca de la Tierra, Wolruf? —quiso saber Ariel, pese a su cansancio.

La caninoide devoraba la verdura sintética.

—Cuando vosotros saltar con la Llave, oír la hiperonda estática. Oír dos explosiones estáticas, y yo conseguir aprovechar una. Esperar estar en Robot City, pero no ser. Nosotros conocer coordenadas de Robot City. Estar muy lejos, pero Mandelbrot y yo saltar para seguir. Peligroso, un salto largo. Pero no atrevemos a saltar más o perder orientación. Por eso sólo dar un salto.

Calló para tragar más comida. Estaban acostumbrados a sus modales en la mesa.

—Cuando llegar a la Tierra, Mandelbrot hacer identificación. Escuchar las emisiones; la hiperonda aún no funcionar, y decirme ser la Tierra, y explicar qué ser la Tierra. No tener que preguntarnos mucho tiempo si esto deberse a la Llave. Yo oír dos explosiones estáticas más, muy juntas.

—Muy simple —comentó Derec. Estaba cansado y sentía la cabeza muy ligera, más de lo que podía deberse a la caída libre—. La Llave estaba enfocada al apartamento. Si se usa para abandonar cualquier sitio, incluso en el mismo planeta, te envía al apartamento. Nunca nos moriremos de hambre, porque, en caso de necesidad, siempre podemos volver al número 21, Subcorredor 16, Corredor M, Subsección G, Sección 5, de la Alameda Webster, en St. Louis.

—Bien, nosotros esperar. Poco después, detectar explosiones de estática de hiperonda con la llegada de la nave de Aránimas, y comprender que haber lío. El también haber detectado el uso de la Llave.

—¿Cuánto tiempo hacía que Aránimas sabía cómo hacerlo? —se interesó Ariel. Wolruf se encogió de hombros.

—Posiblemente, siempre saberlo. Nadie poder decir qué saber Aránimas. O aprenderlo cuando le dejamos en la Estación Rockliffe. Ser obvio, si pensar en ello.

—¿Por qué? —preguntó Ariel.

—Obvio. La Llave deber ser un motor hiperatómico —respondió Wolruf, y Derec la interrumpió.

—No lo creo. Los robots de Robot City aprendieron a duplicarlas, incluso pudieron fabricar la que ahora nosotros tenemos. No creo que los humanos o sus robots pudiesen duplicar un avance tan radical de la ciencia y la tecnología como sería la reducción de un motor hiperatómico al tamaño de bolsillo. Creo que las Llaves son emisoras de hiperondas muy compactas. Esos subatómicos disparan los motores hiperatómicos que están en otro sitio, y se enfocan en las Llaves.

—¿Poder estar en Perihelion, los motores?

Wolruf también era piloto estelar, y conocía la teoría de lo hiperatómico.

—Probablemente —convino Derec.

La caninoide dejó escapar un gruñido de interés, calló para volver a comer, y reanudó su relato después de reflexionar en la conclusión de Derec.

—Bien, nosotros sentarnos a esperar, y Aránimas sentarse a esperar. Nosotros esperar usar la Llave para escapar. Aránimas deber estar mordiendo clavos y escupiendo tuercas. No poder saber qué pasaba, y la Tierra demasiado grande para atacarla un irresponsable como él.

—¿Cómo sabías que éramos nosotros? —preguntó Ariel, y Derec, pese al zumbido de su cabeza, intentó captar la lógica de la frase.

—Cuando vosotros usar el transmisor de hiperonda, él deber saberlo. Aránimas avanzó para interceptar y nosotros seguirle. Por suerte, estar cerca de media órbita solar. Aránimas no detenerse a pensar la suerte que él tener al disponer de un meteorito para esconderse, yendo tan veloz como iba. Sólo equivocación él hacer.

Derec esperaba que fuese la última.

—¿Y qué le hiciste a su nave? —inquirió Ariel, exasperada.

—Volarla. Todo el tiempo que nosotros esperar en órbita, fabricar explosivos. Receta de carbonita en el banco de datos de la nave del doctor Avery. Yo saber bastante de química para añadir oxidante. Tener que usar piensos sintéticos, pero haber pocos y yo reducirme.

Los robots necesitaban carbonita para la construcción de Robot City. Derec sabía cómo se hacía era una superforma de polvo negro, usando carbón activado y saturado con nitrato potásico o nitrato sódico. Como el carbón se quemaba casi por completo, se aproximaba al cien por cien de eficacia y, por tanto, apenas humeaba. Sí, la carbonita era diez veces más poderosa que el trinitotolueno.

—Aun así, no haber funcionado si Aránimas no haber tenido miedo y saltar. Pero no poder saber qué estar sucediendo.

Derec asintió, e inmediatamente deseó no haberlo hecho. El camarote parecía girar.

—Es comprensible su pánico —comentó.

—¿Estar tú bien? —se interesó Wolruf.

—No, pero no estoy peor. Bueno, no me siento peor que antes de la batalla.

Ariel empezó a explicar lo de los chemfets y Wolruf se mostró preocupada, pero incapaz de ayudar. No sabía nada de robots ni conocía ninguna raza, aparte de la humana.

—Espero que te cures —dijo, pero se veía claramente que lo dudaba.

Parecía desasosegada por la idea de aquella invasión corporal. Derec la consideraba una enfermedad, y, al menos, tenía la esperanza de que los chemfets estuviesen programados de acuerdo con las Tres Leyes.

—¿Nos vamos? —sugirió. Se volvió y halló a Mandelbrot mirándole.

—¿Qué piensas hacer con esa infestación? —indagó el robot.

—Dirigirme a Robot City y, o bien pasar el problema al Equipo Médico para Humanos, o atrapar al doctor Avery y obligarle a invertir el proceso... o bien ambas cosas —declaró Ariel.

—Entiendo. Es lo mejor, porque no creo que los recursos médicos o robóticos de Aurora fuesen los adecuados para erradicar a esos chemfets —manifestó Mandelbrot—. Esto debe reservarse como un último recurso.

—Exacto —asintió Wolruf—. Hallaremos al doctor Avery. ¡Ser peor que Aránimas!

El paso siguiente era explorar la nave pirata. Arrojaron el cable desde la nave de Wolruf y se movieron suavemente hacia uno de los cascos más intactos y próximos. Llevaban palos, y Ariel un cuchillo de cocina, pero lo encontraron sin aire y apenas temían encontrar supervivientes. En realidad, no había ninguno. Tampoco había demasiados cadáveres.

—Aránimas debió tocar la alarma y reunirlos a todos en el casco principal —reflexionó Wolruf—. Naturalmente, ser todos valiosos para él. Sin embargo, bastantes inocentes narwes, y otros estrellas de mar, no tan inocentes, habían muerto en el combate. No hallaron nada de uso inmediato en los primeros dos cascos, y se mostraron deprimidos.

—Al menos necesitamos aire —exclamó Mandelbrot—. Y algunos piensos orgánicos para los sintetizadores. Hay cinco saltos hasta Robot City, lo cual llevará al menos tres semanas, y faltará el abordaje final y una reserva contra las emergencias. Este casco no contiene aire para tres días. Podría quedar mejor remendado, pero, aun así, seguramente no mantendría el aire por más de una semana. Necesitaríamos cuatro complementos de aire y, a pesar de esto, tendríamos que perder el tiempo calafateándolo hasta el salto.

—Yo lo voy a calafatear después de cada salto —se ofreció Derec.

Mandelbrot tenía razón. Reanudaron la búsqueda, aunque los cascos ya estaban bastante separados.

El casco siguiente había sido el ocupado por la gente en forma de estrella de mar, e inmediatamente abandonaron toda esperanza de encontrar aire allí. Aquellos extraños alienígenas respiraban una mezcla que contenía un compuesto de azufre al que Wolruf llamaba «gas amarillo». Al salir encontraron un robot.

Al grito de Ariel, Derec meneó la cabeza y respiró hondo. El robot, cuando entró en la cámara abierta donde estaba la joven, pareció un respiro de cordura en aquella irrealidad la nave espacial destruida, en estado ingravido y sin aire, era como la imagen de un mundo cabeza abajo. El cuerpo de un estrella de mar estaba pegado a una pared, con un émbolo de energía, de aspecto odioso, asido por un tentáculo. Ariel y el robot giraron lentamente en el vacío hacia un mamparo. Ariel saltó para atraparla.

—Es disfuncional —murmuró la muchacha.

Armonizando sus movimientos con los de ella, el robot los interceptó en el mamparo, y ellos lo iluminaron con sus lámparas. El robot no se movió, pero no pudieron decir si hablaba o no.

Mandelbrot entró mientras examinaban el cuerpo del robot.

—Depósito de energía en la cabeza y marcas de fusión en diversos sitios, especialmente en el tronco. Por lo visto, ese estrella de mar lo hubiese matado durante la batalla.

—¿Cómo llegó a esta nave? —quiso saber Ariel.

—¡Hummm! Supongo que Aránimas debió capturarlo en alguna parte.

—¿Dónde?

Derec meditó la respuesta.

—Posiblemente es uno de los que encontró en el asteroide de hielo, aunque lo dudo. Estaba desesperado para que yo le fabricase un robot. Me dio todas las piezas de recambio que pudo.

Mandelbrot fijó sus fríos ojos en el robot lesionado.

—Este robot es de Robot City.

—Sí.

El diseño era inconfundible para un ojo adiestrado.

—Saquémoslo al aire. Tal vez intenta hablar —sugirió Ariel.

Pero, de vuelta al Detector de Estrellas, siguió tan inerte como antes. Tras quitarse el traje espacial, Derec cogió su bolsa de herramientas y miró a Mandelbrot. La perspectiva de ocuparse del robot le hacía sentirse mejor que en todos los días anteriores. Era un asunto interesante. Rápidamente, se enteraron de que la energía del cerebro se había perdido. Pero reactivarlo no sirvió de nada.

—Una descarga casi total de un rayo de energía podría originar quemaduras en el cerebro sin que éste quedara visiblemente dañado —aseguró Mandelbrot.

El cerebro positrónico era una esponja de platino e iridio, con una alta

refractividad. No se fundiría fácilmente. Pero los canales positrónicos del cerebro no eran tan resistentes.

—Por tanto, interrogándole no sabremos nada —resumió Derec, abatido—. Eh, un momento. ¿Qué es esto?

Asido apretadamente a su mano había un objeto brillante. Un objeto rectangular muy brillante.

—Una Llave de Perihelion —observó Mandelbrot.

—Aránimas se la habría cogido, si hubiera sabido que este robot tenía una —comentó Ariel—. ¿Qué haría el robot con ella?

—Nunca lo sabremos. Quizás la cogió en el primer momento en que no estuvo bajo observación y probó de usarla. Y esa estrella de mar le sorprendió en el acto.

Derec cogió la Llave, extrayéndola del puño. Instantáneamente vio que era diferente.

—¡Es como dos Llaves fabricadas juntas!

—En efecto —afirmó Mandelbrot—. Una para hacer salir al robot de Robot City. La otra para hacerle regresar allí.

—¿Y cuál es cada una? —se interesó Ariel.

Derec y Mandelbrot pasaron unos minutos tratando de acertarlo. Y encontraron que una Llave tenía un enchufe en un extremo.

—Ya veo —dijo Ariel, cuando se lo enseñaron—. Un cable muy fino con cinco prolongaciones. Deben ser para reprogramación. Aunque no sé dónde hay que enchufarlo.

—En algún ordenador —explicó Derec—, para permitirle a uno entrar las coordenadas de destino.

La otra Llave no estaba preparada para cambiar su programa y, por tanto, era fija para Robot City.

—No nos sirve para nada —desdeñó Ariel—. Está inicializada para un robot. Lástima. Necesitamos desesperadamente ir a Robot City, especialmente Derec. Y sólo Mandelbrot puede ir.

—Cierto. Derec debe trasladarse a Robot City lo antes posible, y la Llave es un medio preferible a las tres semanas en una nave, incluso si ésta no sufre filtraciones —observó Mandelbrot—. Yo te llevaré, Derec.

Rodeó al joven con su brazo normal, medio llevándole en volandas.

—¿Y nosotros? —gritó Ariel—. Esta nave no es más segura para Wolruf y para mí.

El brazo mutable de Mandelbrot, diseñado por Avery, ya se estaba estirando en un largo tentáculo.

—Es cierto, y es muy probable que tú y Wolruf fallezcáis, si no nos acompañáis. Por tanto, tendré que llevaros a todos.

El tentáculo se enroscó en torno a Ariel y Wolruf, y desplegó una pequeña mano en su extremo.

—Derec, la Llave, por favor.

Derec colocó la doble Llave en la pequeña mano.

—Al menos, el doctor Avery no nos esperará.

Mandelbrot extrajo otro dedo de la mano que sostenía la Llave de Perihelion, y esperó a que apareciese el botón de activación, después de presionar las esquinas.

Comprendiendo que era algo irracional, Derec sintió cómo el aire se enrarecía en el pequeño espacio de tiempo que tomó la operación. Después... Perihelion. Y luego, un cielo planetario estalló en azul muy brillante sobre ellos. Podían respirar profundamente, y se hallaban en lo alto de la Torre de la Brújula, la poderosa pirámide que dominaba la Robot City del doctor Avery.

Las claves de *Refugio*

R. DAVID

Este robot es un ejemplo típico de robot terrestre. Como todos los robots, posee una inteligencia positrónica gobernada por las Tres Leyes de la Robótica.

R. David posee una cara sonriente, rasgo estándar en todos los robots de la Tierra, destinado a tranquilizar a los terrícolas. La economía de la Tierra se basa en el pleno empleo, no en la plena automatización, como en los mundos espaciales. De modo que los robots sólo son empleados en los trabajos que los humanos no pueden o no quieren ejecutar.

Los terrícolas casi nunca entran en contacto con los robots, lo que aumenta su temor y su repugnancia hacia ellos.

R. David es de aspecto más tosco que los ciudadanos positrónicos de Robot City, porque ha sido diseñado para parecer menos amenazador a los suspicaces humanos. Le falta la línea aerodinámica y el aspecto eficiente de los robots creados por el doctor Avery en Robot City.

NAVE DETECTORA DE ESTRELLAS

La pequeña nave del doctor Avery es el equivalente interestelar de un coche utilitario, un aparato personal capaz de transportar un máximo de seis personas. Este modelo de nave está equipado sólo con los elementos necesarios para mantener la vida durante un viaje interestelar. No lleva lujos. Tiene un sistema sintetizador de alimentos, un sistema de purificación y reciclaje del agua, que incluye una ducha, y las instalaciones sanitarias.

El sistema de comunicaciones de la nave consiste en transmisores de hiperonda, microondas y láser, con sus receptores. La antena de hiperondas está montada en una cabina en el morro de la nave, lo más lejos posible de los motores hiperatómicos, para evitar la interrupción o interferencias de las señales de comunicación. El ordenador de la nave es una inteligencia inferior a la positrónica, en realidad no mucho más que un sistema calculador y de almacenamiento de información.

Como todas las naves interestelares, la Detectora de Estrellas salta a través del hiperespacio, con impulsos masivos de los motores hiperatómicos que propulsan la nave en ángulos rectos con el tiempo y las tres dimensiones espaciales simultáneamente. Las naves no pueden dar el salto sin unas coordenadas precisas, por lo que su sistema de guía se encierra en balizas en órbita en torno a las estrellas que se hallan a lo largo de los caminos del viaje interestelar.

CIUDAD SUBTERRÁNEA DE ST. LOUIS

Las ciudades terrestre están amuralladas, en gran parte son subterráneas y dependen completamente del calor central del planeta. La luz, la ventilación y el control climático se mantienen artificialmente y, si la energía se interrumpiese una sola hora, ello significaría la extinción de la población de una ciudad.

En las ciudades enclaustradas del futuro terrestre, los ciudadanos casi nunca viajan más allá de la ciudad natal, y casi nunca salen al exterior. La agorafobia está tan extendida que ya forma parte normal de la conducta de los seres humanos. St. Louis, como las demás ciudades terrestres enclaustradas, está conectada al resto del mundo por unos sistemas de comunicación, un aeropuerto y un sistema de autopistas frecuentadas principalmente por vehículos conducidos por robots, o de control remoto. Los desplazamientos dentro de las ciudades se realizan mediante las vías exprés. Hay en uso algunas camionetas para el transporte de productos dentro de las ciudades, pero casi todas las mercancías se envían por un sistema de aceras móviles. Los vehículos individuales casi se desconocen, y, básicamente, se cuentan entre las prerrogativas de los muy ricos y poderosos.

VÍA EXPRÉS

Es el principal medio de transporte del ciudadano medio en las ciudades terrestres. Las vías exprés se mueven a diversas velocidades, encontrándose las más lentas en la parte de fuera, para facilitar el acceso a las mismas, y las más veloces en el centro. Hay vías exprés en todas las zonas de la ciudad.

Para acomodar a la gente en las horas punta, se han dictado unas reglas especiales, que restringen el acceso a ciertas cintas para los ciudadanos de categoría menos elevada.

Para los terrícolas, usar las vías exprés es tan natural como el respirar, y los bebés terrestres aprenden a utilizarlas tan pronto como empiezan a andar.

MUELLE DE CARGA

Los muelles de carga constituyen una de las pocas zonas que conectan directamente con el mundo exterior de la ciudad, y, aun con eso, las entradas se hallan en ángulos oblicuos para impedir que la gente que trabaja en los muelles obtenga una vista potencialmente debilitante del exterior. Los camiones son casi todos controlados remotamente o impulsados robóticamente, aunque algunos son conducidos por robustos camioneros que pueden tolerar las rutas abiertas sin quedar debilitados por su agorafobia. Los camioneros deseosos de realizar trayectos entre ciudades son muy

buscados y bien pagados.

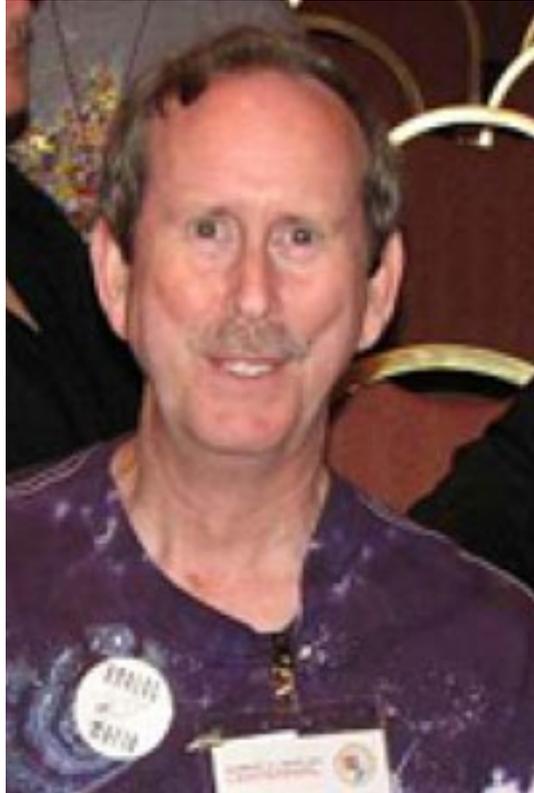
LAMBERT FIELD

Aunque el viaje por el aire pocas veces es utilizado por el ciudadano medio de las ciudades terrestres, cada ciudad tiene su aeropuerto. Este como el resto de la ciudad, está totalmente vallado, incluyendo las pistas. Los aparatos carecen de ventanillas para evitar traumatizar a los pasajeros agorafóbicos. Todos los asientos del avión están equipados con una pantalla que proporciona un constante alud de noticias y diversiones para mantener ocupado el cerebro de los nerviosos viajeros aéreos. También hay sedantes para los que desean dormir durante todo el viaje, con lo que se les minimiza el trauma.

AGENTE ESPECIAL DONOVAN

Es el agente encargado de la oficina de St. Louis, del Departamento de Investigación Terrestre, el DIT. El DIT es la fuerza investigadora global, encargada, entre otras tareas, de mantener bajo vigilancia a todos los espaciales visitantes de la Tierra, a fin de evitar incidentes desagradables entre los espaciales y los terrícolas menos privilegiados.

Los agentes de DIT constituyen un cuerpo de policías duros y bien entrenados.



ROB CHILSON. (Nacido en 1945). Escritor de la región de Kansas, Rob Chilson ha vivido en Missouri desde los nueve años de edad. Empezó a escribir a los once y forma parte de la última generación de autores adiestrada por John Campbell. Su primera historieta fue publicada en 1968. Entre sus novelas se cuentan *Cae el telón*, *Los reyes coronados por estrella* y *Las costas de Kansas*.

Ha trabajado en varias series de historias, en colaboración con escritores como Robin Bailey y William F. Wu. Es miembro permanente de *The Kansas City Science Fiction & Fantasy Society*.

Notas

[1] Agorafóbico es el que siente horror a los espacios abiertos y prefiere los lugares cerrados. (*N. del T.*) <<

[2] La palabra *chemfets* parece proceder de *Chemical Field Transistor*, que son los componentes básicos de los circuitos integrados o chips. (N. del T.) <<